

DG

A

+ 86994 CB. 1102832

APUNTES HISTÓRICO-CRÍTICOS

SOBRE ALGUNOS

ESCRITORES ECLESIASTICOS ANTIGUOS Y MODERNOS

POR EL

Dr. D. Eduardo Juárez de Negrón y Valdés

PRESBITERO

Con censura y aprobación de la Autoridad eclesiástica.

VALLADOLID

Imp. y Lib. Católica de José Manuel de la Cuesta

Macías Picavea, núms. 38 y 40.

1901



R. 64827

†
A mi estimado amigo el Sr
Sr D^o Manuel Serrano y Ortega
Pbro y distinguido escritor, en
testimonio de atencion y afecto

El Autor

Jesús del gran Poder 25 Scilla

DICTAMEN DEL CENSOR

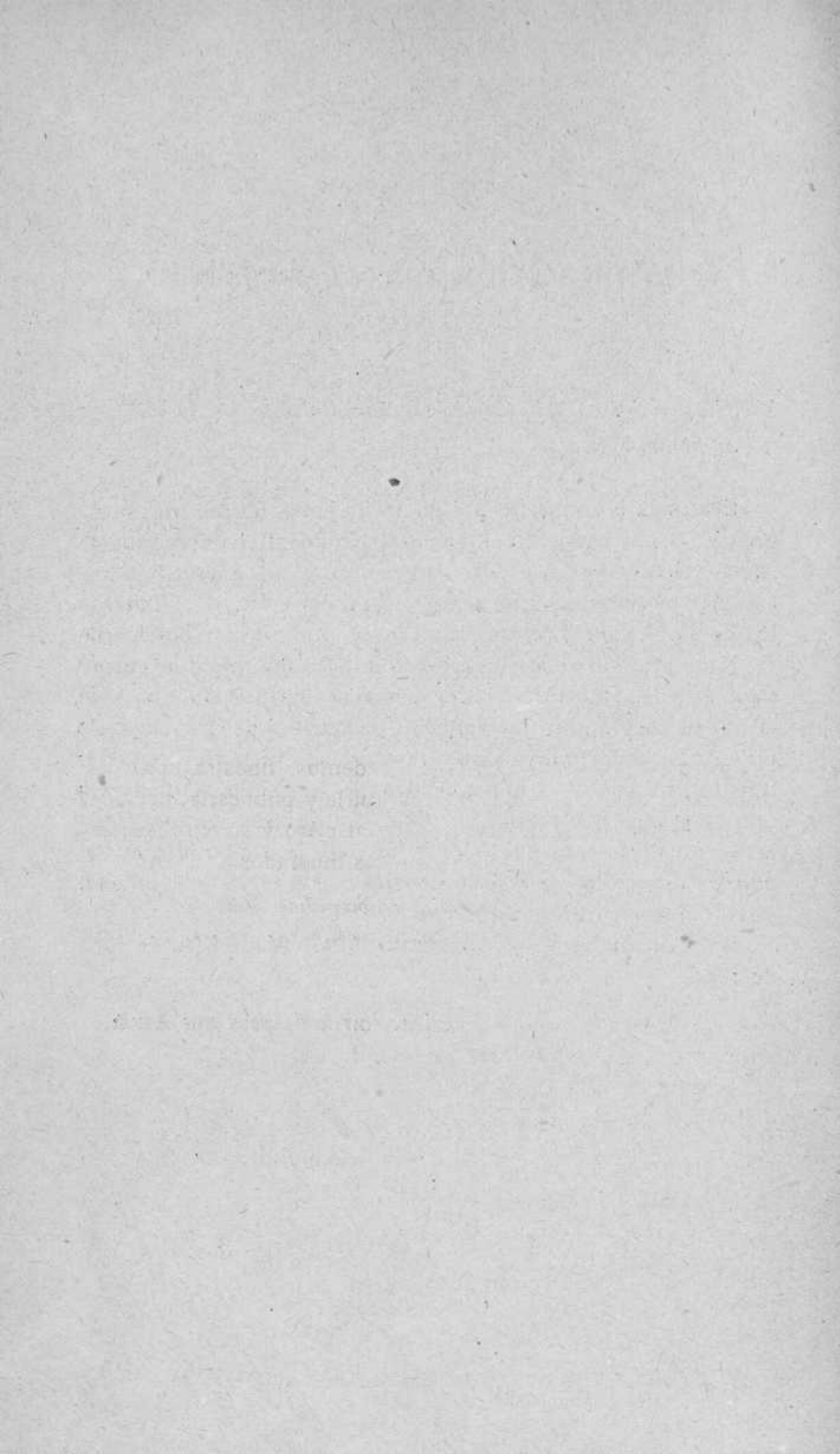
Muy Ilustre Sr. Vicario Capitular, Sede Vacante, de la Diócesis de Madrid-Alcalá.

Evacuada la comisión que en 15 de Junio último me encargara V. S., he leído con el debido detenimiento la obra titulada *Apuntes histórico-críticos sobre algunos escritores eclesiásticos antiguos y modernos* escrita por el Presbítero Dr. D. Eduardo Juárez de Negrón y Valdés que desea imprimirla y publicarla.

Nada opuesto al dogma católico ni á la sana moral he encontrado en ella. Su atenta lectura demuestra cuán asiduo ha sido el trabajo del autor. La variedad y exactitud de las citas, los profundos conocimientos que revelan las diferentes materias tratadas, el acierto é imparcialidad de los juicios críticos y el celo sacerdotal que resalta en todas las páginas, son otras tantas recomendaciones que honran al autor y á su libro; así es que, en mi opinión, puede concedérsele la licencia que solicita, salvo siempre el mejor parecer de V. S.

Dios guarde á V. S. muchos años.—Madrid 6 de Julio de 1886.

DR. ANTONIO GONZALEZ AMOR.



Secretaría de Cámara del Obispado de Madrid-Alcalá.

El M. I. Señor Vicario Capitular, Sede Vacante, se ha dignado decretar lo siguiente:

«Habiendo recurrido á Nos, por medio de reverente instancia, el Presbítero Dr. D. Eduardo Juarez de Negrón y Valdés, pidiendo nuestra superior licencia y aprobación para imprimir y publicar la obra de que es autor, titulada *Apuntes histórico-críticos sobre algunos escritores eclesiásticos antiguos y modernos*:

Vista la tan favorable censura y merecido elogio que de la misma hace el Dr. D. Antonio González Amor, Cura Ecónomo de la parroquia de San Sebastián de esta Corté, censor nombrado por Nos al efecto:

En virtud de nuestras facultades ordinarias, por la presente, y por lo que á Nos corresponde, concedemos nuestra licencia, á dicho Señor para que pueda imprimirla y publicarla, persuadidos ha de ser de reconocida utilidad al clero y su circulación altamente provechosa aún para los fieles ilustrados».

Dr. Francisco Sánchez Suarez,
Vicario Capitular, S. V.

Lo que tengo el honor de transcribir á V. para su conocimiento y satisfacción de orden su S. S. I.

Madrid 12 de Julio de 1886.

Dr. José Barba Flores.
Canónigo Secretario.

Sr. Dr. D. Eduardo Juarez de Negrón y Valdés, Presbítero.

Dedicatoria

AL EXCMO. É ILMO. SR. LIC. D. MARCELO SPINOLA, Y MAESTRE,
DIGNÍSIMO ARZOBISPO DE SEVILLA

Cumplido ya el deber de gratitud y especial reconocimiento con el Excmo. é Ilmo. Sr. D. Vicente Calvo y Valero, Obispo de Cádiz, ninguno de los dignos Prelados que actualmente rigen las diócesis españolas, podía ser objeto preferente de esta humilde dedicatoria antes que V. E. I.

Al recordar las saludables enseñanzas del antiguo y celoso párroco que con sus ejemplos y elocuente palabra supo hacerme apreciar las bellezas de la religión divina que profesamos, al traer á la memoria los prudentes y cariñosos consejos del sábio y piadoso director espiritual que dirigió mi conciencia en los años más críticos de la vida sacerdotal, al tener presente al sacerdote modelo, al canónigo edificante, al fervoroso é incansable pastor de Israel, mi corazón agradecido y mi alma, que procura inspirarse en el espíritu de los varones insignes que la misericordia divina hace aparecer en estos desgraciados tiempos, no podían menos de acercarse como á su imán de atracción, á la venerable é inolvidable persona de V. E. I.

Lo conozco, ni por el fondo, ni en la forma, ni bajo ningún concepto son estos sencillos y toscos apuntes dignos de dedicatoria para un prelado, cuyos discursos y pastorales brillan por la profundidad de la doctrina, la belleza de la exposición y la corrección y pureza del lenguaje, que parece el de los clásicos escritores patrios del siglo de oro de nuestra literatura. Pero no importa. La ilustración y el buen gusto literario siempre fueron compañeros de la sólida ciencia y de la virtud acrisolada; así es que la natural benevolencia de un talento superior como el de V. E. I., se transformará en caridad é indulgencia al juzgar á un escritor de estilo tan rudo y lenguaje tan incorrecto.

Acoged, pues, Excmo. é Ilmo. Sr. estas breves líneas como testimonio del respeto y sincero amor que os profeso.—B. el A. de V. E. I. Su humilde Capellán:

EDUARDO JUAREZ DE NEGRÓN Y VALDÉS,
Presbítero

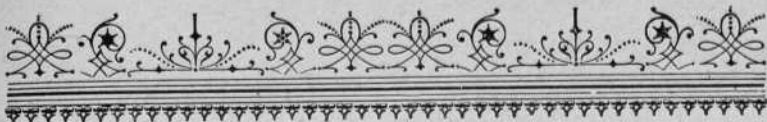


PRÓLOGO

La extremada benevolencia con que fueron juzgados por la prensa católica los Estudios histórico-filosóficos y Patrológico-Ascéticos, que publicamos en el año 1886, ha sido un estímulo poderoso que nos ha impulsado á complementar aquella obra con la que ahora sale á luz, dedicada al estudio de los escritores eclesiásticos. Largas vigiliass, trabajos superiores á nuestras cada vez más debilitadas fuerzas, y dificultades por doquiera encontramos en la metodización de la serie de materias, que sometemos al imparcial juicio del público ilustrado. Aunque colocados en esta senda, nos fué imposible recorrer el vasto campo de los escritores eclesiásticos, fijamos la atención en aquéllos cuyo solo nombre dá significación á su siglo, y dentro de este criterio hemos dado á conocer las grandes figuras que registra la historia de la literatura eclesiástica antigua y moderna.

Cierto que nuestro libro no merece el título de obra elemental, ni tampoco tiene el carácter de una historia crítica en relación con las exigencias de la ciencia; nos limitamos á modestos y sencillos apuntes escritos sin pretensiones de ningún género. Pero si ellos despiertan la afición del jóven clero á este importantísimo ramo de las ciencias eclesiásticas, sería para nosotros la más completa recompensa que podíamos esperar de ensayo tan imperfecto.

EL AUTOR.



APUNTES HISTORICO-CRITICOS

sobre algunos escritores eclesiásticos antiguos y modernos.

SECCIÓN PRIMERA

ESCRITORES ECLESIÁSTICOS DE LOS CINCO PRIMEROS SIGLOS
DEL CRISTIANISMO.

FILÓSOFOS Y APOLOGISTAS

I

San Justino, mártir (*Filósofo y Apologista*).

Entre los ilustres ejemplos de famosas conversiones registrados en la historia de la Iglesia, uno de los más significativos es el del sabio apologista y filósofo, objeto de nuestra deferente atención. La rudeza de las persecuciones, su reputación de filósofo, los lauros obtenidos en las escuelas paganas y el sacrificio de su vida en defensa de la nueva doctrina que había abrazado, demuestran una vez más cuán poderosa es la fuerza de la verdad auxiliada por la gracia divina, sin la cual nada somos en espresión del Apóstol de las gentes (1).

(1) A los fieles de la iglesia de Filipo, IV, 13.

Escasísimas son las noticias biográficas que tenemos de San Justino. Solo sabemos nació en Palestina, cultivó la filosofía con gran acierto, y ávido de encontrar la verdad, estudió todos los sistemas hasta vencerse de la divinidad del cristianismo, á cuya defensa dedicó sus facultades, sellando con el derramamiento de su sangre las profundas convicciones que tenía en la revelación cristiana, único sendero que conduce al hombre á su eterna salvación.

Parte de sus obras no han llegado á nosotros; solamente se conservan dos Apologías y Diálogos contra Trifón (1).

Sus profundos conocimientos en la filosofía griega, y su entusiasmo religioso por la verdad cristiana, nos explican el carácter de su filosofía, que participa de los arranques de la escuela separatista africana, modificados por las aficiones de sus primitivos estudios, cuyos recuerdos lo inclinan á utilizar las demostraciones de la ciencia en favor del cristianismo, aunque sin el orden ni método de Clemente y demás partidarios de la escuela alejandrina; así es que San Justino forma, en frase del sapientísimo y nunca bastantemente elogiado Cardenal González, forma una escuela media entre la de Tertuliano y la fundada por San Pateno (2).

Bajo tres aspectos podemos considerar las apologías de San Justino: teológico, filosófico y apologético propiamente dicho. En el primer sentido, el mártir palestino acepta como fiel creyente todos los dogmas

(1) También se atribuye á San Justino *El discurso á los griegos*, la *Exhortación á los gentiles* y *El tratado de la Monarquía*, obras que según los críticos, pertenecen á las dudosas, no á las auténticas.

(2) *Historia de la Filosofía*, tomo 1.º

entonces definidos, y solamente profesa algunas teorías en que participa del error de los Milenarios. Como filósofo, sigue la enseñanza de la Metafísica cristiana, excepto en la cuestión relativa á la inmortalidad del alma, en cuyos razonamientos emplea términos algo parecidos á los de Orígenes y no conformes con la solución que á este pavoroso problema dá el cristianismo. Como apologista del Evangelio, San Justino es notabilísimo, y en sus libros está retratado el fervor del piadoso convertido; fervor que le hizo derramar su sangre en defensa de la fe, y que le ha colocado en el catálogo de los santos, habiendo alcanzado la merecida honra de ser apellidado el primer apologista cristiano (1).

Aunque la memoria de San Justino ha sido siempre muy venerada en la Iglesia; aunque su significación ha sido encomiada por todos los historiadores eclesiásticos y profanos; aunque su espíritu vive en las obras de sus discípulos Atenágoras y San Teófilo; aunque sus huellas han sido seguidas por los apologistas posteriores, sin exceptuar al famoso Augusto Nicolás y al renombrado Hettinger, su oficio y Misa no constaban en el rezo eclesiástico. Pero nuestro Santísimo Padre León XIII, en un decreto reciente, ha honrado la memoria de este insigne apologista, y consultada la Sagrada Congregación de Ritos, se ha mandado rezar de él en toda la Iglesia, con oficio y Misa

(1) Debemos advertir, para evitar erróneas interpretaciones, que aquellos puntos en que San Justino se separó de la ortodoxia cristiana, no estaban en su tiempo todavía definidos como dogmas de fe; así es que el santo apologista, después de convertido, no cayó en la herejía. Sus errores teológicos y filosóficos fueron condenados por la Iglesia después de su martirio. (Véase á Yus, *Patrologia*.)

propios y honores de mártir (1), corona de gloria justamente merecida por tan ilustre filósofo y nuevo lauro para el gran Pontífice que hoy gobierna la Iglesia, amante de todo lo bueno y restaurador de los sólidos estudios filosóficos, históricos y literarios.

II

Clemente de Alejandría y Orígenes. (*Filósofos y Apologistas*).

Si interesante es el estudio de los escritores eclesiásticos que vivieron en las cuatro primeras centurias cristianas, acaso ninguno supera en importancia á las dos gigantescas figuras con que encabezamos estas líneas.

I. Clemente, natural, según unos de Atenas, y según los más de Alejandría, discípulo de San Pateno, fundador de la escuela catequista, imbuido en los errores del paganismo, hizo viajes, recorrió liceos, frecuentó academias, y ávido de encontrar la verdad, no paró hasta hallarla en el Cristianismo, en cuya religión profesó, enseñándola con fe tan viva, que al ser enviado San Pateno á predicar el evangelio entre los Judíos, Clemente fué nombrado jefe de la escuela alejandrina por Demetrio, Obispo de aquella ciudad.

Clemente es, como hemos dicho muchas veces en otras publicaciones, el fundador de la escuela de Alejandría cristiana, propiamente dicha, sin negar á San Pateno el honor de la antigüedad.

(1) Quid martyribus major qui animam suam ponunt pro amico suo. (Crisóstomo, Homilia II sobre el salmo 50.)

El punto culminante de esta escuela, es la unión de la razón y la fe; la explicación de los dogmas mediante los razonamientos de la filosofía, así es que para nuestro filósofo hay dos ciencias: la ciencia divina, la ciencia de la fe, la ciencia perfecta que salva al hombre, y la ciencia humana, la ciencia de la razón, la filosofía, ciencia imperfecta, pero preparación utilísimma para llegar al conocimiento de la revelación; ciencia también hija de aquel Señor que se llama el Dios de las ciencias (1).

Profundizando en este punto; para Clemente, la ciencia y filosofía griega son una revelación que Dios ha mostrado á los paganos, á semejanza de la manifestada á los judíos; y aunque menos explícita que ésta, contiene, según él, verdades luminosas, que conducen al hombre al conocimiento del Dios verdadero.

Muchas de sus obras se han perdido, consérvanse todavía los *Stromatos*, los *Pedagogi* y *Contra Gentes*, que demuestran suficientemente la sublimidad de las concepciones de este escritor. En ellas explana las ideas anteriormente indicadas, distinguiéndose por su profunda ortodoxia y entusiasmo por el conocimiento de la filosofía, en cuyas escuelas, en medio de sus errores, encuentra el filósofo alejandrino esparcidas importantes verdades; de ahí su eclecticismo cristiano.

Dejándose dominar del vuelo de la imaginación, nos traza una descripción del gnóstico cristiano en que, apesar de su elevación, no dejan de vislumbrarse algunos errores. Para nuestro filósofo, el gnóstico cristiano es el verdadero santo, el hombre que, como

(1) Libro 1.º de los Reyes, cap. 2.º, vers. 3.º

San Pablo y San Juan, iluminado por Dios en las alturas de la contemplación, experimenta alegrías tan encantadoras que, según él, son preferibles á la vida eterna: he ahí el único lunar de Clemente.

Aparte de esta oscura nube, el horizonte recorrido por el filósofo alejandrino es luminosísimo y resuelve todos los problemas más importantes de la filosofía, sin separarse de las enseñanzas cristianas.

Para nosotros, Clemente Alejandrino es un filósofo de primer orden, y el criterio que le sirve de base está llamado á ejercer poderosa influencia en el desenvolvimiento de la filosofía cristiana; filosofía que siempre proclamará la unión de la razón y la fe, y sumisa á las decisiones de la Iglesia Católica defiende incólume los legítimos fueros de la razón, huyendo tanto de las aberraciones del racionalismo como de las exageraciones del tradicionalismo (1).

II. Orígenes, nacido también en Alejandría, discípulo de Clemente y sucesor suyo en la escuela, á la edad de diez y ocho años, fué la admiración de sus condiscípulos y maestros por la sagacidad de su talento, la retención de su memoria y su facilidad extraordinaria para escribir.

Fué tan numerosa la afluencia de personas que asistió á su cátedra, que se vió frecuentada hasta por mujeres ávidas de oírle; de ahí la decisión que tomó para preservar su honestidad, interpretando arbitrariamente un texto de la Sagrada Escritura, según saben nuestros ilustrados lectores. Los peligros que le rodeaban, y más todavía las emulaciones y envidias,

(1) Al hablar del tradicionalismo nos referimos á la escuela filosófica del mismo nombre, no á los partidos políticos que en España y Francia aceptan esta denominación.

patrimonio de la humanidad en todo tiempo, le impulsaron á hacer frecuentes y penosos viajes por la Siria, donde murió, no faltando escritores que afirmen padeció algunos tormentos en defensa de la fe.

La mayor parte de sus obras se han perdido; otras han sido adulteradas y mutiladas; así es que no es posible formar un juicio exacto de todas ellas. De las que han llegado á nosotros son dignas de elogio el *Periarchón* ó tratado de los Principios, y entre las escriturarias sobresalen sus comentarios sobre varios libros de la Biblia.

Su filosofía, en el fondo, es la misma de Clemente, pero mezclada con errores anticristianos en que nunca incurrió su sabio maestro.

La eternidad del mundo, la preexistencia de las almas y la negación de las penas eternas son tres lunares que han afeado el nombre de Orígenes, y que explican la prevención con que ha sido mirado por diferentes Santos Padres y escritores eclesiásticos (1).

Los trabajos que de él quedan sobre la Sagrada Escritura bastarían para inmortalizarle.

Acaso el deseo de separar la filosofía pagana del Cristianismo unido al espíritu de novedad y de inventar teorías peregrinas, expliquen, algún tanto, el punto de vista resbaladizo en que se colocó escritor tan notable.

Sin desconocer su mérito, admiradores de su innegable talento y deseosos de vulgarizar en el clero la afición á esta clase de estudios, afirmamos con la imparcialidad que nos es característica, que el criterio

(1) Especialmente por San Jerónimo y por el historiador Rufino de Aquileya.

de Clemente de Alejandría es superior y más seguro que el de Orígenes dentro de la filosofía cristiana.

III

Lactancio (*Apologista*).

El nombre de este escritor, apellidado por su elocuencia *el Cicerón cristiano*, indica, sin otro género de pruebas, la significación que ha merecido entre los escritores eclesiásticos.

I. Lucio Cecilio Lactancio, oriundo del Africa, profesor de Retórica en Nicomedia, preceptor del César Crespo, hijo de Constantino y hombre ilustre de su tiempo, es notable, tanto por las obras que ha dejado escritas como por las tendencias que en ellas resaltan, que no son otras sino las de la escuela africana á que perteneció, aunque modificando algunas de sus exageraciones.

Dicen sus biógrafos, que muerto el hijo del emperador, Lactancio se retiró á la soledad, y alejado del bullicio del mundo, corrigió las obras que había comenzado y escribió otras nuevas que lo tuvieron ocupado hasta su muerte, acaecida, según atestiguan los historiadores de su vida, á principios del siglo cuarto.

II. Para comprender el carácter de este escritor nos parece oportuno recordar las dos tendencias entonces dominantes en la filosofía cristiana.

La escuela de Alejandría, á cuya cabeza figuran Clemente del mismo nombre y su discípulo Orígenes,

imbuida en las doctrinas platónicas, trata de amalgamarlas con las enseñanzas cristianas en la parte posible, y se esfuerza en demostrar las armonías de la revelación y la ciencia, haciendo ver que esta es una especie de revelación hecha por Dios á los filósofos, de ahí la célebre expresión de San Justino: *nihil pretiosius philosophia per quam homini ad Deum appropinquare licet* (1), idea que desenvuelve Clemente Alejandrino (2).

Por el contrario, la escuela africana, llamada por nuestro renombrado filósofo español Emmo. y Reverendísimo Sr. Cardenal González (3), escuela separatista, se aparta de este camino, y exagera su tendencia hasta el extremo de afirmar: que la filosofía es un nombre vano, y vacío de sentido y una rémora para las enseñanzas cristianas. Estas ideas son sostenidas con la vehemencia propia del carácter africano por Tertuliano y su discípulo Lactancio, si bien este no se deja llevar de las exageraciones del maestro.

III. Indicados ya los preliminares estudiaremos las obras de Lactancio.

Divinarum institutionum es la más importante. Establece como base de su doctrina, que la verdadera sabiduría del hombre consiste en conocer á Dios, *omnis sapientia hominis in hoc uno est, ut Deum cognoscat et colat* (1), pensamiento profundamente teológico y filosófico que bastaría para honrar su memoria. ¿Pero como se adquiere este conocimiento? Solamente, según Lactancio, por medio de la revelación; la razón humana es del todo impotente; así es que las

(1) *Exhortatio ad Græcos.*

(2) *Stromatos.*

(3) *Historia de la Filosofía.*

(4) *Divinarum Institutionum.* Libro 3.º, Cap. 30.

enseñanzas de los filósofos son delirios que alejan del conocimiento de la verdad. Exageración lamentable que desvirtúa las fuerzas de la razón y que ha sido reproducida en los tiempos modernos por el tradicionalismo de Bonald, que en sentir del citado Cardenal González, tiene su origen en la escuela separatista africana de Tertuliano y Lactancio.

Para probar su tesis, Lactancio alega los delirios de los antiguos filósofos y sus horribles contradicciones, argumento, que si bien en parte es verdadero, no desvirtúa el poder de la razón hasta el punto de considerarla incapaz de alcanzar el mismo conocimiento natural *inanis igitur et inutilis omnis philosophia reperitur*. (Epitome Divinarum Institutionum, Cap. 36).

El exquisito gusto literario de Lactancio unido á su clara inteligencia nos explican satisfactoriamente las modificaciones que en él tuvieron algunas de estas ideas, de que quedan ejemplos en vários pasajes de sus obras, en los cuales el escritor africano hace justicia á la eficacia de la filosofía y á la utilidad que presta el estudio de las ciencias (1), sin dejar de conocer sus errores cuando se aparte de la revelación cristiana, *docemus nullam sectam esse tam deviam, nec philosophorum quamquam tam inanem, qui non videret aliquid ex vero* (2). La existencia de Dios, la inmortalidad del alma, y la eterna felicidad son explicadas por Lactancio en armonía con los principios cristianos, ajustados á los razonamientos propios de la verdadera filosofía.

(1) *Filosofía elemental* por el Cardenal González, Arzobispo de Sevilla. Tomo 1.º Nociones preliminares.

(2) Lugar citado, Lib. 7.º Cap. 7.º

De Ira Dei et de Opificio Dei. Aunque inferiores en mérito á la anterior, son fecundas en enseñanzas morales para la vida cristiana.

De mortibus persecutorum. Este tratado, el más popular y conocido de todos los suyos, es una historia de la suerte que ha cabido á los perseguidores de la Iglesia de Jesucristo (1). Su lectura es un retrato indeleble del fin que espera á los políticos irreligiosos y un gusano roedor que jamás deja tranquilo el interior de su conciencia.

La tendencia de la escuela separatista nos dá á conocer los errores de sus escritores, errores que resaltan en la Psicología, Psicología verdaderamente materialista, sino en el fondo, á lo menos en la forma y en la impropiedad de los términos. Este carácter se acentúa en un sentido altamente anticientífico en Tertuliano y deja huellas en Lactancio, que, á pesar de su claro talento y de la modificación laudable que tuvo en sus ideas, apartándose algún tanto de los delirios de la escuela africana, no por eso se vió libre de oscuras sombras, que le hicieron caer en el error de los Milenarios, justamente condenado por la Iglesia.

Lactancio es un escritor profundo, un literato distinguido y una figura altamente simpática y significativa en la historia de los escritores eclesiásticos (2).

(1) Véase la obra *Fin funesto de los perseguidores de la Iglesia*, por el Dr. Carbonero y Sol.

(2) Discurso leído por la solemne apertura del Curso de 1875 á 1876, en la Universidad de Sevilla, por el Catedrático de Literatura Clásica de la misma, Dr. D. Joaquín Alcaide y Molina, actualmente Rector de la misma.

IV

Tertuliano (*Apologista*).

Si hay hombres cuyo solo nombre explica por sí solo la altísima significación que contienen, el de Tertuliano ocupa lugar preferente en este número:

Oriundo de la renombrada Cartago, educado en el paganismo, abogado de profesión, dotado de claro y penetrante talento y convencido de la verdad de la religión cristiana, la abrazó con la convicción de fiel creyente; y fué tal su deseo de trabajar por esta Santa causa, que se ordenó de sacerdote, ávido de autorizar con el sagrado carácter la fuerza poderosa de la doctrina que defendía. En medio de su incansable actividad, y á través de su celo por la gloria de Dios, se traslucían en las obras y acciones de Tertuliano dos defectos gravísimos, que nos explican su lamentable caída, y son el amor propio é imposición que pretendía hacer de sus opiniones peculiares, y el rigorismo moral que afectaban sus exhortaciones. El primero lo precipitó al error, y el segundo engendró en él esa série de ideas tan extravagantes como inmorales que le hicieron adherirse á la herejía de los Montanistas, en la que perseveró hasta su muerte, dejándonos tristes dudas acerca de su salvación, pues no consta que en sus últimos momentos volviese al seno de la Iglesia Católica, en cuya defensa había escrito obras notables, flores de su vida sacerdotal (1).

(1) Después de escrito este artículo, ha llegado á nuestras manos un profundo, luminoso y erudito estudio sobre este apologista, debido á la

Atendida la dificultad de examinar las obras de este escritor, y no habiéndonos sido posible revisarlas todas, haremos un breve juicio crítico de las más conocidas, sirviéndonos de guía los apuntes que de las mismas tomamos hace algunos años.

Varias divisiones se han hecho de sus libros. Autores respetabilísimos los dividen en dos secciones: 1.^a obras que escribió antes de abrazar la herejía de los Montanistas; 2.^a obras escritas después de su caída. Otros, más metódicos, hacen la siguiente clasificación: Obras de Tertuliano pagano, de Tertuliano cristiano y de Tertuliano montanista.

Nosotros, teniendo presente que el escritor cartaginés, en los diferentes períodos de su vida, fué apolo-gista, moralista y polemista; inspirados en este criterio á nuestro modo de entender más filosófico, establecemos la siguiente división: 1.^o tratados apologéticos; 2.^o libros morales; 3.^o refutaciones contra las herejías.

Entre los primeros debemos mencionar el *Apologéticus pro christianis*, *De testimonio animæ*, *Ad Martyres* y *de Præscriptionibus*.

La simple enumeración de estos títulos, indica la suma de conocimientos que había adquirido y la poderosa argumentación de su razonamiento teológico. El *Apologeticus* y el libro *de Præscriptionibus* son una

selecta y autorizada pluma del reputado publicista Sr. D. José Fernández Montaña, Auditor del Tribunal de la Rota y publicado hace algunos años en la colección de la acreditada revista *La Ciencia Cristiana*. Sentimos en el alma no haber podido apreciar tan precioso trabajo antes de haber redactado nuestro imperfecto artículo.

Entre otras cuestiones, el Sr. Montaña, se fija en la caída de Tertuliano y lamentándola con el celo sacerdotal que le caracteriza, descubre tanto en las obras de Tertuliano montanista como en sus hechos señales de arrepentimiento, que, en sentir del sábio Sr. Deán de Madrid, hacen concebir esperanzas muy fundadas acerca de su salvación eterna.

demostración cumplida de la religión cristiana y un argumento perenne de su divinidad. Es tan penetrante la lógica de Tertuliano, que ya está rebatido en sus obras el orgulloso é intencionado Protestantismo.

En los libros de *Anima y de Testimonio Animæ* el escritor que estudiamos, manifiesta en toda su desnudez los errores de la escuela filosófica, á que pertenecía ó sea la escuela separatista. Ya lo dijimos hablando de su discípulo Lactancio y hoy podemos aplicar aquellas reflexiones con más razón. Tertuliano, á diferencia de Clemente Alejandrino, Orígenes y San Agustín se declara enemigo de la filosofía, la reputa un peligro para la fe y rémora para las buenas costumbres, llegando al extremo de afirmar, que la filosofía es el origen de todas las herejías *ipsæ denique hæreses a philosophia subornantur* (1).

El lenguaje enérgico y excesivamente duro de Tertuliano, unido á la decadencia en que se encontraba la lengua latina, acaso explique la impropiedad de sus expresiones; de ahí decir contra las enseñanzas de una sana teología, que Dios es cuerpo, como lo son también las substancias espirituales, y otros mil errores, que no parece los profesara, á lo menos en sus mejores días, y que, en nuestro sentir, son efecto principalmente de la impropiedad de sus términos y de la rudeza del lenguaje, sin que por eso neguemos incurriera en ellos respecto á la doctrina.

Libros morales.—*De Spectaculis, de Pudicitia, de Exhortatione castitatis, de Monogamia, de Pœnitentia, de Virginibus, de Vultu foeminarum.* En los tres primeros y en el último, Tertuliano nos traza un

(1) *De Prescriptione.*

cuadro de las costumbres del paganismo y de la inmoralidad de sus espectáculos. Son tan significativas las lecciones de Tertuliano y tan instructivas las descripciones que hace del lujo de las mujeres, de sus adornos y atavíos, que parece está retratando al vivo las orgías y trajes de las jóvenes que frecuentan nuestros salones y liceos. Hasta los descotes inmodestos y los peinados provocativos, inventados por las modas de la sociedad en que vivimos, están descritos por el apologista cartaginés con la misma exactitud que si viviera entre nosotros.

Aquel rigorismo moral que afectaba Tertuliano, le condujo á un terreno resbaladizo; de ahí su oposición á las segundas nupcias, ostentando un puritanismo moral hipócrita, tanto más contradictorio cuanto que en su apostasía figuran dos mujeres, Prisca y Maximila, á quienes supone enviadas por el Espíritu Santo, para con él reformar el primitivo cristianismo: tal ha sido siempre la suerte del error (1).

Refutaciones de las herejías.—Entre esta clase de obras mencionaremos los tratados *Adversus Gnósticos*, *Adversus Hermogenem*, *Adversus Marcionem*, *Adversus Praxeam et Adversus Judaeos*.

(1) En las obras de San Gregorio Nazianceno encontramos retratos vivísimos que dan á conocer cual fué la corrupción de la mujer pagana. No podemos resistir á copiar las siguientes palabras, llenas de consejos saludables á las mujeres de todos los siglos:

«Mulierum ornamentum est, morum probitate et elegantia florescere, domi ut plurimum manere, colloquium cum divinis oraculis habere, ancillis opera mandare, lino et lana operam dare, pudicis quidem omnibus obletari ceterum eo duntaxat viro, qui tibi legitimo matrimonio virgineam zonam haberet. Caveté, oh mulieres, ne caput vestrum nothis et adulterinis crinibus, tamquam turribus quibusdam muniatis, mollia colla è scopulis delicatè ostentantes: neque Dei formas foedis coloribus injurgatis, sic ut jam non facies, sed larvas gestetis...

(*Adversus Mulieres.*)



En ellos sobresale la poderosa argumentación de Tertuliano, la fuerza de su lógica, su odio á la herejía y la fe poderosa que tenía en la religión cristiana. Sus apóstrofes contra Marción, sus reprensiones á Hermógenes y las aplicaciones que hace de la vida de la Iglesia católica durante los tres primeros siglos, han pasado de generación en generación y son citados por todos los teólogos como pruebas siempre nuevas y en todo tiempo oportunas de la divinidad de la doctrina cristiana. Tal es el juicio crítico de Tertuliano.

Como teólogo y apologista es notable en la historia de la Iglesia; como filósofo es incompleto en su doctrina, erróneo en algunas teorías y altamente impropio en el lenguaje: como moralista es excesivamente rígido y herético desde que abrazó la herejía montanista; y por último, como controversista y polemista es inimitable, y sus refutaciones son de un interés palpitante en los diferentes períodos de la historia eclesiástica.

Además, el ejemplo de Tertuliano es un despertador viviente para todos los hombres de ciencia y de talento. Su lamentable caída se ha repetido mil veces (1): las herejías, los cismas, las diserciones todas que lamentamos enseñan al escritor cristiano y al publicista católico la necesidad de someterse en materias de fe, moral y disciplina á las decisiones de la Iglesia Romana y de su supremo Jefe, el Romano Pontífice, únicos maestros infalibles en la tierra en este punto.

Cualquiera que sea el juicio que se forme de Tertuliano y lamentando, como el que más, su apostasía,

(1) Lamemais, Doellinger y el P. Jacinto en nuestros días demuestran la certeza de nuestras afirmaciones.

la imparcialidad crítica nos obliga á darlo á conocer como un genio fecundo, digno de admiración para el hombre científico.

V

Nemesio (*Filósofo*).

El movimiento filosófico helénico, impulsado por las corrientes de la verdad cristiana, abrió á las ciencias horizontes inmensos, desconocidos en la metafísica pagana. Entre las múltiples pruebas que corroboran la verdad de nuestro aserto, no es de escasa importancia la contenida en la significación del filósofo cuyo nombre encabeza este artículo.

Inciertas son las noticias biográficas que tenemos acerca de Nemesio: unos lo suponen obispo de Emesa; otros afirman fué contemporáneo de San Gregorio de Niza, pero todos convienen, y dan testimonio sus libros, que fué uno de los más notables filósofos de su tiempo; aunque su mérito ha sido conocido y apreciado después de su muerte. Sus coetáneos, efecto, ó de ignorancia, parcialidad, ó de otras causas que no es del momento investigar, no realzaron la importancia de este gran metafísico.

Entre los ramos del fecundo y frondoso árbol de la filosofía debe ocupar una atención preferente para el pensador profundo la Psicología, ciencia del alma: he ahí el objetivo de Nemesio en su libro *de Natura hominis*.

La atmósfera sensual y mefítica del paganismo; el carácter absorbente del epicureismo; los erróneos

conceptos de las escuelas espiritualistas, presas, ó del idealismo exagerado y panteista de Platón, ó del vicioso y erróneo puritanismo moral de los estoicos, fueron dos tenebrosas nubes que oscurecieron los resplandores de aquellas superiores inteligencias de los antiguos filósofos. Fué necesario que el Verbo divino descendiese á la tierra é iluminase los entendimientos con la luz celestial de su doctrina salvadora, para que los hombres, penetrando en el interior de su conciencia, conociesen la sublimidad de su fin, la preciosidad de su alma y el uso que debían hacer de las nobles facultades recibidas; Jesucristo, es, para decirlo de una vez, el creador de la ciencia psicológica.

Reducir á unidad sistemática su contenido fué el asunto predilecto del estudio de Nemesio, y le cabe la envidiable gloria de haber sido el primero que ha escrito un curso de Psicología propiamente dicha.

Si recordamos que en su tiempo dominaba en las escuelas el sistema de los Neo-platónicos alejandrinos; si traemos á la memoria la aversión que á la filosofía tuvieron Tertuliano, Lactancio y demás partidarios de la escuela separatista africana; si contemplamos los esfuerzos gigantescos de Clemente de Alejandría y Orígenes, armonizando los dogmas de la fe con los principios de la filosofía; si tenemos presentes los distintos elementos que entonces se disputaban el dominio de la verdad, crecerá nuestra admiración al encontrarnos con el talento privilegiado de Nemesio, que, fiel á la ortodoxia cristiana y dentro de la dialéctica filosófica enseña un sistema completo de Psicología, sistema que ha quedado indeleble para el estudio de todas las edades en su inmortal obra *de Natura hominis*.

VI

San Dionisio Areopagita.

Entre las pruebas evidentes de la divinidad de la religión de Jesucristo no puede menos de admirar y conmover el corazón cristiano la conversión de este esclarecido santo, juez que fué del Areopago.

Dícese, y es tradicional, que absorto ante el eclipse ocurrido en el mundo á la muerte de nuestro Redentor divino exclamó: «O la máquina del mundo perece, ó el autor de la naturaleza padece».

Convertido al Cristianismo, es uno de los discípulos más aventajados de San Pablo, y promovido al obispado de Atenas selló con su sangre la verdad de la nueva creencia que profesaba.

Se le atribuyen diferentes obras que revelan arcanos de profunda sabiduría.

Razones muy atendibles y razonamientos llenos de lógica han hecho deducir á los críticos modernos, que las obras que corren con el nombre del Areopagita son apócrifas, y esta es la razón porque no forma parte del catálogo de los Padres de la Iglesia.

Sin embargo, los fundamentos de la crítica no nos parecen suficientes para excluirle del número de los escritores eclesiásticos.

Cualquiera que sea el autor de dichos libros, es un teólogo de primer orden y un alma llena del divino amor.

Las más conocidas son: *De cœlesti hierarchia*, *De ecclesiastica hierarchia*, *De divinis nominibus* y *De Mystica Theologia*.

En la primera explica la doctrina de los Angeles, su naturaleza, su conocimiento, sus nombres y ministerios.

La gerarquía eclesiástica en sí y sus relaciones es el objeto de la segunda.

La tercera, sin duda la más importante, es un tratado luminosísimo *De Deo et de Deo uno*.

Este libro es estimadísimo por Santo Tomás de Aquino y en diferentes pasajes de su Suma le sirve de base á sus luminosos razonamientos.

El Areopagita; en nuestro humilde concepto une á su corona de mártir, la triple diadema de filósofo, y místico cristiano.

VII

El Venerable Beda.

Hijo ilustre de la familia benedictina junta á su aplicación al estudio una vida penitente, austera y mortificada.

Filósofo, teólogo, historiador escriturario, poeta, astrónomo y matemático, su cabeza fué una enciclopedia de su tiempo. Parece asemejarse al gran P. Isidoro de Sevilla.

En la vida de este venerable obsérvase un fenómeno singular, y es, que adquirió ese arsenal de ciencias sin traspasar los límites del claustro.

Escribió innumerables obras de todos los ramos del saber humano, y en opinión de nuestro sábio Cardenal González, el venerable Beda, en unión de San Isidoro y Alcuino, representa el tránsito de la filosofía patrística á la escolástica. Beda, según este ilustre

Cardenal, es más compilador que original: en él se deja sentir el criterio que caracteriza á los escritores de aquella centuria, conservar los preciosos monumentos legados por la antigüedad clásica sin aduletrar sus bellezas.

Aunque un escritor contemporáneo afirma que el nombre de Beda está escrito en el Martirologio romano, hasta hoy no se le ha tributado culto en los altares.

Hace pocos días leímos en un periódico católico que se estaba imprimiendo su oficio y Misa para rezarse de él en el año próximo (1).

La memoria del venerable Beda ha sido respetada por todos los sábios cristianos, y muchas de las lecciones de sus obras están adoptadas por la sagrada Liturgia.

Todas ellas revelan su alta piedad, sincero amor de Dios, pureza de costumbres, ejemplaridad de vida y santo amor que le animaba.

Al adoptarlas la Santa Iglesia y disponer se inserten en el Breviario romano, honra en gran manera la memoria de Beda y forma de él un acabado panegírico, que indudablemente predispone en favor de su beatificación.

Las lecciones leídas en el oficio divino del venerable Beda, son en extremo instructivas para el sacerdote católico y jamás debe olvidarlas.

(1) En 13 de Noviembre de 1899 dió un decreto eminentemente laudatorio la Sagr. Congr. de Ritos mandando que desde el presente año de 1901, se incluyese en todos los calendarios eclesiásticos la fiesta de San Beda el Venerable, asignándole oficio y Misa propias de Doctor de la Iglesia.





SECCION SEGUNDA

ESCRITORES ECLESIASTICOS DE LA EDAD MEDIA

ESCRITORES MÍSTICOS

I

Hugo y Ricardo de San Victor (*Místicos*).

El movimiento filosófico cristiano, iniciado por la escuela alejandrina, defendido bajo diferentes aspectos por alguno de los Santos Padres y escritores eclesiásticos de los cinco primeros siglos, se desenvuelve de un modo progresivo durante el período floreciente de la filosofía escolástica, hasta el punto de aparecer caracterizadas todas las tendencias que el espíritu científico ha impreso á la actividad humana.

Entre las múltiples pruebas que pueden demostrar la exactitud de nuestro aserto, no es la de menos valor, la aparición de la escuela mística representada por los dos ilustres monges que dan nombre á la célebre Abadía de San Victor.

La reproducción de las antiguas herejías, unida á la necesidad de dar á las ciencias un carácter sistemático dentro de las enseñanzas cristianas, origina

el nacimiento de la Escolástica, filosofía digna del estudio y meditación del hombre pensador y reflexivo.

Pero en todos los tiempos registrados por la historia cristiana han existido varones que, subordinando las tendencias de la vida material á la espiritual, buscaron en la soledad del claustro y en el retiro de la meditación la cátedra sublime que les comunicaba las lecciones celestiales, sin necesidad de formas y razonamientos intermedios inventados por la dialéctica humana.

He ahí la escuela mística de la que tenemos vestigios en las obras de San Basilio, y que envuelta en los errores del paganismo, intentó reproducir la filosofía neo-platónica de Alejandría. Llega la edad media; pasan los primeros momentos de confusión; el cristianismo penetra en la vida social, y al uniformarse el organismo científico, la escuela mística no puede menos de ocupar el lugar que verdaderamente le corresponde, siendo defendida con un entusiasmo laudable por Hugo y Ricardo de San Victor.

Escasas é imperfectas son las noticias biográficas que tenemos de estos dos célebres religiosos. Sólo podemos decir que Hugo (1) nació cerca de Iprés y Ricardo en Escocia, y entregados ambos á la vida contemplativa en la Abadía de San Victor, cultivaron la Teología y la Filosofía, dejándonos en sus obras pruebas, no solo de su virtud y elevado amor á Dios, sino lecciones fecundísimas de filosofía cristiana.

Entre los libros del primero, son dignos de especial mención sus comentarios al tratado *de Cœlesti Hierarchia* atribuido á San Dionisio Areopagita y los

(1) Véase el *Diccionario de Ciencias eclesiásticas*, artículo «Hugo de San Victor». Tomo V, págs. 433 y 434.

libros *de Anima*, *de Sacramentis*, *de Verbo Dei incarnato* y otros varios.

El pensamiento capital de Hugo es inculcarnos la necesidad del auxilio sobrenatural, la eficacia de la comunicación del hombre con Dios mediante la purificación de la mente (1), purificación que es superior á los conceptos de los filósofos y á los razonamientos de los dialécticos, en los que siempre quedan vestigios de la humana flaqueza y de la limitación de nuestra razón. *Veritatem agnoscere non potuit (sapientia humana) quoniam in sua eruditione formam humilitatis tenere contempsit.*

El sábio y eruditísimo Cardenal González, haciendo el juicio crítico de este elevado místico, dice, con la imparcialidad y recto criterio que distingue todas sus obras, que la fe cristiana y profunda ortodoxia de Hugo le impidió caer en los errores del Panteísmo, sin que por eso se dejen notar en sus afirmaciones tendencias idealistas y ontológicas. En nuestro humilde sentir, el místico de San Victor vivió en una época de lucha filosófica. Las diferentes tendencias de la filosofía escolástica, las reminiscencias paganas, los deslumbradores y alambicados conceptos de la escuela neo-platónica y el espíritu religioso adquirido en la contemplación del claustro, dejan huellas más ó menos profundas en todas las obras allí elaboradas, obras que demuestran la eficacia de la revelación cristiana, conservando incólume el día de la fe en medio de las sombras que le rodearon (2).

(1) Reddi ad cor tuum et subtiliter discute te ipsum. (*De Anima*, libro 3.º).

(2) Fides ergo necessaria est qua credantur, quæ non videntur. (*De Sacramentis*, Liber Primus, pars prima, C. II).

La tendencia de Hugo es desarrollada todavía con más entusiasmo por su discípulo Ricardo.

Sus obras más notables son *De Gratia contemplationis* y *de Preparatione animi ad contemplationem*.

Por más elevada que sea la inteligencia del hombre; por constantes que aparezcan los esfuerzos de la razón humana, esta por sí sola no puede llegar al conocimiento perfecto de Dios, en cuanto es posible á la criatura racional y limitada, *ad videndum Deum, ipsi ascendere non possunt*; y solamente se puede conseguir ese conocimiento, siempre imperfecto en la vida del tiempo, siguiendo á Jesucristo y comunicando con él, mediante la unión de la contemplación, tercer ojo del alma, cuya longitud excede á la del ojo material y divisa horizontes más dilatados que el ojo de la razón. *Christus est qui docet terrena in valle, cœlestia in cœlo*.

Si el asentimiento á los dogmas cristianos impidió á Hugo caer en los errores del Panteísmo, esta misma profunda ortodoxia iluminó la inteligencia de Ricardo, apartando de su entendimiento las sombras esparcidas por Abelardo y otros precursores del libre exámen, *in philosophia oportet per fidem intrare*.

La importancia de la escuela mística tan dignamente representada por Hugo y Ricardo de San Victor, deja sentir su influencia en los subsiguientes períodos de la filosofía cristiana. Ella aparece con caracteres profundamente espirituales en las obras de San Bernardo y de San Buenaventura, coadyuvadores en nuestro concepto de la escuela de San Victor, reviste un mismo espíritu en Juan Gerson y Nicolás de Cusa, y no es agena á los representantes de la literatura mística moderna, Juan de la Cruz y Teresa de Jesús.

Es más: hasta el fundador del moderno eclecticismo, Victor Cousin, panteísta manifiesto, reconoce la eficacia del misticismo y su significación en la historia de la filosofía (1).

Nuestro siglo eminentemente positivista se burla de los místicos: he ahí una de sus graves enfermedades; enfermedades que no se curan con exposiciones universales ni con predicaciones insensatas, sino con la práctica de los preceptos morales y el asentimiento á las verdades de la fé, purificada y sublimada en las esferas de la contemplación, mediante el conocimiento superior comunicado por la Teología mística.

II

Juan Gerson y Nicolás de Cusa. (*Místicos*).

La escuela mística representada por Hugo y Ricardo de San Victor, no fué estéril en su desarrollo. Prueba de esto tenemos en la significación del Canciller Gerson y del Cardenal de Cusa.

Juan Gerson, Canciller de la célebre Universidad de París, teólogo del Concilio de Constanza, defensor del dogma y varón de sólida piedad, escribió obras notables que demuestran, á la par que su profunda doctrina, la cristiana pureza de su alma.

La tendencia escéptica y materialista de la escuela nominalista; los preludios de la Reforma y la corrupción de costumbres que esta había de ocasionar, fueron otros tantos móviles que influyeron en su

(1) *Histoire de la Philosophie*.

ánimo para levantar el espíritu cristiano dándole toda la importancia que realmente tiene, é imprimiendo un carácter teológico-místico á sus obras.

Gerson quiere que el alma comunique con Dios mediante las relaciones sublimes de la contemplación, y sin negar la eficacia de la revelación aspira á elevar los espíritus á esas regiones de lo sobrenatural donde Dios ilumina con luces clarísimas á las almas amantes; de ahí el conocimiento superior ó ese tercer ojo de que nos habla Ricardo de San Victor, superior al ojo sensible y al de la razón.

Aunque en las teorías de Gersón se nota simpatía marcada á las enseñanzas de San Agustín y de San Buenaventura, en cuestiones opinables no desdeña las soluciones de Santo Tomás y demás representantes del movimiento genuinamente escolástico. Mostrar el valor y alcance de la razón humana dentro de la fé é inspirar al alma una santa devoción, fuente fecunda de virtudes insignes que la conduzcan á la cúspide de la contemplación, es el lema de la escuela de este célebre místico, ideas que explica en su Teología Especulativa.

La ejemplaridad de su vida, su fervorosa devoción al Patriarca San José y el encarecimiento que de la misma hace unidos á su ciencia le han merecido el epíteto de *Doctor Cristianísimo*.

El Cardenal de Cusa, natural de Kuss, Dean de Coblenz, Obispo de Brixeu y Cardenal de la Iglesia Romana, fué uno de los hombres más notables de su tiempo. Teólogo distinguido, filósofo ilustrado y renombrado naturalista, ha dejado pruebas de la diversidad de sus conocimientos y de la actividad de su carácter, tanto en sus producciones como en su intervención en el llamado concilio de Basilea.

Aunque el Cardenal de Cusa profesa ideas análogas á las del Canciller Gerson, los separan diferencias notables. Aquél es menos dogmático que este, y en mi juicio, no aparece en él tan acentuado el sentido místico, como en el Doctor Cristianísimo, y de ahí la tendencia semi-escéptica que se vislumbra en sus teorías.

Además, el Cardenal de Cusa mostró una preferencia más marcada que Gerson, por la propagación de las obras de Santo Tomás, y les dió tal importancia, que ordenó fuesen enseñadas al clero y le sirviesen de instrucción fundamental.

Al estudiar con criterio desapasionado las tendencias de estos escritores; al presenciar las escenas que á su vista se representaban; al lamentar la crítica situación de la Iglesia terminando el horrible cisma del Occidente, que en mi concepto ha sido la más aguda prueba á que la sometió su fundador divino, no podemos menos de admirar la fuerza que entraña la idea cristiana y la saludable influencia que ha ejercido en el desenvolvimiento de la actividad humana. Todas las manifestaciones del espíritu tienen ilustres representantes. A la par que enseña la ortodoxia del dogma, defiende la eficacia de la razón pudiendo llegar mediante el ejercicio de la meditación al conocimiento de verdades altísimas, y en medio de los sublimes éxtasis de la contemplación, recuerda la misión de la Iglesia y la obligación que tienen sus hijos de someterse á sus infalibles decisiones. Tales son las deducciones que se desprenden del estudio que hemos hecho recordando los caracteres de la escuela mística tan despreciada como ignorada por los hombres del siglo en que vivimos.

Levantemos nuestro espíritu; harmonicemos las enseñanzas de la fé con las verdades conocidas por la

razón, y colocados en la escala de la meditación cristiana, caminaremos seguros por ella hasta unirnos espiritualmente con Jesucristo en ese santo matrimonio de que nos habla San Alfonso M.^a de Ligorio (1).

ESCRITORES FILÓSOFOS

I

Alberto Magno. (*Filósofo*).

Al ocuparnos de los más notables escritores de este periodo, justo es traer á la memoria de nuestros lectores al ilustre maestro de Santo Tomás de Aquino. Educado en las Universidades de París y Padua, religioso de la orden de Santo Domingo, y profesor después de la célebre Academia de Colonia, fué tal la aglomeración de estudiantes y oyentes en su cátedra, que se vió precisado á explicar en la plaza pública. Nombrado obispo de Ratisbona, cuyo cargo renunció, murió en olor de santidad en un lugar retirado, dedicado al estudio y á la piedad.

Sus numerosas obras revelan la multitud de conocimientos que poseía. Todas las ciencias, lo mismo las metafísicas y morales que las físicas y naturales, le eran familiares, fué un verdadero talento de su siglo.

Aunque como todos los escolásticos cristianos es partidario de la filosofía de Aristóteles, no desdeña las soluciones de Platón en aquellos puntos conformes con el dogma católico, *Scias, quod non perficitur*

(1) *De Theologia Morali Praxis Meditationis.*

homo in philosophia, nisi ex scientia duorum philosophorum; Aristotelis et Platonis.

Su Suma, precursora de la de Santo Tomás, es un monumento teológico y filosófico. Admira el punto de vista de Alberto Magno estudiando el dogma de la creación y resolviendo los problemas de la Psicología cristiana.

Los libros *de Animalibus* son una demostración de su competencia en las ciencias físicas y naturales y de las aplicaciones que de ellas hace á los objetos materiales. Para decirlo de una vez: Alberto Magno es una de las colosales figuras que se registran en la historia de la filosofía escolástica.

II

Escoto (*Filósofo.*)

Inciertos son los datos que tenemos, tanto sobre el año del nacimiento del doctor Sutil como acerca del punto en que vió la primera luz. Profesó en la orden de San Francisco y catedrático de la célebre Universidad de Oxford, reunió en torno de su aula un número tan excesivo de discípulos y oyentes, que parecería fabuloso sino lo atestiguase el crédito de fidedignos historiadores. Sus explicaciones tuvieron el mismo favorable eco en París y Colonia, en cuya ciudad falleció todavía en edad prematura.

Entre las obras que escribió sobresalen las *Quæstiones subtilissimæ* y los *Metaphysicorum Aristotelis*.

El sábio y renombrado escritor, el Emmo. y Reverendísimo Sr. Cardenal González, que en materias filosóficas es una autoridad respetable, hablando de

Escoto dice, «que su filosofía se distingue por la sutileza de la forma y la tendencia crítica del fondo (1).

Las distinciones, divisiones y subdivisiones, la crítica minuciosa hasta de los principios axiomáticos y el prurito de revestir las demostraciones metafísicas con un barniz de marcada originalidad: he ahí el objetivo del doctor Sutil.

Aunque en el fondo Escoto, como filósofo ortodoxo, no se separó de las enseñanzas de la verdadera filosofía escolástica, hija y aun sierva de la Teología, como se decía entonces, *ancilla Theologiæ* él hizo una oposición sistemática á las teorías de Santo Tomás, formando escuela aparte, cuyas polémicas son famosas en la historia de la Escolástica.

Inspirados nosotros en el criterio de la más estricta imparcialidad, y ajenos á toda preocupación de escuela, diremos que en Escoto se inicia ya el criterio analítico característico de la filosofía moderna, que reconoce por fundador á Descartes, aunque sin llegar á las consecuencias de éste, porque el doctor Sutil como religioso observante y ortodoxo, siempre permaneció fiel á las enseñanzas católicas. Además, Escoto tiene una gloria simpática para todo corazón cristiano recto y generoso, y es haber defendido con el entusiasmo propio de un hijo amante, el misterio de la Concepción Inmaculada de la Virgen María, siglos antes de estar definido como dogma de fe.

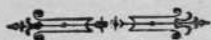
Hace pocos años en España, el ilustre, sábio y virtuoso P. Malo, hijo de Serafín del Asís, publicó un folleto, origen de una polémica, tomando por punto de

(1) Consúltese la historia de la filosofía del P. Zeferino, tomo 2.º, *Filosofía escolástica*. En ella estúdiense las notas y texto que cita del doctor Sutil, y después de examinados, el crítico imparcial hará justicia á los fundamentos en que se apoya el filósofo dominicano.

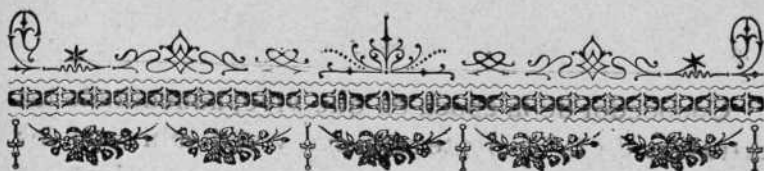
partida las observaciones críticas que el sapientísimo Cardenal González hace de Escoto y de las diferencias que lo separan de Santo Tomás de Aquino.

El silencio humilde, prudente y edificante del Prelado sevillano, nos obliga á nosotros á imitar su ejemplo, mucho más cuando nos encontramos en circunstancias desfavorables y carecemos de los conocimientos y profunda convicción que en la materia tiene nuestro bondadoso Pastor. Solamente afirmaremos: 1.º que el juicio del Cardenal González no está inspirado por el antagonismo que existe entre la escuela tomista y la escotista; 2.º que sus asertos están probados con textos del mismo doctor Sutil; 3.º que la imparcialidad del famoso filósofo español aparece en todas las páginas de su inmortal historia de la filosofía. Desde los sistemas orientales y griegos, hasta los últimos representantes de la filosofía novísima, el sábio Cardenal analiza teorías, estudia las escuelas, señala el carácter especial de sus representantes, pone de relieve sus relaciones, indaga la parte de verdad que contienen y manifiesta francamente los errores ó verdades que hay en ellos, cualquiera que sean sus jefes, ora llámense Platón y Aristóteles, Santo Tomás ó Escoto, Bonald ó Hegel.

Terminamos este humilde trabajo diciendo: que el doctor Sutil siempre merecerá las consideraciones del filósofo cristiano, las simpatías del fiel creyente y la predilección de los enamorados devotos de la Madre de Dios.







SECCIÓN TERCERA

ESCRITORES ESPAÑOLES DE LOS SIGLOS XVI Y XVII
TEÓLOGOS Y FILÓSOFOS.

I

Melchor Cano (*Teólogo*).

Entre las grandes figuras que se destacan en el siglo de oro de la literatura española, merece ocupar un lugar distinguido en la mente del pensador profundo la del insigne teólogo que acabamos de nombrar.

Nacido en Tarancón, profeso en el Sagrado Orden de Predicadores; teólogo en el Santo Concilio de Trento y representante del puro y genuino elemento teológico de su tiempo, Melchor Cano ha dejado impresas en las inmortales páginas de sus obras la suma de sus conocimientos, la latitud de su entendimiento y el recto criterio con que resolvía las más árdidas cuestiones de la Teología cristiana.

De las producciones de su ingenio ha sobresalido su inmortal tratado *De Logis theologicis*, que ha difundido su fama en todas las regiones del orbe.

Conocedor de la época en que vive; lamentando los extravíos de la reciente reforma, y vislumbrando los males que había de ocasionar en el desenvolvimiento de las ciencias, el teólogo dominicano se parapeta en fortaleza segura; adhiriéndose á las enseñanzas del Angel de Aquino; fuente siempre antigua y á su vez nueva, donde encuentra argumentos sólidos para defender la verdad el filósofo católico. *Tanti Divi Thomæ sententiam esse faciendam, ut si potior alia ratione non succurreret, sanctissimi et doctissimi viri, satis nobis esset auctoritas* (1), palabras que revelan la independencia del criterio de nuestro teólogo en materias no definidas por la Iglesia y que confirma el profundo respeto que profesaba á las soluciones de Santo Tomás de Aquino.

El sábio P. Fray Zeferino González, ornamento de la religión dominicana, juez de la filosofía española y honra del Episcopado católico, vé en Melchor Cano un digno representante de la filosofía escolástica (2). El teólogo dominico del Concilio de Trento, comprendiendo mejor que sus contemporáneos la índole de la verdadera filosofía, rechaza con toda la energía é imparcialidad propias del hombre de talento la difusión y entretenimiento de cuestiones vagas é inútiles que tanto preocuparon á los escolásticos en la época de la decadencia, cuestiones que ocasionaron un pretexto, siquiera fuera aparente, para lanzar diatribas contra la filosofía cristiana, que enseñada y explanada dentro de las bases de la de Santo Tomás, es la única que sabe armonizar los fueros de la razón con las verdades de la revelación.

(1) *De Locis Theologicis.*

(2) *Historia de la Filosofía*, Tomo 2.º

Melchor Cano, añade el citado Prelado español, conoce ya la importancia de los métodos de observación y no desdeña sus investigaciones y aplicaciones dentro de los sólidos principios filosóficos. En una palabra: la Teología, la filosofía, la religión católica, la orden de Santo Domingo y la nación española se glorían con razón al presentar á Melchor Cano como lumbrera de la ciencia sagrada, luz de la razón, dechado de virtudes y honor de la pátria que le vió nacer.

II

Suárez. (*Filósofo y Teólogo*).

Aunque la sábia Compañía de Jesús no hubiese producido más que un filósofo de la talla del que encabeza estas líneas, bastaría para inmortalizarla (1).

Francisco Suárez, nacido en la bella Granada, profesó en la Compañía de Jesús, catedrático de Teología y Filosofía en las célebres Universidades de Alcalá, Salamanca y Roma, comisionado por Felipe II para representar á España en la famosa de Coimbra; hombre de ciencia profunda y de virtud acrisolada, es, sin duda alguna, no solo una de las más preciadas glorias del instituto religioso fundado por Ignacio de Loyola, sino también celebridad famosa en los anales de la nación española.

Sus *Disputationes metaphysicæ*, libros de *Anima* y tratado *De Legibus* han pasado á la posteridad como

(1) Véase el discurso inaugural leído en la Universidad de Granada por el Sr. Simonet é inserto en la colección de *La Ciencia Cristiana*. Es un trabajo tan completo como razonado de este célebre filósofo.

monumentos donde se encuentran tratadas las cuestiones de la filosofía y del derecho natural con lógica tan vigorosa y erudición tan copiosa, que parece haber acumulado todos los conocimientos referentes á la materia, resolviendo de antemano problemas metafísicos puestos en tela de juicio en los siglos subsiguientes.

La filosofía de Suárez, dice el tantas veces citado P. Zeferino González, dignísimo Arzobispo dimisionario de Sevilla, es la misma de Santo Tomás, del cual se separa únicamente en cuestiones incidentales. No es, pues, exacta, según este sábio filósofo, la denominación de Suarismo que se pretende dar al sistema filosófico del Jesuita granadino, considerándolo opuesto al Tomismo, y bajo este concepto es impropia la denominación.

Ahora bien; si esos puntos accidentales, unidos á otros profesados por algunos Jesuitas posteriores á Suárez, formaron una escuela aparte, más ó menos opuesta á la de Santo Tomás, entonces podrá aceptarse la denominación de Suarismo, siempre en un sentido concreto.

La ciencia del derecho natural, enseñada y explicada por los filósofos protestantes y racionalistas, recibe un poderoso impulso del sábio Jesuita en su obra *De Legibus*, obra que es hoy una de las fuentes más consultadas por los representantes de la filosofía del derecho cristiano.

No nos cansamos de repetirlo: ni la Inquisición, ni la autoridad absoluta de los monarcas de la casa de Austria, fueron rémora para el desenvolvimiento de las ciencias filosóficas en España. Luis Vives en Valencia, Sebastian Fox Morcillo en Sevilla, Francisco Suárez en Granada, Domingo Soto, Melchor Cano y

otros tantos que sería prolijo enumerar, profesaron en filosofía y teología opiniones diferentes, opiniones que aparecen en sus libros, los cuales fueron leídos y estudiados con la misma libertad é independencia que si hubieran vivido en los siglos posteriores (1).

Hoy que la afición á los estudios filosófico-jurídicos se vá despertando, bueno es que sus cultivadores consulten las obras del filósofo granadino, llamadas á ejercer influencia decisiva en el renacimiento del escolasticismo contemporáneo.

III

Domingo Soto (*Teólogo y filósofo*).

Digno es de figurar al lado de Melchor Cano su ilustre hermano de religión Domingo Soto (2).

Nacido en Segovia, profeso en el Sagrado Orden de Predicadores, teólogo del Concilio de Trento, confesor de Carlos V, obispo electo de Segovia, cuya mitra renunció, murió en Salamanca dedicado á la contemplación y al estudio siendo Prior del Convento de San Estéban, en 1560.

Soto brilló como teólogo y filósofo escolástico y fué maestro peritísimo en cuestiones ético-jurídicas. Muestras de lo primero son sus comentarios sobre Aristóteles y los libros *De Anima*, en los cuales, si

(1) Véase nuestro artículo «Significación filosófica de Sebastián Fox Morcillo», Estudios histórico-filosóficos y Patrológico-Ascéticos

(2) También es célebre Pedro Soto. Sobre este escritor insertó dos notables artículos en la *Ciencia Cristiana*, el sábio cardenal González, Arzobispo de Sevilla.

bien se nota el decaimiento de la filosofía escolástica, no por eso se oculta la profundidad del talento. Su competencia en las segundas aparece con caracteres marcados en sus tratados *De Justitia et Jure*, verdaderas fuentes de derecho natural, público y de gentes. Sus teorías sobre el concepto del derecho, sus explicaciones referentes al derecho de propiedad y las ideas luminosas que contienen bastarían para inmortalizarle. Domingo Soto se adelantó á su siglo, y hoy día es digno de consulta y de estima para el jurisconsulto filósofo.

Seríamos interminables si nos hubiéramos propuesto analizar todos los conceptos y aplicaciones ético-jurídicas de este gran filósofo, solo diremos para concluir, que el teólogo dominico es una figura de primer orden en la historia de la filosofía escolástica.

IV

Francisco Victoria (*Teólogo y filósofo*).

Entre los preclaros hijos que la religión de Santo Domingo suscitó en el último tercio del siglo XV y principios del XVI, los estudios filosóficos jurídicos pueden gloriarse con razón con el nombre de Francisco Victoria, sobre cuya importancia científica nos vamos á permitir ligeras consideraciones.

Escasas son las noticias biográficas que de él tenemos. Profesó en la orden de Predicadores, fué maestro de Sagrada Teología é inspirador de Melchor Cano y Domingo Soto, mereciendo ser contado entre los más ilustres teólogos y filósofos de su época. Estudió

en la Universidad de París, en la que recibió el grado de doctor, explicó después en el colegio gregoriano de Valladolid y más tarde fué catedrático en la Universidad de Salamanca. Sobresalió como moralista y teólogo, pero tan modesto que jamás quiso publicar las obras que había escrito ó dictado para la cátedra. Influyó notablemente en la restauración de la escolástica, entonces en decadencia; dejando discípulos tan eminentes como Domingo Soto y Melchor Cano, el cual decía que se debía juzgar de su maestro mucho más de lo que él podía expresar. Murió este sabio dominico en Salamanca en 1546. Matamoros le llamó *Vir excellens, divinus, incomparabilis*.

Después de su muerte se publicaron muchas de sus obras, de las cuales son las principales: *Theologicæ Relectiones duodecim*, en las que trata de la potestad eclesiástica y del poder civil, de la autoridad del Pontífice y de los Concilios, de los indios y del derecho de la guerra H. Además, escribió la titulada *Summa Sacramentorum Ecclesiæ* dejó manuscritos: *Commentaria in universam Summam Sancti Thomæ*.—*Commentaria in quatuor libros Sententiarum*. Obra suya es también, *El Confesonario*, utilísima para los confesores. Victoria es probabilista moderado y ejerció una influencia poderosa en la restauración de los estudios.

La teología y el derecho natural; he ahí las dos ciencias predilectas del filósofo dominicano. De su profundidad en la primera son muestra sus *Relectiones*, y de su competencia en la ciencia llamada hoy *filosofía del derecho*, baste recordar las doctrinas consignadas en sus libros de *Potestate Ecclesiæ et de civili potestate*, obras que en expresión del sabio y competente Cardenal González, nuestro respetable y amado

Prelado, sobresalen por la elevación de las ideas y el vigor intelectual y moral, y es tan valiente que parecen increíbles sus palabras en un escritor del siglo XVI. Ya lo digimos en otro lugar (1), y lo repetimos hoy. Ni el poder de los Reyes Católicos, ni la tan decantada opresión de la Inquisición, ni la fe cristiana fueron jamás una rémora para el progreso de las ciencias filosóficas. Prueba de ello tenemos en los escritos de este filósofo. Con la independencia de carácter propia del hombre que posee la verdad, y con la franqueza del fiel cristiano, examina las relaciones de la Iglesia y del Estado, señalando sus caracteres y marcando los límites de ambas potestades con una profundidad de pensamientos y claridad de expresión, que rebate para siempre los sofismas de las teorías jansenistas y regalistas, lo mismo que los absurdos é impiedades de las pretensiones racionalistas y anarquistas. ¡Qué claridad al deslindar los límites de ambas potestades! Qué respeto al Pontífice! Qué justicia al fijar la índole del poder secular! Qué independencia de carácter y qué fortaleza cristiana para defender sus opiniones lo mismo ante la venerada persona del Pontífice que ante el monarca temporal (2).

(1) *Estudios histórico-filosóficos y Patrológico Ascéticos, Diccionario de Ciencias Eclesiásticas*, tomo 4.º, artículo *Foxo Morzillo*, citado anteriormente.

(2) Para que nuestros lectores formen idea de las doctrinas de este filósofo, copiaremos el siguiente párrafo de sus obras, tomado de la historia de la filosofía del Emmo. y Rvd. Sr. Cardenal González, tomo 2.º, pág. 520.

«Si Papa doceret aliquam legem civilem aut aliquam administrationem temporalem non esse convenientem, aut non expediret gubernationi Reipublicæ, et juberet eam tolli; Rex autem diceret contrarium, ¿eujus sententiæ standum esse?

Respondeo: Si Papa diceret talem administrationem non expedire gubernationi Reipublicæ, Papa non esset audiendus, quia hoc iudicium

Publicistas católicos: ¡aprended el derecho eclesiástico en las doctrinas de Francisco Victoria! Apologistas del poder absorbente del Estado, partidarios del Regalismo, pregoneros de la absoluta y absurda teoría de la independencia de la Iglesia y del Estado, avergonzaos ante la falta de vuestra lógica, abrid los libros de este famoso filósofo y todos vuestros sofismas y razonamientos quedarán rebatidos para siempre.

¡Lástima que en una época como la actual de tanta confusión de ideas, y en la que se ataca á la filosofía escolástica sin conocerla, no se estudiasen las obras de sus ilustres representantes! Parece increíble. Si cuando á todas horas se persigue á la Iglesia, si en múltiples tonos se exagera la intolerancia de los frailes, si bajo las formas del sarcasmo y del ridículo se presentan las instituciones cristianas, ¿qué extraño es que las costumbres, las tendencias y la atmósfera de la actual sociedad sea un deletéreo miasma de escepticismo y de disolución moral? Más valiera que nuestros pseudo-filósofos y semi-sábios de doublé desenterrasen del fondo de las bibliotecas los carcomidos pergaminos de las obras que inmortalizaron á los escolásticos, y entre ellas, ocupasen un lugar preferente las de Francisco Victoria, fuentes purísimas del derecho cristiano, y arsenal de filosofía escolástica digna de todo encomio.

non spectat ad eum sed ad Principem... Sed si Papa diceret talem administrationem cederet in detrimentum salutis spiritualis, aut quod talis lex non potest observari sine peccato mortali, aut esse contra jus divinum aut esse fomentum peccatorum, standum esse iudicio Pontificis, quia Rex non habet iudicare de rebus spiritualibus... (*De Potestate Ecclesie*, n. 14).

V

Arias Montano.

El Clero español distinguido siempre por la modestia envuelta en el manto del saber, nos ofrece en todos los tiempos ejemplos de este admirable contraste, Uno de ellos es el del sábio teólogo y sobresaliente escriturario citado en el epígrafe.

Inciertos son los datos que tenemos acerca de su pátria. Lo cierto es que estudió en Sevilla con gran aprovechamiento, ampliando sus conocimientos filológicos en Alcalá donde aprendió con perfección el hebreo, siriaco y griego. Fué tal su fama de profundo teólogo y consumado escritor que el Obispo de Segovia Ilmo. Rdmo. Sr. D. Martín Pérez de Ayala le llevó al concilio de Trento, donde dió honor á la Teología española.

Tal era su competencia en la Exégesis y Sagrada Hermenéutica que al rey D. Felipe II le envió á Amberes para dirigir la colosal empresa de la publicación de la *Biblia* llamada *Régia*, y allí fué la admiración de nacionales y extranjeros.

También cooperó á la formación del Índice expurgatorio decretado por el Concilio Tridentino.

El rey prudente, como le llama su docto y erudito panegirista el Sr. Fernández Montaña, le ofreció varias veces la mitra, que él renunció y jamás aceptó.

Arias Montano comentó diferentes libros de la *Biblia*, sobre todo, los de los Profetas y los Santos Evangelios. Sus explicaciones y dilucidaciones, en

opinión del malogrado escritor Sr. Alonso Perujo, son convenientísimas para aclarar el sentido del texto sagrado.

Nuestro teólogo, como otros de aquella centuria, no se libró de las censuras y acusaciones de algunos de sus contemporáneos, y lo que es más sensible tratándose de hermanos en el sacerdocio.

El más tenáz adversario de Arias Montano, fué el erudito canónigo de Valladolid D. León de Castro, que le acusó de adulterar el sentido de la versión hebrea. La polémica tomó tales propósitos que Arias Montano defendió su ortodoxia en Roma, donde se le hizo justicia.

Los sábios nacionales y extranjeros le prodigan á porfía sus elogios, y cuenta entre sus entusiastas panegiristas á los doctos Feijoo y Tostado

VI

El Cardenal César Baronio.

La importancia que para el Sacerdote tiene el estudio de la historia eclesiástica, fué conocida desde los primeros siglos cristianos. San Ireneo escribió ya la historia de las herejías y Eusebio en el siglo IV sentó las bases de la historia eclesiástica propiamente dicha.

Las crónicas de la Edad Media, si bien consignaban hechos culminantes, aparecen tan desfigurados y envueltos en falsedades, que han sido necesarios todos los esfuerzos de la crítica moderna para entresacar la parte de verdad que hay en ellos, descartando

las falsedades y verdaderas puerilidades en los mismos contenidas.

La historia eclesiástica propiamente dicha comienza en el Cardenal Baronio.

Nació el insigne purpurado en el reino de Nápoles y recibió de sus cristianos padres una educación tan religiosa como piadosa, prendas singulares que avaloró adquiriendo profunda, sólida y variada instrucción.

El deseo de consagrarse á Dios y precaverse de los peligros en que se pueden ver envueltos los sábios, le inspiró la vocación de alistarse en la naciente congregación de Padres del Oratorio, fundado por S. Felipe Neri. Admirador este celoso apóstol de Roma de las prendas de Baronio, las utilizó en favor de las almas, y el celo de nuestro historiador fué fructuosísimo con sus conferencias é instrucciones. Teólogos, canonistas, cardenales y oradores le tributan colmadas alabanzas: es más, merece la confianza del Pontífice Clemente VIII, que le nombra su confesor y cardenal de la Iglesia Romana. Mereció Baronio un concepto tan elevado por su ciencia y virtud, que estuvo á punto de ocupar la silla pontificia á la muerte del Papa mencionado.

Hoy lo que más nos interesa es hacer patente el mérito de este dignísimo Cardenal como historiador.

Constante en su empresa publica sus famosos *Anales*.

Están divididos en doce tomos y comprenden los doce primeros siglos de la Iglesia. En ellos hace un estudio analítico de los Pontífices, Concilios, herejías, emperadores, mártires é importantes personajes de cada siglo.

El objetivo de sus investigaciones fué refutar las falsedades contenidas en la obra de los Centuriadores

de Magdembourgo, obra dirigida á impugnar á la Santa Iglésia Romana, de la que Baronio fué defensor y acérrimo apologista.

Los Anales del erudito y virtuoso oratoriano son el arsenal á donde han acudido los historiadores eclesiásticos de los siglos siguientes.

Esta obra, como todas las humanas, no está exenta de defectos.

A más de lo incompleta que hoy aparece, es defectuosa en el conocimiento de los Padres Griegos y hechos pertenecientes á las Iglesias de Oriente por la ignorancia que el ilustre Cardenal tenía del idioma helénico.

Además, la obra de Baronio hoy es deficiente ante las exigencias de la moderna crítica en los estudios históricos; pero estas lagunas han sido felizmente cubiertas por los esfuerzos é ímprobo trabajo de los historiadores eclesiásticos de nuestros días.

Sin detenerme en los compendios é historias magistrales de la Iglesia de todos conocidos, bastaría mencionar las monumentales obras del Cardenal Hergenroether y la no menos estimable historia de la Iglesia, escrita por R. F. Rohbracher, ambas traducidas á nuestra lengua, y la última ampliada y adicionada por el sábio Chantre de la Metropolitana de Burgos, Sr. Peña, y de la cual se está haciendo una nueva y completa edición.

Baronio escribió, también, un *tratado de la monarquía de Sicilia*, prohibido por Felipe III, obra que despertó gran curiosidad en sus días.

Cualquiera que sean los defectos de los Anales, quedan eclipsados ante la magnitud de su empresa, digna de toda alabanza y fuente abundantísima en conocimientos útiles para la historia eclesiástica.

VII

El Cardenal Belarmino.

Hé ahí otro timbre de la ínclita Compañía de Jesús.

Oriundo de Toscana y sobrino del Papa Marcelo II, se distingue desde niño por su aplicación y religiosidad.

Fija su atención en el ideal de la perfección religiosa, á los 18 años abraza el Instituto de San Ignacio, donde brilló como uno de sus Padres más esclarecidos.

San Francisco de Borja, á la sazón general de la Orden, lo envía á Lovaina y allí toma parte en las controversias contra Bayo y demás continuadores, más ó menos hipócritas, del Jansenismo.

Las múltiples consultas por él evacuadas y la discrección y prudencia contenidas en sus soluciones, le granjearon el merecido prestigio que adquirió, tanto en la Compañía de Jesús como en la curia romana. Sus superiores le nombran Rector del Colegio romano, y más tarde, General de la órden. Por último, el Pontífice lo designa para teólogo y Cardenal de la Iglesia Romana, que solo aceptó por obediencia el mandato de sus superiores.

La competencia de Belarmino y su pasmoso saber, que brillan en sus nunca bien ponderadas *Controversias*, le merecen ocupar un lugar señalado entre los escritores eclesiásticos.

Sin detenerme en sus dos opúsculos *De translatione imperii romani a Græcis ad Francos* y *De indulgen-*

tiis et Jubilæo, no puedo menos de traer á la memoria su Catecismo, titulado: *Christianæ doctrinæ explicatio*, compuesto siendo Arzobispo de Capua, después de promovido á la dignidad Cardenalicia.

Las producciones más conocidas y famosas de Belarmino son las ascéticas.

Hijo fiel del solitario de Manresa, empapado en la purísima doctrina contenida en el libro de los Ejercicios, y constante en su práctica anual como buen Jesuita, Belarmino, en los retiros espirituales de cada año, escribe una obra que bastaría para inmortalizarle.

De ascensione mentis in Deum per scalas rerum creatarum, De Aeterna felicitate Sanctorum, de gemitu columbæ, De septem verbis Domini in cruce prolatis, De arte bene moriendi; hé ahí las más conocidas.

Las lecciones por él deducidas de cada una de las palabras pronunciadas por el Salvador, los llamados gemidos de paloma, ó sean gemidos de dolor de la santa Madre Iglesia, y sus avisos para el temible trance de la muerte, son otros tantos ramilletes de olorosas flores que despiden el perfume de la más exquisita piedad y la fragancia de los puros consuelos celestiales.

También escribió un pequeño comentario sobre los Salmos, breve al lado de los otros comentaristas, pero fecundo en enseñanzas morales y piadosas.

La memoria de Belarmino siempre es grata para el corazón cristiano, y abrigamos la fundada esperanza de que le veneraremos en los altares, porque su talento y saber están en armonía con sus virtudes y no interrumpida piedad. Este Cardenal es honra de la Iglesia, lumbrera de la Compañía de Jesús y asombro de la Teología y Ascética Católica.

VIII

Benedicto XIV.

En una obra de escritores eclesiásticos, siquiera sea tan imperfecta como la que ofrecemos al público, no podía pasar desapercibida la omisión de tan sábio como renombrado Pontífice.

Benedicto décimo cuarto es, lo digo con la íntima convicción de mi alma, uno de los Papas que más han enaltecido la cátedra de S. Pedro.

Talento penetrante, vasto saber, singulares dotes de gobierno, aptitud especialísima para la organización y celo incansable por el bien de la Iglesia y reputación del Clero, se puede decir es, todavía, el oráculo de consulta en los puntos más importantes de la Disciplina eclesiástica.

Su conocida obra *De Synodo Diocesana*, es un tratado completo de Derecho Canónico y Disciplina Eclesiástica.

Sus bulas son de tal transcendencia que muchas de ellas están vigentes en asuntos delicadísimos, referentes al sacramento de la Penitencia y á confesores de Religiosas, tanto que son citadas en todas las obras de Teología Moral y en las licencias ministeriales que dan los Obispos á los Sacerdotes.

Los volúmenes sobre la Canonización y Beatificación de los Santos, demuestran la prudencia, el celo y hasta la precaución de la Santa Iglesia al examinar los expedientes, antes de decretar en materia tan espionosa.

El libro *de Sacrificio Missæ*, debería ser el *Vade-Mecum* de todo sacerdote.

Teólogo, canonista, historiador, político, docto sacerdote, honor del Sacro Colegio y gloria del Pontificado y de la Santa Iglesia Romana; hé ahí en imperfecto compendio el panegírico de este gran Papa.

IX

San Cárlos Borromeo.

Respetando el juicio de nuestra Santa Madre Iglesia que cierra el período de los Padres de la Iglesia con San Bernardo, no podemos menos de hacer presente la significación de este gran Prelado, que á no ser por la razón indicada, incluiríamos en el número de los Santos Padres.

Desde sus primeros años corren en él parejas, la virtud, el talento y la vocación al estado eclesiástico. Cada día más aprovechado en sus estudios, recorre, á su vez, el camino de la santidad, tanto que al conocer el Papa Pio IV sus excelentes prendas, le honró con altísimas condecoraciones, hasta obligarle por obediencia á aceptar el arzobispado de Milán. Fué tal el concepto en que se tenía al santo metropolitano, que tuvo eficaz intervención en los trabajos del Concilio de Trento.

Las circunstancias especiales de su diócesis exigían una reforma radical y en su planteamiento y realización brillan tanto su sabiduría y energía como su ardiente celo y exquisita prudencia.

La reforma del Clero y de la Disciplina, fué el constante objeto de sus afanes, y para lograrlo reanuda la celebración de los Concilios provinciales, con tal éxito, que desde entonces estas augustas asambleas lo toman por guía, y es tal la confianza en su protección, que el último concilio provincial de Sevilla celebrado en tiempo del malogrado Arzobispo Sr. Sanz y Forés, lumbrera esclarecida del episcopado español, se inauguró en el día que la Iglesia reza del santo.

Recordar sus trabajos por el fomento de la instrucción del Clero en los Seminarios, traer á la memoria la protección que prestó á la Compañía de Jesús, y hacer patentes sus vigiliias y frutos, materia son más propia de un panegírico ó biografía que no de una obra tan modesta y concisa como la que ofrecemos al público y á la que no damos sino la denominación de *Apuntes*. Su heroísmo en la peste de Milán, es todavía tradicional.

En medio de una vida tan agitada y apostólica, abrumado de negocios y sinsabores, el Arzobispo de Milán escribió obras admirables, eminentemente prácticas. Entre ellas, justo es mencionar, *Las instrucciones pastorales, Homilias, Discursos y Cartas*.

Las primeras son todavía el programa de las funciones del ministerio episcopal.

La Instrucción á los Confesores es admirable y los consejos dados á los sacerdotes para preservarlos del vicio de la avaricia, hacen temblar al ministro de Dios que intenta profundizar la alteza de su sagrado ministerio. Son tan interesantes que no podemos dejar de hacer notar algunas de ellas.

Hæc, (dice aludiendo á la avaricia). *Missas, hæc choros, hæc prædicationes, hæc omnia maculat, cum propter cupiditatem et avaritiam fiunt,*

Lleno de dolor ante sus estragos, concluye con esta exclamación capaz de hacer despertar al sacerdote más tibio. *Oh si Ecclesie et altaria loquerentur quam multas audiremus querellas.*

Quis gemitus ejus audire potest, añadiré yo para terminar.

ESCRITORES ASCÉTICOS ESPAÑOLES DE LOS SIGLOS XVI Y XVII.

I

El Beato Juan de Avila.

Discípulo del célebre teólogo Fray Domingo Soto, desde los primeros años de sacerdote tuvo el pensamiento de evangelizar al mundo, y su anhelo era pasar á las Indias.

Obediente á las órdenes de sus superiores oye los consejos del Arzobispo de Sevilla que como á otro San Felipe Neri, le dice «Andalucía serán tus Indias».

Animado del pensamiento de fundar una Congregación de Clérigos dedicados á las Misiones, dá gracias á Dios al saber que Ignacio de Loyola establece en la Iglesia su órden ilustre, la Compañía de Jesús.

La predicación de nuestro beato era la del varón de Dios. Sus ejemplos, sus virtudes, su celo, su vida toda convertía á los pecadores antes de hablarles. Escribir el número de almas que atrajo al redil de Jesucristo, relatar las transformaciones que su conmovedora palabra producía en los corazones y hacer patentes los



prodigios obrados por su predicación, asunto serían de una extensa biografía.

El apóstol de Andalucía, como se le llama, escribió obras singulares, honor de la literatura ascética patria, y gloria de la Mística cristiana. Las más importantes son sus consejos titulados: *Audi filia*, sus cartas sobre la devoción al Santísimo Sacramento y las exhortaciones á los sacerdotes.

El tratado *Audi filia*, dirigido á la ilustre dama Doña Sáncha Carrillo, por él convertida, obró en ella una transformación maravillosa.

Los innumerables capítulos dedicados á la devoción y aplicación del Augusto Sacramento del Altar, son otras tantas fuentes de profunda teología y abrasado amor de Dios.

Sus consejos á los sacerdotes son el *schema* más precioso que se ha escrito de perfección sacerdotal.

Tanto saber y virtud tan acrisolada han recibido nuevo esmalte al ser elevado á los altares por nuestro santísimo Padre León XIII, declarándole Beato.

En nuestra patria se acaba de publicar hace pocos años una esmeradísima edición de las obras del Apóstol de Andalucía bajo la dirección é inspección del sábio y erudito escritor Sr. D. Jose Fernández Montaña, que la ha avalorado con concienzudos prólogos y estimadísimas notas.

II

Fray Luis de León.

Nacido en Granada, educado en Salamanca, profesor en la orden de San Agustín y famoso catedrático de

Teología en su Universidad está reputado por una de las primeras figuras de la literatura española.

En el Padre León se une la profundidad del teólogo y la intuición del filósofo á la fantasía é imaginación del poeta.

La más importante, la magistral de sus obras es la titulada: *Los nombres de Cristo*, verdadero portento de doctrina teológica y filosófica.

La Perfecta Casada es una preciosa apología del matrimonio cristiano.

La profecía del Tajo, *la Noche Serena*, *Vida del Cielo* y otras admirables poesías del sábio agustino acreditan la fecundidad de su Musa y la ternura de su alma.

Nada decimos de sus sufrimientos y polémicas suscitadas acerca de la ortodoxia de sus conceptos, objeto de acaloradas discusiones y violentas persecuciones para nuestro literato. De ellas se habla largamente en la *Historia de los Heterodoxos españoles*, escrita por el docto profesor D. Marcelino Menéndez Pelayo, y como es tan conocida de nuestros lectores, nos parece supérfluo copiar ni recopilar lo que en ella pueden encontrar, con más abundancia de datos de lo que es susceptible una obra como la que hoy tenemos el honor de dar á luz.

Merced á la iniciativa é incansable actividad del Excmo. y Rvdmo. P. Cámara, Obispo de Salamanca, y ornamento de la familia agustiniana, se han publicado las obras escritas en latín por Fray Luis de León, muchas de ellas, hasta ahora desconocidas en las ediciones publicadas anteriormente.

III

Fray Luis de Granada.

Hijo también de la ciudad conquistada por los Reyes Católicos, huérfano desde sus primeros años, emprendió sus estudios en la misma pobreza, y á los 19 años entró en la Orden de Predicadores. Enviado más tarde á Valladolid, y ya ordenado sacerdote, emprende el ministerio de la predicación con tal fruto, que logró convertir innumerables almas á Jesucristo.

La fama de su elocuencia se extiende por todas partes, es pedido por los reyes para predicar en su Corte y la reina Catalina le elige por confesor.

Fray Luis de Granada, como todos los verdaderos discípulos de Cristo, unía á su ciencia la virtud, y si aquella convencía los entendimientos, ésta cautivaba los corazones. Mereció los elogios de un varón tan eminente como S. Cárlos Borromeo.

Como escritor el Padre Granada, es digno de todo encomio.

Versadísimo en el conocimiento de la Sagrada Escritura, empapado en las bellezas de los clásicos griegos y latinos, conoedor de los Padres de la Iglesia y acaudalado con esa ciencia peculiar de la oración y santa contemplación, Fray Luis de Granada escribía obras sublimes, en las que explica con maestría singular los dogmas católicos, los misterios todos de la religión y los deberes cristianos para obtener la salvación. Los libros del P. Granada, deberían ser una de las más abundantes fuentes á donde habrían de acudir, no

solo los jóvenes predicadores, sino los maestros ya consumados en el arte oratorio. Los primeros aprenderían en ellos más que en tanto sermonario insulso que no solo los aleja del estudio, sino les pervierte el gusto literario, produciendo en la oratoria sagrada ese charlatanismo y palabrería que por desgracia tanto desacredita á los oradores cristianos. Por el contrario, los que conocen al P. Granada y no olvidan el estudio de los Padres de la Iglesia y de los apologistas contemporáneos, en sus brillantes sermones, realzan el prestigio de la religión, la hacen más simpática y á veces atraen á ella á los indiferentes.

La *Guía de Pecadores*, el *Símbolo de la Fé* y sus tratados de oración y meditación retratan al literato y al santo.

IV

San Juan de la Cruz.

Entre las glorias de la más elevada Teología Mística y de la pura literatura clásica española, ocupa un lugar distinguidísimo el compañero insigne de Santa Teresa de Jesús y fundador con ella de la Reforma Carmelitana.

Favorecido por Dios desde su infancia y protegido por D. Alfonso Alvarez de Toledo, hizo progresos prodigiosos en el estudio de las ciencias, dejando merecido renombre en la Universidad de Salamanca.

Llamado por Dios á la vida religiosa, abraza el Instituto carmelitano é identificado con el espíritu de la

Seráfica Doctora, emprende con ella la obra de la reforma del Carmelo. Narrar los trabajos y persecuciones de que ambos fueron objeto, no cabe en trabajos tan concisos é imperfectos como el presente.

Llenos de fé, animados de esperanzas é inflamados en el fuego de la caridad, logran ver realizados sus deseos, aumentando el número de las órdenes Religiosas, entre las cuales brilla como astro luminosísimo la conocida con el nombre de Descalcez Carmelitana.

San Juan de la Cruz, escribió obras en prosa y en verso; siendo las más notables las siguientes: *Subida al monte Carmelo*, *Noche oscura del alma* y *Llamas de amor divino*.

Entre las poéticas mencionamos el *Cántico espiritual* y las *Poesías sagradas*.

En todas ellas sobresalen los más profundos y sublimes conceptos místicos y las no menos encantadoras bellezas.

Participante sin duda de algunas de las intuiciones del Aguila de Patmos y sin ser ageno á las nociones explanadas por San Agustín y Santo Tomás, el místico de la Cruz armoniza la verdad del dogma con la luz superior de la contemplación, y cual otro San Bernardo, instruye primero con el amor de Dios y después con el razonamiento de la ciencia; así es que ha dicho un crítico moderno, que en San Juan de la Cruz no es el sábio y el poeta el que habla, es su espíritu, es su alma que á todos quiere comunicarnos su amor á Dios.

V

El Padre Luis de la Puente.

Prez del Instituto de San Ignacio de Loyola, discípulo del Eximio Suárez y religioso observantísimo, se señaló por el exacto cumplimiento de su deber y la observancia minuciosa de todas las prescripciones de su orden.

Profesor en Salamanca y Maestro de Novicios en uno de los colegios de la Compañía, jamás mereció una reprensión, ni la más ligera, todo lo contrario, aparecía, y lo era en realidad, un varón justo.

Escribió diferentes obras, la mayor parte muy conocidas y leídas. Entre ellas, basta recordar las *Meditaciones sobre los sagrados misterios de la vida del Redentor y de la Virgen*, la *Guía de la oración, meditación y contemplación*, el *Directorio espiritual* y la *vida del Venerable Baltasar de Alvarez*.

No es un místico de la altura de San Juan de la Cruz, ni un teólogo como Fray Luis de León y Granada, pero sí digno de contarse entre nuestros mejores escritores ascéticos, siendo sus obras utilísimas al sacerdote y personas piadosas.

VI

Padre Pedro de Rivadeneyra.

Discípulo aventajado de San Ignacio, compañero suyo en sus empresas, profesor de las Universidades

de París y Palermo y varón de saber, talento, prudencia y celo, honra también el libro de oro de la literatura pátria.

Sin más que mencionar sus biografías de S. Ignacio, Diego Lainez, Alfonso Salmerón y S. Francisco de Borja, llamaremos la atención del lector sobre su tratado *De la Tribulación* que está guardado como perla de la literatura ascética pátria. ¡Qué conocimiento de la vida! ¡Qué confianza en la divina misericordia! ¡Qué reflexiones tan morales como consoladoras! El tratado de la *Tribulación* no parece obra humana, sus reflexiones son percibidas en la escuela superior de la santa contemplación.

No podemos menos de traer á la memoria su *Flos Sanctorum*, y libro de *Scriptoribus Societatis Jesu*, completo catálogo, como dice el Sr. Perujo, de los escritores de la Compañía de Jesús.

VII

P. Nieremberg.

Oriundo de familia Alemana nació, se educó y vivió en España para gloria de la religión y de las letras pátrias.

Con vocación al estado religioso profesa en la Compañía de Jesús y merece por su talento, aplicación y ejemplaridad de vida, brillar en ella como uno de sus más honrosos miembros.

El P. Nieremberg escribió diferentes obras, siendo las más conocidas y leídas la titulada *Diferencia entre*

lo temporal y lo eterno y el Aprecio de la Divina gracia.

Empapado en los sublimes conceptos de S. Agustín, imbuido en los razonamientos lógicos del Angel de Aquino, saboreando las suaves harmonías de San Buenaventura y San Bernardo, y respirando el aire purísimo de los ascéticos de la edad de oro de la literatura española, Nieremberg atrae con sus razonamientos, fervoriza el alma con su piedad y deleita y encanta con la belleza de su estilo.

Las obras del sábio Jesuita están llamadas á prodigar inmensos bienes á la sociedad presente.

Cuando el estudio de la lengua latina ha llegado á la decadencia que todos lamentamos, en una época en que ni el clero ilustrado cuenta con recursos ni tiempo para hacer un estudio detenido de los magistrales tratados de San Agustín y Santo Tomás, de desear sería la propagación de los libros de tan sábio Jesuita para que siquiera las almas piadosas y deseosas de una mediana instrucción teológica afirmasen más y más los fundamentos de su fé y se esforzasen en corresponder á los beneficios de la divina gracia.

El razonamiento del P. Nieremberg, es profundo, el desarrollo claro, el estilo brillante, y el lenguaje correcto, puro y castizo.

Su obra sobre la gracia es tan importante, que la consideramos tratado de Teología popular de esta parte de nuestra dogma.

ORADORES SAGRADOS

ARTÍCULO ÚNICO

Santo Tomás de Villanueva (*Orador*).

I. Oriundo de la Diócesis de Toledo, alumno y catedrático de la célebre Universidad de Alcalá, religioso de los ermitaños de San Agustín, Arzobispo electo de Granada, cuya mitra renunció, y después de Valencia, fué modelo de hijo, ejemplar de observantes regulares y dechado de virtudes sacerdotales y episcopales.

Desde la cuna parecía predestinado para la gloria y para la gracia. Niño aún, se despoja de sus vestidos, y con ellos cubre la desnudez de un pobre. Estudiante de Filosofía y Teología, admira no solo por la claridad de su talento y la fecundidad de su imaginación, sino también por la pureza de sus costumbres y la integridad de su vida. Profeso en la familia agustiniana, es el asombro de los religiosos, y consagrado Obispo de Valencia, es el Prelado por antonomasia de la caridad. ¡Qué zelo por la gloria de Dios! ¡Qué constancia por la reforma de la disciplina en el Clero! ¡Qué asiduidad en la predicación de la divina palabra! ¡Qué caridad para con los necesitados! Todos sus bienes los repartió entre los pobres y los empleó en la satisfacción de sus necesidades; así es que la Iglesia le aplica con razón las palabras del Profeta Rey. *Dispersit, dedit pauperibus, justitia ejus manet in sæculum sæculi.* (Salmo CXI. 9.)

II. Si la caridad, virtud sublime y vida de la perfección religiosa, fué el fuego santo que desde la infancia ardía en el corazón del Arzobispo valenciano, sus obras deben respirar ese aire celestial, atmósfera en que vivía Tomás de Villanueva. Dedicado siempre á la santificación de las almas, predicó innumerables sermones, producto más que de humana ciencia, de esa ciencia divina desconocida de los sábios del mundo, y que solo se aprende á los piés del Crucifijo. Dos gruesos tomos de Sermones: hé ahí las obras principales del Prelado que venimos estudiando. En ellos recorre las fiestas principales de los misterios del Salvador, dedica gran parte á las festividades de la Santísima Vírgen, y expone multitud de Evangelios, deduciendo de todos abundantes lecciones morales para el pueblo cristiano.

Santo Tomás de Villanueva tenía un elevado concepto del ministerio de la predicación. Sin pretensiones de renombrado orador, sin fijarse tampoco en los artificios de la Retórica, acudía á Dios, se recogía en santa meditación, y con conocimiento del asunto preparaba sus panegíricos y exhortaciones morales; discursos que precedidos del buen ejemplo, producían en las almas un efecto admirable (1). No brilla en ellos la elocuencia del Crisóstomo, ni el sentido profundamente místico de San Bernardo; tampoco resalta la facundia de Bossuet, ni los arranques de Massillón; pero, sin embargo, no carecen de cierta elocuencia sencilla y natural, y sobre todo, son fecundísimos en lecciones

(1) *Prædicator qui ex concione plausum sibi quærit, non conversionem animarum atque hanc vanam gloriam suæ concionis, velut fructum et mercedem sibi præstitit et captat, hic damnabitur, tum quia predicationis officio ad laudem non Dei sed suam abusus est....*

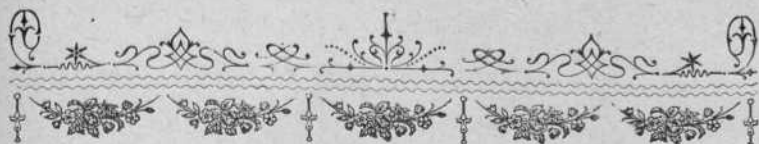
(C. Alapde, Comentario sobre el capítulo 6.º del Evangelio de San Lucas).

morales, fin principal que se propuso. Algunos revelan suavidad tan encantadora, que parecen retratar aquel alma, volcán de caridad y amor divino (1).

III. Cuando después de tressiglos el pensador imparcial fija su atención en la línea de conducta observada hoy por los Prelados españoles, no puede menos de entonar un himno de acción de gracias al Todopoderoso, por suscitar en estos calamitosos tiempos Pastores del temple de Santo Tomás de Villanueva. Sí: la Iglesia española, que en medio de una peste asoladora ostenta Obispos como el heróico Sr. Brián, que al empezar su glorioso pontificado en la desgraciada Murcia, agota sus recursos y se dispone á vender el rico patrimonio heredado de sus padres; la que presenta Prelados como el Sr. Valero, que en Cuenca se desprende hasta de su anillo para empeñarlo y socorrer á sus hijos; la que en Madrid ofrece el espectáculo de que su primer Obispo el sábio y por tantos títulos memorable Sr. Martínez Izquierdo, recorre los barrios infestados y reparte con sus Párrocos las horas empleadas en la asistencia de los enfermos; la que en Cádiz, Algeciras y Tarifa hace brotar gigantes de caridad y tipos de santa admiración como el Sr. Calvo y Valero; la Iglesia que así hace callar al mundo moderno, es la Iglesia de Jesucristo, la Iglesia del amor, la Iglesia de la caridad, la noble Iglesia española, en cuyos Obispos vive todavía el espíritu de Jiménez de Cisneros y la virtud de Tomás de Villanueva.

(1) Los Padres Agustinos del Colegio de Misioneros filipinos, han publicado una nueva edición esmerada de las obras de Santo Tomás de Villanueva.





SECCIÓN CUARTA

ESCRITORES DE LA ÉPOCA MODERNA

ORADORES, FILÓSOFOS Y TEÓLOGOS

Bossuet (Orador y filósofo)

Cuando la filosofía, la elocuencia y la piedad unidas harmónicamente cooperan al brillo de la apologética cristiana, deber es de los escritores católicos poner de relieve esas grandes figuras, fecundas en bellezas y saludables ejemplos. Esta reflexión nos ha inspirado el carácter del famoso orador con que damos comienzo á este artículo.

Benigno Bossuet, natural de Dijón, canónigo de Metz, preceptor del Delfín, obispo dimisionario de Cordón, más tarde de Meaux, é individuo de la Academia francesa, fué uno de los oradores más notables de su tiempo, viviendo su nombradía en las subsiguientes centurias y citándose sus discursos y oraciones fúnebres como modelos de elocuencia sagrada.

La teología, la filosofía y la historia le eran familiares, dejando pruebas de sus conocimientos en las obras que han inmortalizado su nombre.

Los tratados *del conocimiento de Dios*, el *del Libre Albedrío* y la *Lógica*, dicen por sí solos lo que Bossuet valía como teólogo y filósofo. Talento de primer orden, recoge las flores plantadas por los escolásticos, aceptando y prefiriendo el precioso ramillete formado por el Angel de Aquino, cuyas doctrinas acepta aun en puntos accesorios...

El *Discurso sobre la historia universal* sería suficiente para darle nombre. Siguiendo el pensamiento de S. Agustín en su inmortal obra de *Civitate Dei*, el obispo de Meaux estudia la acción de la providencia en el mundo (1), y recorriendo las vicisitudes de los diferentes imperios anteriores al Cristianismo, deduce la impotencia de la razón humana y la necesidad de esa providencia que los va preparando al conocimiento de la verdad, Bossuet es el segundo fundador de la ciencia llamada filosofía de la historia, ciencia que camina en las tinieblas del error, desde que se separa del criterio católico (2).

Los sermones sobre los misterios principales de la religión cristiana, las notables oraciones fúnebres de Ana de Gonzaga, Enriqueta de Inglaterra, y otras análogas, son el arsenal fecundo á donde acuden para aprender en casos análogos los más renombrados de nuestros oradores contemporáneos.

En medio de tanta ciencia y celo tan laudables por la propagación de la verdad cristiana, Bossuet tiene un lunar en su historia, que no podemos ocultar, siguiendo nuestro criterio imparcial, y es la intervención que

(1) Si enim providentia Dei non præsidet rebus humanis, nihil est de religione satagendum. (*De utilitate credendi*).

(2) Prueba de nuestro aserto son los Estudios sobre la historia de la humanidad de Laurent, obra condenada por la Congregación del Indice.

se le atribuye; más ó menos directa, en la redacción de las llamadas libertades de la iglesia galicana, objeto de tantos disgustos y controversias, ya hoy felizmente terminadas desde la definición del dogma de la infalibilidad pontificia, aceptado y reconocido por los obispos franceses, como no podía menos de ser, tratándose de prelados ortodoxos y piadosos (1).

Todos los oradores sagrados y escritores cristianos admiramos al obispo de Meaux, estudiamos con gusto sus libros y discursos; pero nuestro apasionamiento no llega al extremo del de sus compatriotas, que le llaman Padre de la Iglesia. No. Este hermoso dictado concluyó en el Abad de Claraval, y si santos tan esclarecidos como el autor de la *Filotea* y el fundador de los Redentoristas no han merecido tan honroso epíteto, menos razón hay para apropiárselo á Bossuet, que á pesar de su mérito y virtudes, no es venerado en nuestros altares.

II

Fenelón (*Filósofo y teólogo*).

Nacido en el castillo del mismo nombre, preceptor del Duque de Borgoña y Arzobispo de Cambray, Fenelón fué uno de los prelados más distinguidos de su tiempo.

Teólogo y filósofo: he ahí el doble carácter de este escritor.

(1) Véase el artículo *Galicanismo*, publicado por el Sr. Perujo, Doctoral de Valencia en el tomo 5.º del Diccionario de Ciencias Eclesiásticas.

La *refutación del sistema de Malebranche*, y las *investigaciones sobre la Verdad*, son dos perlas que enaltecen su corona de sábio. A diferencia de Bossuet, sigue las opiniones de San Agustín, que, aunque en muchos puntos es maestro de Santo Tomás, tiene estilo distinto, como era natural, atendidas las diferentes épocas en que vivieron y el carácter especial que en cada uno predominaba.

El *Tratado de la existencia de Dios* y las *Máximas sobre la felicidad de los Santos*, son dos ejemplos de su profundidad teológica y de su humildad cristiana. Objeto de censura la última de estas obras y prohibida por la Santa Sede, que encontró en ella algunas proposiciones mal sonantes, el sábio Arzobispo de Cambray, se somete al juicio del Romano Pontífice y hace una retractación formal de aquellos puntos objeto de censura, humillación que realza el mérito de Fenelón y que le da más fama que la adquirida por su indisputable ciencia.

El ilustre P. Fr. Zeferino González, cuyas luminosas obras consultamos con frecuencia y siempre con utilidad, dice que en los libros de Fenelón se encuentran ideas no estrañas á las de San Anselmo, San Buenaventura y Gersón, es decir, sombras de ontologismo y pensamientos místicos más marcados que en las de Bossuet. (1)

Cualquiera que sea el criterio que se siga, la verdad es que Fenelón es una gloria del episcopado francés y un escritor eclesiástico acreedor á todo elogio.

(1) Véanse nuestros *Estudios histórico-filosóficos y Patrológico-Ascéticos*, especialmente la parte primera y el tratado *Influencia del Cristianismo* en el desenvolvimiento de la filosofía del Derecho y de la Literatura.

III

El Conde de Maistre (*Publicista*).

Los errores de la reforma, desarrollados en sus aplicaciones á la vida social y política por los enciclopedistas franceses, dieron ocasión á una reacción violenta, que pulverizando los males de la anarquía, cayó en otros de consecuencias lastimosas también. Manifestación de esta reacción es la reproducción de la escuela tradicionalista, oriunda como digimos en otro lugar (1) de la escuela separatista africana fundada por Tertuliano y defendida por su discípulo Lactancio. El Vizconde Bonald y el Conde de Maistre son sus dos jefes más caracterizados. Siendo sus doctrinas idénticas, nos parece suficiente ocuparnos del último.

José de Maistre, nacido en Chambery, embajador de Turin en Rusia, ministro de Estado en el Piamonte, gran conocedor de su época y casi profeta del porvenir, es, sin duda alguna, uno de los más importantes publicistas de la época contemporánea.

Educado en el siglo pasado, viviendo entre las intrigas de la diplomacia y en contacto con los corifeos de la resolución francesa, de Maistre, católico por convicción y fiel á las enseñanzas cristianas, conoce el desquiciamiento social de su época, y con mirada escrutadora, anuncia á Europa las consecuencias horribles de las doctrinas enseñadas por los revolucionarios franceses (2).

(1) Tertuliano. Sección primera.

(2) Sermón predicado en el vigésimo quinto aniversario de la elevación al solio pontificio del Papa Pío IX en la parroquia de San Andrés de Sevilla, por D. José Antonio Ortiz Urruela, en Junio de 1872..

Las obras de este escritor, unas son filosóficas, otras, las más importantes, filosófico-sociales. Entre las primeras citaremos el *Exámen de la filosofía de Bacón*, y entre las segundas son dignas de especial mención *las veladas de San Petersburgo*, *El Papa y la Iglesia Galicana* y *las Consideraciones sobre Francia*.

De Maistre es más notable como publicista y escritor filosófico social que como metafísico. Según el P. Zeferino, el embajador de San Petersburgo, tenía un conocimiento superficial de los escolásticos, y á pesar de que pretende seguir á Santo Tomás, se nota en él marcada inexactitud y falta de penetración en el espíritu de las teorías del Santo Doctor.

Fijémonos en sus obras filosófico-sociales.

El pensamiento capital de este escritor es la restauración, la inoculación, si nos es permitido usar este lenguaje, del principio divino en todas las esferas de la vida. El conoce los males del ateísmo; toca los resultados del sensualismo de Condillac; llora los crímenes horribles cometidos en su pátria; y ante la sociedad que adora á una prostituta y derrumba los altares del Dios verdadero, no hay más remedio sino obrar una reacción radical extendida al orden religioso, social y político, y dentro de las bases de unidad, reforma al mundo.

Las reflexiones del Conde de Maistre, sus anatemas al vicio y al error, las lecciones sublimes y elocuentes que de sus páginas se desprenden, nos parecen reproducir los vaticinios de los antiguos profetas. Todos los errores actuales y los cataclismos que nos amenazan fueron magistralmente anunciados por el ilustre autor de las *Veladas de San Petersburgo*.

En medio de tanta elocuencia, á través de lecciones tan puras, el Conde de Maistre, siguiendo las tenden-

cias de Bonald, fundador del moderno tradicionalismo, acepta sus enseñanzas acerca del origen del lenguaje, suponiendo que el conocimiento de la verdad únicamente llega al hombre por la tradición divina, transmitida por medio del lenguaje de generación en generación, desvirtuando las fuerzas de la razón humana hasta el extremo de hacerle incapaz de alcanzar todo conocimiento fundamental (1). Ciertamente que nuestro escritor defiende estas ideas con vaguedad; no hay en él la fuerza de convicción que en Bonald y Lamennais, pero, no por eso, deja de participar de su espíritu.

Amantes de la verdad, entusiastas de los grandes publicistas y admiradores de las colosales figuras de todos los tiempos, terminamos estas maltrazadas líneas afirmando, que el Conde de Maistre es un escritor católico de trascendental importancia, y que sus máximas y enseñanzas son el despertador continuo que ha de levantar de su letargo á la indiferente y descreída sociedad contemporánea (2).

(1) Véase á *Liberatore*, *Institutiones philosophicæ ad triennium*, Tomo 2.^o y 3.^o.

(2) Repetimos aquí lo que dijimos al tratar de Clemente de Alejandría. Al impugnar el sistema tradicionalista, nos referimos á la escuela filosófica del mismo nombre, no á los partidos políticos que en España y Francia tienen esta denominación. Somos responsables de nuestras afirmaciones, pero no de las interpretaciones infundadas, maliciosas ó fútiles que de ellas puedan hacerse por personas que no conocen á fondo la historia de la filosofía moderna.

ESCRITORES CONTEMPORÁNEOS

ASCÉTICOS, MORALISTAS, TEÓLOGOS, FILÓSOFOS,
APOLOGISTAS Y PUBLICISTAS.

I

San Francisco de Sales (*Ascético*).

Entre los santos que Dios ha deparado á su Iglesia en los tiempos modernos, ninguno ha ejercido influencia más eficaz en el desarrollo de los sólidos elementos de la piedad cristiana que el ilustre obispo de Ginebra. Algunas reflexiones sobre su vida; unidas á las consideraciones de los episodios de la misma desprendidos, demostrarán la verdad del enunciado (1).

I. Descendiente de noble familia, predestinado por Dios para realizar empresas sublimes y fiel cooperador á las gracias recibidas, desde los tiernos años de su vida dió indicios de las sólidas virtudes que había de practicar. Educado en la Universidad de París, cursó con aprovechamiento las facultades de Teología y Jurisprudencia, recibiendo grados mayores en ambas. Joven aún, visita la santa casa de Loreto, donde ofrece á Dios el voto de virginidad. Conociendo la eficacia de la vocación divina, recibe los sagrados Ordenes; renuncia elevadas dignidades eclesiásticas, hasta que fiel á las inspiraciones de la gracia, tuvo que

(1) Este artículo está publicado en el *Diccionario de Ciencias Eclesiásticas*, Tomo 4.º, letra F.

vencer su natural modestia, prestándose generoso á ser coadjutor de Garnerio, obispo de Ginebra, sucediéndola después, con aplauso de todos, en la misma silla episcopal.

Los sectarios de Calvino y los discípulos del hipócrita é intencionado Jansenio, hacían una cruda guerra á la iglesia de Jesucristo. Pulverizar sus errores y descubrir sus falacias, he ahí la obra de San Francisco de Sales, y con éxito tan favorable, que atestiguan los biógrafos de su vida, llegó á convertir hasta dos mil herejes (1).

La reforma del Clero, la observancia de la disciplina, la propagación de las obras de piedad y la difusión del bien en todas las clases sociales, fueron la ocupación continúa del pontificado glorioso de San Francisco de Sales. La fundación de la orden de la Visitación, la influencia que tuvo en la congregación del Oratorio, y la santidad eminente de su hija espiritual Santa Juana de Chantal, bastarían para hacer su más cumplido panegírico. Lleno de merecimientos, entregó su alma al Señor el año 1628, después de celebrar el Santo Sacrificio de la Misa el día de San Juan Evangelista (2).

II. En medio de vida tan apostólica, á través de las obligaciones apremiantes del cargo pastoral y viviendo en una sociedad agitada, el obispo de Ginebra ha escrito obras notables que le han merecido la reputación de primer ascético de los tiempos modernos.

Su *Filotea*, ó introducción á la *Vida devota*, su *Tratado del amor*, su *Espíritu*, sus *Cartas*, y otras

(1) Probatio est enim innocentiae nostrae iniquitas vestra (Tertuliano, Apologético).

(2) Prius est bene vivere, secundum autem bene docere (Crisóstomo Dedignt. sacerdot, lib. 2.º)

varias que no citamos, por no trapasar los límites que nos hemos impuesto, son su mejor apología.

Conocedor de la época en que vive, apreciador de las fatales consecuencias del Jansenismo, fija su mirada en los dos elementos substanciales de la piedad cristiana y de la perfección espiritual: oración mental y comunión frecuente; he ahí la divisa de la escuela ascética de San Francisco de Sales.

En efecto: en medio de una sociedad materialista, en un mundo esclavo del placer y del oro, en una atmósfera sensual y corrompida, era preciso levantar el espíritu de las almas amantes, fortalecerle y darle la energía conveniente para luchar con tantos enemigos; y ¿dónde iban á encontrar esa fuerza sino en el pan eucarístico y en la meditación de las verdades eternas, que es, en mi humilde concepto, otra comunión para el cristiano? Difundir estas gracias en las clases sociales, acomodadas á las necesidades de la vida piadosa, hacerlas fáciles y accesibles á las almas, mediante una forma sencilla, agradable y simpática, fué el objetivo del obispo de Ginebra (1).

Llor á San Francisco de Sales, cuyo espíritu animó á San Alfonso María de Liguorio; inspiró la elegante pluma del P. Faber, abrió horizontes inmensos á la pujante inteligencia de Monseñor Gay, y trazó para siempre el camino seguro á los celosos directores de conciencia, que fieles á su vocación, trabajan incansables por hacer vivir en los corazones el reinado de Jesucristo, mediante la observancia de las sábias reglas dictadas por este esclarecido escritor ascético.

(1) *Predicadores Evangelii debent esse tanquam pastores, parentes et nutrices.* (S. Basilio in *Morale*, Regula 80, cap. 15).

II

San Alfonso María de Liguorio (*Moralista*).

Con razón habrán extrañado nuestros benévolos lectores, que entre tantos y tan variados artículos dedicados á los escritores eclesiásticos más sobresalientes, no hayamos escrito ya uno en justa y merecida alabanza del gran santo, maestro de la sólida teología moral en la edad contemporánea.

La preferencia que siempre ha tenido la antigüedad en el nacimiento, *prior tempore, potior jure*; la índole y trabazón de la série de ideas que explanamos en los asuntos objeto de nuestra atención, unidas á otras razones, que sería largo enumerar, explican nuestro silencio, que hoy interrumpimos para recordar á los que tanto nos honran, la memoria de un santo obispo, maestro de todos los teólogos moralistas de nuestro tiempo.

I. San Alfonso María de Liguorio, vástago de noble familia napolitana, dió indicios desde sus primeros años, de las felices disposiciones con que el cielo le dotara. Ageno á los juegos infantiles, pasó los años de su niñez y los peligrosos días de la juventud dedicado al cultivo de las ciencias y al fomento de las obras de piedad, terminando muy joven la carrera de jurisprudencia, en cuyo ejercicio brilló como uno de los más notables abogados de su tiempo. El amparo de los pobres, la defensa de los justos intereses, el apoyo del huérfano y del desvalido; hé ahí los asuntos jurídicos que patrocinaba el sábio y virtuoso jurisconsulto de Nápoles. Los peligros que en todos tiempos

ha encontrado para una conciencia recta la profesión jurídica, unidos á las superiores aspiraciones religiosas de un jóven lleno de amor divino, nos explican la decisión que tuvo para abandonar tan honrosa profesión, dejar el mundo y ordenarse de sacerdote, ansioso de ganar almas para Jesucristo.

La predicación continúa, el establecimiento de instituciones piadosas, el ejercicio frecuente de las Misiones; la fundación de la Congregación de los Redentoristas, la santificación de las almas en el púlpito y en el confesonario, la enseñanza de las sólidas doctrinas católicas, contenidas en libros que parecen más bien escritos por inspiración divina que no producto de la humana ciencia; dilatar, en una palabra, el reinado social de Jesucristo en las almas, fué el pensamiento constante de S. Alfonso M.^o de Ligorio.

La elocuencia de su palabra, y la fama de sus virtudes no podían estar ocultas á sus superiores que, estimándolas en su verdadero valor, le propusieron para el desempeño de elevadas dignidades eclesiásticas, prebendas que él rechazó, hasta que obediente á la Santa Sede, tuvo que aceptar el Obispado de Santa Agueda, en cuya Silla dió superior ensanche á su celo apostólico. Hombre lleno de caridad, repartía todos sus bienes entre los pobres, é imitador fiel de Jesucristo, predicaba antes con sus ejemplos las lecciones que enseñaba; era todo para todos, como otro San P'ablo.

Cargado de años y de merecimientos renuncia su Obispado (1) y retirado á un lugar de recogimiento, entrega su alma al Señor el día 1.^o de Agosto de 1787,

(1) Laboriosum est homini relinquere semetipsum. (San Gregorio Magno, Homil. 32 sobre el Cap. 16 de San Mateo).

siendo declarado Doctor de la Iglesia por el inolvidable Pio IX.

II. Aunque S. Alfonso escribió muchas obras dignas del estudio del sacerdote católico tanto por la pureza de la doctrina como por el espíritu de piedad que revelan (1) ninguna tan importante y renombrada como su *Teología Moral*.

Cierto es, que el estudio de la moral es tan antiguo como el hombre; cierto que sus principales tratados han sido objeto de la atención de los teólogos cristianos y Padres de la Iglesia; pero el método escolástico de las obras anteriores, el prurito de complicar y unir las verdades del dogma con los preceptos de la moral, relacionado con otras causas que sería largo enumerar, nos explican la confusión de los teólogos en esta materia. Si á eso agregamos las múltiples opiniones que corrían en esta ciencia, inclinándose unos á un laxismo peligroso, y adhiriéndose los que pretendían pasar por ortodoxos y piadosos á un rigorismo moral más pernicioso aún, comprenderemos el mérito y significación de la obra emprendida por S. Alfonso María de Ligorio.

Hombre de su época, examina todos los puntos culminantes de la Moral, pesa las razones aducidas en pró y en contra por los moralistas que le han precedido, y dá á ellas las soluciones más benignas y fáciles de practicar á los fieles, sin caer en los peligros de los laxistas. Su moral es estudiada en los Seminarios y centros eclesiásticos, aceptada por todos los teólogos contemporáneos, puesta en práctica por los confesores celosos, y, para decirlo de una vez, es el sostén de la piedad de nuestros días.

(1) Si es heologus, vere orabis, si vero oraberis, theologus vere es. (San Nilo, citado por C. Alapide, Commentarja in Matthæum).

Soy el primero en reconocerlo. La obra de San Alfonso es dilatada y confusa, efecto de las muchas opiniones y citas que aduce; pero este defecto ha sido subsanado por sus discípulos que, eliminando controversias, hoy faltas de objeto; han compendiado el espíritu de su Maestro en excelentes y substanciosos tratados de Moral, fecundos en frutos para la instrucción del clero actual.

Scavini, Gury, Neyraguet, Voit, Diez, Malo, y sobre todo Frassinetti y Lehmkuhl, han explicado, ampliado y modificado las doctrinas morales de S. Alfonso María de Ligorio en relación con las nuevas necesidades de los tiempos que atravesamos.

Si santo Tomás de Aquino fué el sol brillante de la filosofía y de la teología, S. Alfonso es el astro que ha iluminado el bello horizonte de la moral (1).

Otras muchas obras escribió este virtuoso Prelado, algunas muy conocidas y aun vulgares entre los fieles.

Todos los cristianos, pero muy especialmente los obispos y sacerdotes, y más aun los que nos dedicamos al fecundo y difícil ministerio del confesonario, debemos tener devoción ardiente al santo doctor metodizador de la Teología Moral en la edad contemporánea.

¡Gloria, honor, alabanza y admiración á S. Alfonso María de Ligorio! (2).

(1) Dr. D. Niceto Alonso Perujo, Canónigo Doctoral de la Metropolitana de Valencia, artículo San Alfonso María de Ligorio, publicado en el tomo 1.º del Diccionario de Ciencias Eclesiásticas, que se publicó bajo su dirección y la del Sr. Dr. Juan Pérez de Angulo, Dean Jubilado de Manila.

(2) *Fluvius quippe est prædicatorum oratio.* (San Bernardó, *Sermón 1.º de San Andrés*).

III

Frassinetti (*Moralista*).

Si el movimiento científico impulsado por Santo Tomás á la Teología y á la Filosofía, ha producido frutos tan ópimos como los que estamos recogiendo en el sorprendente renacimiento de la Escolástica, no ha sido menos fecundo y saludable el desarrollo de los sólidos fundamentos de la Moral, planteado con mano maestra por S. Alfonso María de Ligorio.

Largo y por demás prolijo sería entrar en el estudio detenido de los ilustres discípulos y representantes del fundador de los Redentoristas. Pero deseosos de cooperar por nuestra parte á la generalización de tan saludable doctrina, no podemos omitir el nombre del famoso Frassinetti, el más interesante, á nuestro entender, para los directores de conciencias, y por desgracia poco conocido y apreciado en España aun dentro del clero docto.

I. José Frassinetti, hijo de una modesta familia de Génova, nació á principio del presente siglo, dando indicios desde los primeros años de su infancia de una acendrada piedad. Aprovechadísimo en los estudios de Filosofía y Teología y modelo de jóvenes cristianos, se preparó para recibir los Sagrados órdenes, alistándose desde el principio en la congregación de operarios evangélicos, que tan excelentes frutos dió en Italia. La catequesis de los niños, la predicación de Misiones, y sobre todo, el asídúo y eficaz ejercicio del Confesonario (1)

(1) Oh suavissimam vim amoris! (*San Bernardo, Sermón 64 in Canticis*).

hicieron de nuestro joven sacerdote, un verdadero apóstol.

Nombrado Párroco de S. Pedro de Quinto y ascendido al difícil cargo de Abad de Santa Sabina, Frassinetti tuvo ocasión de mostrar las extraordinarias condiciones de que el cielo le había dotado para el desempeño del ministerio Parroquial ¡Qué celo por la salvación de las almas! ¡Qué caridad con los pobres! ¡Que habilidad para atraer á los niños! ¡Qué tino para convertir á los pecadores! Lleno de merecimientos entregó su alma al Señor el año 1867, después de haber celebrado el santo sacrificio de la Misa (1).

II. Conociendo Frassinetti que la vida del hombre es breve, quiso dejar consignados por escrito los medios por él empleados para obtener tantas conversiones, medios explanados en sus obras que parecen más bien fruto de la ciencia aprendida á los pies del crucifijo, que no en las aulas de la humana filosofía. Consultando al método y á la brevedad, solamente me ocuparé de su *Teología Moral*.

Fiel al espíritu de S. Alfonso M.^a de Liguorio y conocedor de la época en que vive, el Abad de Santa Sabina, modifica las doctrinas de su maestro, en sentido todavía más benigno.

Aunque la mayor parte de los tratados morales de la obra de Frassinetti pecan de laconismo, él reserva toda la extensión de sus conocimientos y la fuerza poderosa de su fecundo celo sacerdotal para formar sabios y santos directores de conciencia, necesidad urgentísima en el siglo en que vivimos. Demostrar que

(1) El que desee más pormenores consulte la biografía en la obra de *Teología Moral* de Frassinetti traducida del italiano al español, por el Sr. Doctoral de Lugo.

la frecuente comunión es la medicina que ha de curar las enfermedades del alma y encarecer á los sacerdotes la utilidad de frecuentar el sublime ministerio del Confesonario, mediante una dirección sábia, celosa y suave; hé ahí los dos puntos culminantes que desenvuelve Frassinetti, con lógica irresistible y con una suma y erudición de conocimientos sin semejante en ninguna otra obra de Teología Moral. Al tratar de la eficacia de la comunión frecuente, desvanece todos los errores y absurdas opiniones que habían corrido entre algunos moralistas, y con datos fidedignos, tomados ora de la historia eclesiástica, ora de la propia experiencia concluye que la comunión frecuente es la práctica más conforme al espíritu de la Iglesia y fecunda en bienes para el alma.

Los consejos que dá á los confesores, la suavidad que les inculca, la brevedad en los métodos de dirección, y sobre todo, la caridad que debe animarlos, prueban suficientemente cuan distinta sería la suerte de los pueblos cristianos, si abundasen en ellos confesores del temple del Abad de Santa Sabina.

Frassinetti escribió otras innumerables que lo acreditan de escritor ascético muy conocedor de la ciencia del espíritu (1).

No queremos terminar estas líneas sin recordar el bien inmenso que ha hecho á los confesores el ilustre doctoral de Lugo, Sr. García Abad, traduciendo á nuestro idioma la obra de Frassinetti.

¡Ojalá que el ilustrado clero español, que tanto conoce la de S. Alfonso María de Ligorio, y estima, como realmente valen los excelentes compendios de

(1) Están traducidas al castellano *El Pater Noster de Santa Teresa* y *el Nuevo Manual del Párroco*. Este último por el Sr. G.^a Abad.

Scavini y Gury, procure estudiar la obra de Frassinetti y poner en práctica su excelente dirección espiritual, llamada á obrar una trasformación benéfica en las conciencias cristianas!

IV

Padre Schoupe (*Teólogo*).

Entre los ilustres hijos que en nuestros días honran á la benemérita Compañía de Jesús, parécenos muy oportuno ocuparnos de este ya famoso Padre.

El carácter peculiar de los errores modernos, las nuevas controversias ocasionadas en la historia del dogma católico, desde las falsas interpretaciones dadas por Lutero, Jansenio y demás corifeos de la Reforma á los textos de la Sagrada Escritura; la oposición sistemática hecha por el racionalismo actual, unidas á la necesidad de exponer las verdades de la fé en método claro, sencillo y positivo, han dado ocasión á esa série de tratados dogmáticos, que hoy honran la ciencia del clero católico. La sábia Compañía de Jesús, cuna del famoso Padre Perrone, el más popular de los teólogos contemporáneos y el maestro del clero actual, acometió victoriosamente esta empresa, y sus *Prælectiones Teologicæ*, extendidas por todo el orbe y traducidas en muchos idiomas, han educado al sacerdocio católico de nuestra época, y son el arsenal fecundo de donde saca armas para defender la verdad del dogma cristiano.

Pero las obras de los hombres son incompletas. En medio de la sorprendente erudición que resalta en las

Prælectiones; á través de la novedad con que en ellas se estudian cuestiones de actualidad, no tratadas en los libros de Teología de épocas más antiguas, la imparcialidad crítica, de que tantas pruebas venimos dando en el curso de nuestra vida de escritor, nos obliga á afirmar: que la obra del ilustre Jesuita es deficiente, por carecer de introducción preliminar. La noción completa de la Teología, su división, sus relaciones con los demás ramos del saber, los métodos de enseñanza, el carácter que debe darse hoy á las investigaciones teológicas; hé ahí una série de asuntos de actualidad omitidos ó apenas apuntados por nuestro teólogo.

Llenar laguna tan inmensa ha sido uno de los fines que se propuso el ilustre P. Schouppé en sus *Elementa Theologiæ Dogmaticæ*, libro sumamente útil para la enseñanza de los jóvenes levitas y por desgracia en España poco conocido y apreciado (1). La explicación del concepto de la Teología y sus divisiones están clarísimamente tratadas, no así la historia de esta ciencia, por lo cual no podemos menos de manifestar á nuestros lectores que los *Elementa Theologiæ* del P. Schouppé, si bien no satisfacen todas las exigencias de la ciencia actual, son más completos en la introducción que el tratado del P. Perrone. La parte expositiva del dogma, aunque metódica, no es tan extensa y erudita, como la del sábio autor de las *Prælectiones*.

Hay otra obra muy conocida del P. Schouppé y más leída en España que la anterior, y es el *Cursus Sacræ Scripturæ Seminariorum usui accommodatus*, elogiado y recomendado por el inmortal Pontífice Pio IX.

(1) El Sr. Perujo lo recomienda como utilísimo á los Seminaristas en el *Diccionario de Ciencias Eclesiásticas*, Art. *Biblioteca del Eclesiástico*, Tomo 2.º

Amantes de la cultura del clero español y deseosos de vulgarizar en él los estudios que hoy tanto necesita para poder cumplir el sublime ministerio que se le ha confiado, hemos escrito este imperfecto artículo, deseosos de cooperar, por nuestra parte, á la ilustración de clase tan benemérita, en cuyo número nos contamos siquiera sea como el último de sus individuos.

V

El Padre Faber y Monseñor Gay (*Ascéticos*).

¡Cuan grato es al sacerdote católico fijar su consideración en las producciones inmortales de los renombrados escritores ascéticos que acabamos de citar!

En el siglo positivista, en la sociedad ébria del goce y del placer, en el pueblo del trabajo y del lujo, en las dos manifestaciones culminantes de la llamada civilización moderna, aparecen almas profundamente espirituales que con sus libros y sublimes pensamientos están llamados á obrar una regeneración eficaz en la vida piadosa de la sociedad actual.

I. Federico Guillermo Faber vió la primera luz en Inglaterra. Dotado de inteligencia privilegiada y de ardiente imaginación sobresale en el estudio de las letras humanas hasta ascender al elevado puesto de catedrático de la Universidad de Oxford, famosa en los fastos de las Academias científicas. Nacido en el protestantismo, el claro entendimiento de Faber no estaba satisfecho, y avido de encontrar la verdad, la busca por doquier, hasta que fiel á la gracia, abjura el error, abraza el catolicismo, ingresa en el oratorio

de San Felipe Neri de Londres, y sacerdote fiel y apostólico, dedica su vida á promover la gloria de Dios, trabajando con fruto saludable en su propia santificación y en la de sus hermanos (1).

Comprendiendo el P. Faber la vida pasajera é impresionable de la palabra, trasmite al papel las ideas y exhortaciones morales y evangélicas que dirigiera á su querido rebaño espiritual en las naves recogidas y edificantes del Oratorio de la capital de Inglaterra; de ahí sus numerosas y apreciables obras, tan conocidas y estimadas entre los hombres espirituales y cristianos piadosos de nuestra época.

Muchos son los libros de este escritor; solamente mencionaremos algunos: *Belen ó el misterio de la Santa Infancia, el Criador y la Criatura, los Dolores de Maria al pié de la Cruz, las Conferencias espirituales, la Preciosa Sangre, el Santísimo Sacramento, el Progreso del alma en la vida espiritual, y el Todo por Jesús*, la más vulgar y conocida.

Los conocimientos teológicos de Faber, unidos á su poética fantasía y á la novedad con que estudia los episodios más notables de la obra de la *Encarnación* (2), dan á sus producciones un carácter especial y determinado, distinto del de los ascéticos que le han precedido. Pruebas tenemos en las cinco primeras obras citadas; fecundas en enseñanzas no solo para la vida espiritual, sino también para el orador sagrado, que con gran fruto y aprovechamiento puede consultarlas. *El Progreso del alma* es un resumen de

(1) Oportet enim esse non minus literatum quam religiosum. (*San Bernardo. Tercer Sermón de San Andrés*).

(2) Incarnationem fidei tota Trinitas operata est... (*Concilio 6.º de Toledo*).

la práctica del P. Faber en la dirección de las conciencias y el *Todo por Jesús* la señal de su amor inagotable á tan déffico Corazón.

Cierto es, y no lo negamos, que la lectura de las concepciones del ilustre oratoriano de Londres es más propia para personas instruidas en la Sagrada Teología que no para el común de los fieles; pero esta sublimidad no es obstáculo, en nuestro sentir, para que las almas verdaderamente enamoradas de Cristo dejen de utilizar sus enseñanzas, las cuales no son tan prácticas y accesibles á todas las inteligencias como las del P. Alonso Rodríguez de la Compañía de Jesús.

Al escribir estas líneas no podemos menos de recordar el bien inmenso que han hecho á la literatura ascética contemporánea los ilustrados escritores don Gabino Tejado y el malogrado presbítero D. José Antonio Ortiz Urruela, traduciendo á nuestra lengua y dando á conocer los tratados de este digno hijo de San Felipe Neri. Cábele la gloria al segundo de haber despertado en el clero la afición á la lectura de las obras del P. Faber, por las frecuentes recomendaciones que de ellas hacía en el púlpito cristiano, atmósfera en que vivió cristianamente el sacerdote americano.

II. Carlos Gay, francés de nación, canónigo de Poitiers, obispo de Anthehon (*in partibus*) y auxiliar de la diócesis, en cuya catedral había edificado como capitular, ha dejado escrita una obra, que ha formado época en la historia de la literatura ascética de nuestros días: *De la Vida y de las virtudes cristianas en el estado religioso*: tal es el título de los tres volúmenes escritos por el sábio Prelado que nos ocupa.

Con lógica verdaderamente teológica, haciendo de sus razonamientos, útiles aplicaciones á la vida espiritual, Monseñor Gay da lecciones interesantísimas para

la perfección religiosa, deducidas de la explicación de las virtudes. Las consideraciones sobre la vida cristiana, el análisis de la noción de vocación, y la demostración de los fundamentos de la humildad, de la mortificación, de la esperanza, del temor de Dios y de la caridad, bastarían para inmortalizarle. Gay es, no solo un teólogo sino un elevado místico que ha sabido armonizar fructuosamente su ciencia con su larga práctica en la dirección de las conciencias (1), fomentada en una sólida piedad.

La circulación de esta obra en España, la estima que ha merecido por parte de los Señores Obispos y el incansable trabajo del Sr. Tejedo en su traducción, dicen por sí solos mucho más que todos los elogios que pudieran salir de mi mal cortada pluma.

Al leer sus enseñanzas, al saborear sus bellezas, no puedo menos de repetir las palabras que dije en otro lugar (2), escribiendo sobre San Bernardo: ¡Qué grato es al escritor católico descansar un momento de reposo en las deliciosas colinas de la vida espiritual!

VI

Padre Costa Rossetti (*filósofo*).

La ilustre y nunca bastantemente elogiada Compañía de Jesús, cuna de sábios eminentes, orden de edificantes santos, é instituto de vida espiritual tan sólida

(1) Scientiam cum indiscreta religione magis obesse soleat quam prodesse. (*S. Bernardo, tercer sermón de S. Andres*).

(2) En mis estudios histórico-filosóficos y patológico-Ascéticos, 2.ª parte.

como fecunda, ha producido desde su origen tantos talentos privilegiados é inteligencias penetrantes que uno solo bastaría para hacerla famosa en la historia de las ciencias.

En la imposibilidad material de recordar todos los insignes génios que actualmente representan en ella el apogeo de la verdadera ciencia, gratísimo nos es fijar nuestras humildes consideraciones en el renombrado filósofo que acabamos de citar.

Julio Costa-Rossetti, sacerdote de la Compañía de Jesús, profesor de filosofía en uno de sus más renombrados colegios extranjeros, es de los escritores más notables del escolasticismo actual.

Synopsis philosophiæ moralis, seu Institutiones Ethicæ et Juris Naturæ: hé ahí el título de su famosa obra.

Conocedor profundo de la verdadera filosofía escolástica, empapado en las luminosas doctrinas del maestro Angélico, del Doctor Eximio y del Cardenal de Lugo, el P. Costa Rossetti, ha hecho aplicación de ellas al orden moral y jurídico, y consecuente con el riguroso método escolástico de Santo Tomás y de Suárez, ha escrito un libro magistral, que si para los semi-sábios de nuestros días carece de interés, seguramente por no entender el idioma en que está escrito, para el filósofo pensador y reflexivo, es fuente fecunda en materiales, que lo mismo en la cátedra que en la prensa, en la explicación oral del aula como en el artículo de revista han de iluminarle con claridad radiante, bastante para tratar con fruto los puntos más culminantes de la filosofía moral y del derecho natural.

Con lógica inflexible, desvaneciendo las objeciones del adversario y lleno de doctrina substanciosa, el sábio Jesuita estudia el extenso contenido de la Ética

y de la filosofía del derecho con habilidad admirable.

Pero el P. Costa Rossetti, ha hecho todavía más. La última parte de su obra dice, con la autoridad que todos reconocemos en él, el sábio filósofo y distinguido publicista Sr. Ortiz y Lara, es un resúmen concienzudo y acabado de Economía Política (1).

Todas las cuestiones de esta ciencia, aunque brevísimamente, están magistralmente indicadas, y esta novedad en obras de su índole, sería más que suficiente para dar nombre al filósofo Jesuita.

El aprecio que de este importante libro han hecho los escritores católicos más notables de España y del extranjero, la rápida circulación de la misma en nuestro país, á pesar de estar escrito en idioma latino, y hasta el respeto que, muy á su pesar, ha tenido por parte de los filósofos heterodoxos, corrobora lo que dijimos al principio.

Que la Compañía de Jesús, mal que pese á sus enemigos, es el instituto que en ciencias, piedad y planes verdaderamente civilizadores y moralizadores ha de ejercer influencia más decisiva en la restauración de la filosofía cristiana, que entre sus mayores timbres blasona hoy con haber producido filósofos de la importancia del ilustre P. Costa Rossetti.

¡Loor á la religión cristiana, parabien muy sincero al sábio instituto de Loyola y plácemes mil al famoso autor de la *Synopsis philosophiæ moralis!*

(1) La Ciencia Cristiana.

VII

El Padre Perrone (*teólogo*).

Acaso parezca inútil á mis benévolos lectores que encabece este breve artículo con el nombre del teólogo, cuya doctrina es el alimento cotidiano del clero actual.

Hoy, que la obra del ilustre jesuita ha recorrido el mundo, cuando los frutos de su celo y la utilidad de su laboriosa tarea son reconocidos por la presente generación sacerdotal, en el momento en que el sabio hijo de San Ignacio ha descendido al sepulcro, en ocasión en que jamás puede inspirar al escritor el móvil de la adulación ó la atmósfera de la lisonja, justo es decir, siquiera sea una palabra, sobre el teólogo más popular de la corriente centuria.

Juan Perrone, sacerdote del instituto de Loyola, profesor en el Colegio Romano, autor de renombradas obras, consultor del concilio Vaticano y maestro consumado en ciencias eclesiásticas, ha sido hasta ahora como el oráculo del clero de nuestros dias.

Sus *Prælectiones theologicae* [han recorrido todas las naciones, están traducidas á diferentes idiomas y fueron el texto de la mayor parte de los Seminarios eclesiásticos.

Talento claro y penetrante, conocedor de la época en que vive, no extraño á los estudios filosóficos, dotado de erudición singular, el docto catedrático del Colegio Romano ha escrito una obra acomodada á las necesidades de su tiempo. Descartando cuestiones inútiles que hoy carecen de interés, fijo su pensamiento en los ataques del Protestantismo, en las falsas é hipócri-

tas argucias del Jansenismo y en los sofismas del Racionalismo, el P. Perrone se ha propuesto pulverizar estos errores, manifestando con argumentos claros y profundos la verdad del dogma católico en sus genuinas fuentes.

Su tratado teológico, á la par que contiene saludables enseñanzas, deja lagunas no pequeñas atendido el estado y las exigencias de la ciencia en estos últimos lustros. La más fundamental, á nuestro humilde modo de entender, es la carencia de una introducción preliminar al estudio de la Sagrada Teología. El P. Perrone apenas define la ciencia teológica, sus consideraciones en este punto son vagas y en extremo generales, nada nos dice de sus relaciones con los demás ramos del saber, omite la historia del desenvolvimiento de la Teología, en una palabra, esta parte de su libro, es defectuosísima, solamente encontramos en ella una noción breve é imperfecta del concepto de la misma.

Los Lugares Teológicos están bien explicados, y estudian cuestiones de importancia actual, como la relativa á la tolerancia religiosa, en cuyos capítulos expone el docto jesuita la sana doctrina, é indica como casos excepcionales aquellos en que puede concederse esta tolerancia en el orden civil, á pesar de los errores y absurdos que fundamentalmente considerada contiene tan perniciosa teoría. Los capítulos sobre las relaciones entre la razón y la fé, desconocidos en otros libros de Teología bastarían para darle nombre. Unicamente encontramos oscuridad y estilo difuso en la exposición del sistema hermesiano, que causó una revolución en las escuelas teológicas alemanas (1).

(1) Véase el artículo *Hermesianismo*, Tomo 5.º del Diccionario de Ciencias Eclesiásticas publicado en Valencia bajo la dirección de los señores Perujo y Pérez Angule.

Los libros de *Deo, Deo Trino et Deo Creatore* nos parecen tan metódicos como instructivos. En el último, demuestra el P. Perrone estar á la altura de los adelantos que han hecho las ciencias geológicas y refuta los errores esparcidos desde principios de este siglo sobre la narración mosaica. Pero al llegar á este punto, no puedo menos de recordar á los profesores de Teología la utilidad de ocuparse de los absurdos del Espiritismo y del positivismo materialista (1), que si bien deben de ser ya conocidos de los alumnos desde las aulas de la Filosofía, merecen fijar la atención especial del profesor en las enseñanzas de la Sagrada Teología. El P. Perrone también es deficiente en este punto. No lo extrañamos: cuando el esclarecido teólogo publicó su primera edición no se habían propagado tanto.

El tratado de *Incarnatione*, si bien omite cuestiones luminosas, indicadas y explicadas por Santo Tomás, Billuart y otros teólogos escolásticos, es metódico y abre á los alumnos el camino para emprender profundas dilucidaciones.

En la árdua, difícil y profunda cuestión de la Gracia, la obra que estudiamos no nos satisface. Los sistemas tomista, agustiniano y congruista están expuestos con demasiada brevedad. Las definiciones, divisiones y explicaciones sobre la Gracia, en general son lacónicas, y en nuestro pobre juicio no presentan la claridad que reclama materia tan delicada é importante en la economía de la obra de la Redención (2).

(1) Consúltese el notable artículo del Emmo. Cardenal González, *El Positivismo Materialista*. Estudios religiosos filosóficos y sociales.

(2) Sobre este punto véase á Billuart, tomo 1.º y al P. Nieremberg en su preciosa obra *Aprecio y estima de la Divina Gracia*.

Las lecciones relativas á los Santos Sacramentos llenan su objeto.

La obra del P. Perrone, aunque como dijimos al principio, venía á satisfacer una necesidad de su época, hoy no basta para formar al clero del porvenir. Así lo ha reconocido nuestro Santísimo Padre León XIII y ha recomendado el renacimiento de los estudios teológicos y filosóficos bajo la base de la Suma de Santo Tomás. Pero para que los deseos del Santo Padre no sean estériles, preciso es que al estudio de la Sagrada Teología, preceda el de la Filosofía en todas sus partes, á fin de que los Lugares Teológicos abran el camino al alumno que ha de penetrar ese gran arsenal del maestro Angélico, expuesto en la forma que reclaman las necesidades de los tiempos en que vivimos (1).

Cualquiera que sea el texto ó método que se adopte, las *Prælectiones theologicæ*, del P. Perrone, serán consultadas siempre con fruto y utilidad de los jóvenes seminaristas (2).

VIII

Möelher. (*Teólogo*).

El espíritu reflexivo del pueblo belga, el amor al estudio de los hombres que en él ejercen el profesorado público, y la laboriosidad y tarea que muestran en la realización de sus empresas, son otras tantas pruebas del número de filósofos, teólogos é historiadores

(1) Emmo. y Rdm. Sr. Cardenal González, *Filosofía Elemental*.

(2) Recomendamos á los jóvenes principiantes los *Elementa theologicæ* del P. Schouppe.

que han hecho célebre el nombre de sus Universidades. La historia de la Teología contemporánea nos presenta figuras ilustres que pasarán á la posteridad como modelos de la profunda ortodoxia, y celo exquisito que distingue á sus sábios eclesiásticos, y entre ellos, justo es mencionar á Moelher, hoy algo olvidado en nuestra pátria por causas que no es del momento recordar.

Los estragos hechos por el Protestantismo en Alemania unidos á los trascendentales errores sembrados por el Racionalismo y Panteísmo, divulgados en los sistemas de Kant, Fichte, Schelling, Hegel, Krause, Harman y demás corifeos del Criticismo, ocasionaron una verdadera revolución en el método de los estudios teológicos, compendiada en el sistema hermesiano, ó sea la pretendida conciliación del racionalismo con el dogma católico (1). Exclarecer la verdad cristiana y cortar de raíz los errores del Protestantismo, fué el pensamiento capital de Moelher en sus diferentes obras, muy especialmente en *la Simbólica*, traducida á nuestro idioma por la competente y reputada pluma del Emmo. y Rdmo. Sr. Dr. D. Antolín Monescillo, dignísimo Arzobispo de Toledo, cuyo solo nombre es su más fiel elogio. Hacer resaltar la verdad de nuestro dogma frente á los absurdos y contradicciones del Protestantismo, es el pensamiento capital del teólogo belga, y lo realiza con profundidad de fondo y claridad de exposición inimitable.

La *Simbólica*, traducida á la lengua castellana por el difunto Prelado de Toledo, fué acogida con entusiasmo en España; pero, después, efecto, ora del descrédito del Protestantismo, ora de la afición á los

(1) Véase á Perrone *Prælectiones theologicae*.

estudios apologéticos sin celajes de escolasticismo, hoy apenas es leída y desconocida aún por muchos individuos del clero ilustrado. Su interés es siempre palpante. El conocimiento de las verdades de la fé y las armas para rebatir los errores actuales se encuentran en el libro de Moelher, porque consecuencias todos ellos de la Reforma, pulverizada esta, sus engendros son destruidos con la aplicación de idénticos argumentos.

La fecunda pluma de Moelher escribió otras obras notables y entre ellas, justo es recordar, *Las nuevas investigaciones sobre las contrariedades entre católicos y protestantes*, *La Unidad de la Iglesia* y *La historia de San Atanasio y de la Iglesia de su tiempo*. Teólogo, historiador y patrologista; hé ahí tres timbres del profesor belga.

Al terminar estas mal trazadas líneas, recomendamos al clero español la importancia de los libros de Moelher, muy especialmente de la Simbólica, y si viera le daríamos la más cordial enhorabuena por su traducción al sábio Cardenal Monescillo, primero á quien cabe la gloria de haber despertado la afición á los estudios de teología comparada, tan magistralmente planteados por el docto escritor de los países bajos (1).

IX

Scavini (*Moralista*).

Deseosos de recordar al ilustrado y virtuoso clero español las fuentes más puras á donde debe recurrir

(1) Véase el Diccionario de Bergier.

para facilitar el cumplimiento del sagrado misterio, es de reconocida utilidad traer á su memoria los nombres y producciones de aquellos varones que, fieles al espíritu de S. Alfonso M.^a de Ligorio, explican su sublime doctrina, haciendo de ella las oportunas modificaciones que reclaman las necesidades de los tiempos que atravesamos.

Entre los compiladores y continuadores del plan trazado por el Obispo de Santa Agueda, merece especial mención el escritor que acabamos de citar. Con método tan lógico como claro, en estilo didáctico y doctrinal, fiel al pensamiento de S. Alfonso, acentuándolo en sentido ora más rígido, ora más benigno, Scavini con la publicación de su notable obra titulada: *Theologia Moralis*, ha facilitado su estudio y ha hecho un bien inmenso á los confesores y profesores de Seminarios y demás colegios eclesiásticos.

La extensión dada por Scavini á los tratados morales hizo su obra demasiado lata; así es que siguiendo los consejos de personas peritas, el profesor J. A. del Vechio formó un compendio de los cuatro tomos de Scavini, reduciéndolos á dos no voluminosos, utilísimos para los alumnos y ordenados. La aceptación que ha tenido, la recomendación que del mismo ha hecho á sus familiares el Emmo. y Rdm. Cardenal González, nuestro muy querido Prelado, el juicio tan favorable que de él ha formado un Prelado tan competente en la materia como el Excmo. é Ilmo. Sr. D. Vicente Calvo y Valero, Obispo de Cádiz, y el brillante éxito que su estudio ha dado en los exámenes de prueba de curso y en los sinodales de renovación de licencias ministeriales son otros tantos títulos para encarecer su adquisición aún á los eclesiásticos de escasa instrucción, que adelantarán en él y con la lectura de algunos

capítulos de Frassinetti más que con el monótono y macarrónico tratado del P. Larraga, único libro donde saber aprender moral los clérigos adocenados.

Consecuentes con la imparcialidad que caracteriza nuestro criterio, diremos que la obra de Scavini, en algunas materias, tiene un espíritu más rígido que las de Frassinetti y Lehmkuhl, que parecen escritas para los días en que vivimos, habiendo llegado la del último á un grado de perfección científica tan estimable como que es, según se dice en el lenguaje actual, la última palabra de la ciencia.

X

Lehmkuhl (*Moralista*).

El fecundo fruto producido en el estudio de la Teología Moral desde la publicación de la obra del fundador de los Redentoristas, necesitaba la exposición de un tratado magistral y profundo, que satisficiera las exigencias del plan que reclaman en su método las ciencias teológicas. Tarea tan provechosa ha sido realizada por el famoso P. Lehmkuhl de la Compañía de Jesús, el más profundo y notable entre los moralistas inspirados en el espíritu de San Alfonso M.^a de Ligorio.

Theologia Moralis divisa in theologiam moralem generalem et specialem es el título de la obra.

Después de una introducción tan clara como metódica, con novedad desconocida en los moralistas anteriores, el digno hijo de San Ignacio define la teología moral, da á conocer sus relaciones con la Etica, señala

sus diferencias, indica los métodos y divide su obra con una filosofía inusitada por sus antecesores.

En la Teología moral general, el P. Lehmkuhl expone los tratados de actos humanos, conciencia, pecados, virtudes y mérito con extensión y profundidad admirable. En la especial hace un estudio detenido de los sacramentos de las censuras é irregularidades, sin descender del plan y método de la primera.

Las fuentes son: el Angélico Sto. Tomás y San Alfonso de Ligorio, ampliados por los trabajos del Cardenal de Lugo, Suarez, Frassinetti, Berardi, Annibale y otros notables moralistas contemporáneos. Entre la materia, fija los principios generales y los dilucida y amplifica en letra bastardilla para consulta de los doctos.

Comprendiendo el P. Lehmkuhl, que la extensión de su obra era incompatible con el estado actual de enseñanza, por consejo de personas competentes ha hecho un compendio de la misma tan claro como metódico, adoptado de texto en muchos Seminarios.

La rápida circulación de la Teología moral de Lehmkuhl, el juicio que de ella ha formado el sábio filósofo Sr. Orti y Lara y el respeto con que ha sido acogida por el clero basta para encarecer su mérito, tan sobresaliente, que debe ocupar un lugar preferente en la biblioteca de todo sacerdote que quiera estar en moral á la altura que reclama el cumplimiento del sagrado ministerio del confesonario en los días en que vivimos.

XI

Augusto Nicolás (*Apologista*).

El nombre de A. Nicolás es conocido de todos nuestros lectores. Ilustre magistrado de la Francia, escritor incansable, tipó de lo que en el lenguaje de nuestro docto y piadoso Sardá, se llama el apostolado seglar, el autor que nos ocupa ha recorrido el vasto campo de la Apologética cristiana, rebatiendo simultáneamente las impiedades y sofismas de Renan y demás corifeos del Racionalismo y Positivismo materialista.

Los estudios filosóficos sobre el Cristianismo, El Arte de creer y la Revolución y el orden cristiano, hacen de A. Nicolás un continuador del espíritu de San Justino y de Tertuliano. Su obra *La Divinidad de Jesucristo*, cuyo objeto es pulverizar las falsas argucias de Renán, lo colocan entre los polemistas más fervorosos de la religión cristiana.

La Virgen María y el Plan Divino, la Virgen según el Evangelio y la Virgen viviendo en la Iglesia, son cuatro tomos de nuevos estudios filosóficos, en que el magistrado francés, siguiendo las enseñanzas de los Santos Padres, partiendo de la economía sublime del misterio de la Encarnación, y remontándose en alas de la fé y de la inspiración, canta las glorias del Cristianismo, sintetizadas en el tipo encantador de la Santísima Virgen, á quien uno de los más eminentes y piado-

sos oradores contemporáneos (1) denominó «la página más poética del Cristianismo».

El pensamiento de A. Nicolás es profundo, su exposición clara, el estilo correcto, la erudición vasta y la fe y devoción retratadas en todas las páginas de sus obras. A veces no hay en él rigurosa precisión teológica, lo cual no es extraño en un escritor seglar dedicado á las tareas del foro. También se le han imputado resabios de Tradicionalismo, pero su sumisión á la censura eclesiástica y las exposiciones aclaratoria que da en las cartas teológicas que mediaron en este asunto, entre él y un teólogo y que constan en sus primeros Estudios filosóficos, dejan á salvo la ortodoxia de A. Nicolás, que es, sin duda alguna, uno de los publicistas católicos más interesante, y el más leído y conocido entre los cristianos de los diferentes países.

XII

Taparelli (*Publicista*).

El impulso dado á los estudios de la ciencia llamada hoy filosofía del Derecho, antes Derecho Natural, por los discípulos de Descartes, imprimió á sus tratados los caracteres propios de una ciencia aprendida en las fuentes de la reforma protestante, cuyos errores desarrollarían más tarde los discípulos de Kant,

(1) El Ilmo. Sr. Dr. D. Francisco Sánchez Juárez, Auditor del Tribunal de la Rota, Sermón sobre la 1.^a Dominica de Cuaresma, pronunciado en la Catedral de Sevilla el año 1876, siendo Canónigo de dicha Santa Iglesia.

vulgarizándose en Europa desde la circulación del Derecho Natural de Arhens, inspirado en el criterio Krausista.

Entre los filósofos escolásticos que con más profundidad de ideas, claridad de expresión y lógica propia de la dialéctica aristotélica, ha levantado los fueros de la filosofía cristiana del Derecho, merece ocupar un lugar distinguido el justamente famoso Padre de la Compañía de Jesús que acabamos de nombrar.

Su *ensayo sobre el Derecho Natural* y el *Exámen del Gobierno representativo en la sociedad moderna*, son dos libros magistrales donde han estudiado y continuarán aprendiendo los filósofos católicos de la presente centuria y aún de la venidera.

La profundidad metafísica de Taparelli, sus conocimientos en Ética y Derecho público, y la claridad con que plantea la resolución de los problemas económicos, da á la primera de sus obras un caracter trascendental y digno de consulta para todos los pensadores serios. Las patentes contradicciones de los gobiernos representativos, la falsedad de sus programas, las consecuencias impías y anárquicas deducidas de estos por los partidarios de las escuelas y bandos democráticos, dan materia al ilustre jesuita para señalar todos los errores, y admitiendo como todo publicista católico la bondad que cabe en las formas de Gobierno infiltradas del verdadero espíritu católico, no puede menos de recordar que en el fondo de las constituciones modernas pulula el virus ponzoñoso del regalismo y del Galicanalismo, más ó menos moderado, pero siempre con la tendencia de coartar la santa libertad de la Iglesia de Jesucristo y de su Vicario en la tierra.

Del ensayo sobre el Derecho Natural, tenemos una edición española traducida por la competente pluma

del Sr. Ortí y Lara, cuyo nombre es la más fiel recomendación. *Del Exámen del Gobierno representativo* hay otra edición de autor desconocido, y su traducción es incorrecta, dejando mucho que desear bajo el aspecto literario. También podrán consultar los alumnos, con provecho, el compendio del *ensayo sobre el Derecho Natural* del P. Taparelli.

XIII

Minteguiaga (Filósofo).

Entre los errores funestos propagados en nuestros días, uno de los más impíos ha sido la proclamación de esa moral independiente, agena á todo dogma religioso. Sus efectos se dejan sentir en las diferentes esferas del cuerpo social y han influido notablemente en las teorías de derecho natural y de gentes que llenan los libros de los filósofos racionalistas.

Hacer patentes tan monstruosos absurdos y punibles consecuencias es el fin que se propone el docto Padre Minteguiaga con la publicación de su notable obra titulada *La moral independiente estudiada á la luz de la recta filosofía*.

Las explicaciones de filosofía moral del ilustre jesuita y las bases en que funda los principios del derecho cristiano dan á su libro un interés de actualidad nunca bastantemente apreciado.

El encarecimiento hecho del mismo por la competente pluma de nuestro muy querido amigo el señor Ortí y Lara (1), cuyo juicio en la materia, es el de una

(1) *Colección de la Ciencia Cristiana.*

autoridad tan docta como perita y los elogios que ha merecido por parte del sabio Lectoral de Burgos, señor Metola, nos dispensan de toda recomendación (1).

Plácemes mil al sabio P. Minteguiaga que con sus profundos razonamientos, irrefutables argumentos y lógicas deducciones, destruye, para siempre, los sofismas de la falsa filosofía en sus aplicaciones á la Moral y al Derecho natural.

XIV

Hettinger (*Apologista*).

Entre los sábios teólogos é ilustres publicistas que hoy brillan en el clero alemán, ninguno ha adquirido más popularidad que el distinguido escritor citado.

Sacerdote probo y laborioso, famoso catedrático, teólogo consultor del concilio Vaticano, y escritor fecundo y práctico, Hettinger ha venido á llenar una de las necesidades más urgentes en los tiempos actuales.

Su *Apología del Cristianismo* traducida á varios idiomas, leída con avidez, comentada con notable fruto por los sacerdotes dedicados al ministerio de la predicación y accesible á la mayor parte de las inteligencias, ha divulgado las enseñanzas católicas bajo una forma clara, sencilla, y á su vez erudita.

Cierto, como afirma el renombrado filósofo español Emmo. y Rvdo. Sr. Cardenal González (2) que Hettinger no es un filósofo en el sentido propio y genuino

(1) Revista *Dogma y Razón*, núm. del 30 de Abril de 1887.

(2) *Historia de la Filosofía*, tomo 3.º

de la palabra, mas no por eso deja de plantear problemas científicos, que si bien no resuelve fundamentalmente, al menos hace patentes los errores que entrañan las soluciones racionalistas, y pone de relieve la luz que sobre ellos derraman las verdades del dogma.

La *Teología dogmática y apologética* de Hettinger, traducida y publicada por la *Biblioteca de la Ciencia Cristiana*, excelente revista dirigida por el señor Orti y Lara, honra del profesorado y de la filosofía española, formará época en la historia de la ciencia sagrada por el estilo, cuestiones interesantes y fuentes de conocimientos que indica, olvidadas completamente de los antiguos tratadistas de teología escolástica.

La pluma fecunda de Hettinger ha escrito otras obras, que si no tan nombradas, no carecen de importancia en el movimiento científico contemporáneo.

Deseosos de cooperar en nuestra limitada y modesta esfera de acción á la conveniente ilustración del clero español, nos cabe ahora el honor de encarecer la importancia de este escritor, gloria no solo del sacerdocio alemán sino de toda la Iglesia Católica y de los apologistas del siglo décimo nono (1).

(1) Lástima que la traducción castellana de la *Apología del Cristianismo*, no fuera más correcta y esmerada.

XV

Monseñor Gaume (*Teólogo y Apologista*).

El estudio de la tercera persona de la Santísima Trinidad, objeto predilecto de las obras de S. Basilio(1), tratado magistralmente por S. Hilario de Poitiers(2), y expuesto con la profundidad filosófica y teológica que le distingue por el génio de S. Agustín, había quedado casi olvidado de los libros apologeticos de los tiempos modernos. Algunas nociones breves y solo conocidas de los versados en la Teología, dedicaron al Espíritu Santo los escritores del dogma que han escrito en los últimos lustros (3). Profundizar asunto tan sublime, hacerlo accesible al mayor número de inteligencias cristianas y deducir aplicaciones morales á la vida católica, empresa ha sido acometida con notable acierto, agradable novedad y fin nobilísimo por el eminente escritor francés Monseñor Gaume, famoso ya en la historia de los sábios contemporáneos.

Dos tomos ocupa su nunca bastantemente recomendable obra. En ambos raya á la altura teológica del que ha adquirido su ciencia en el estudio de las monumentales producciones del Angel de Aquino y en las explanaciones de Suárez, Belarmino, Petavio, Perrone, Hurter, Hettinger y demás renombrados teólogos de la edad moderna y de los días presentes.

(1) *De Spiritu Sancto*.

(2) *De Trinitate*, libros 2.º, 3.º, 4.º y 5.º

(3) Véase la *Suma Teológica* de Santo Tomás, Prima Primæ Quæstiones XXXVI, XXXVII et XXXVIII.

A la par que da á conocer el dogma consolador del Espíritu Santo y de recordar las controversias acerca de la adición de la palabra *Filioque* al Credo y otras cuestiones referentes á la historia eclesiástica, rebate las antiguas y modernas herejías que han atacado á la tercera persona de la Augusta Trinidad, trazando un cuadro tan vivo como exacto del moderno espiritismo (1), y refutando á la vez sus principales errores. Las lecciones deducidas de los dones y frutos del Espíritu Santo son de aplicación en la vida espiritual cristiana.

El tratado del Espíritu Santo, escrito en francés por Gaume, ha sido traducido á nuestra lengua, por el Dr. D. Joaquín Torres Asensio, Ex-Chantre de las Catedrales de Granada y Madrid y actual Fiscal de la Rota. El nombre del Sr. Torres Asensio es la más fiel y selecta apología que puede hacerse de la traducción. Maestro consumado en ciencias eclesiásticas, escritor elegantísimo, latino purísimo, celoso de la ilustración y piedad del clero, el antiguo Lectoral de Madrid ha hecho un bien incalculable al sacerdocio y ha mostrado lo que vale todavía esa clase, hoy tan despreciada y acusada de ignorante y oscurantista.

La aceptación de esta obra, el aprecio hecho de ella por la prensa católica y el prestigio que le dan, tanto la fama del autor como el merecido concepto del traductor español, son otras tantas consoladoras esperanzas para que el conocimiento é influencia que en los corazones cristianos debe ejercer la tercera persona de la Beatísima Trinidad, despierten en ellos esa fé y amor, capaces de destruir todos los errores, y de reducir á vergonzoso silencio al ridículo y extrava-

(1) Tomo 1.^o

gante espiritismo (1) desacreditado ya en el terreno científico y baldón é ignominia de un siglo que tanto presume de su cultura, progreso y civilización (2).

XVI

Balmes.

El nombre de D. Jaime Balmes, presbítero catalán es simpático á todo católico español medianamente instruido.

Flor marchitada, apenas abrió su fragante caliz, estrella brillantísima aparecida en el hermoso cielo de la ciencia cristiana, ilumina con sus resplandores al mundo entero.

Conocedor profundo de la filosofía de Santo Tomás, admirador de los esfuerzos de los escolásticos de la edad de oro, inteligencia tan perspicaz como universal comprende el lamentable estado á que había llegado la sana filosofía.

La influencia del materialismo, su éxito avasallador, la penetración que tuvo hasta en el ameno campo de la Estética y la Literatura y los males incalculables de tan nocivo influjo para el órden cristiano y social,

(1) Véase el tomo 3.º de la *Historia de los Heterodoxos españoles*, por M. Pelayo.

(2) Sobre los errores del Espiritismo pronunció unas notables conferencias en la parroquia de Santa María del Mar de Barcelona por los años de 79 á 80 el Dr. D Vicente de Mänterola, Canónigo Penitenciario de la Santa Iglesia Primada de Toledo. Las denomina *Satanismo*. También trató este punto con su acostumbrada claridad y natural habilidad el malogrado P. Manuel Bandera, que perteneció á la Compañía de Jesús hasta 1868, en la solemne novena de Nuestra Señora del Cármen celebrada en la Iglesia del Santo Angel de Sevilla en Julio de 1874.

levantaron á Balmes como un gigante para restaurar en España el reinado de la verdadera escolástica cristiana.

El trabajo de nuestro sábio y modesto sacerdote era ímprobo.

La preponderancia que en los pretendidos filósofos espiritualistas ejercía el predominio de la filosofía alemana, la fama de profundidad metafísica atribuida á los sistemas de Kant, Fichte, Schelling y Hegel, la moda ya entonces vislumbrada por el Krausismo, y la burla y sarcasmo que merecía la Escolástica para todos los presumidos sábios de la época, no pasaron desapercibidas al privilegiado talento del sacerdote catalán y lo estimularon á salvar la filosofía católica del naufragio en que estaba ya sumida.

Descartando el tecnicismo ya hoy antipático aun á las inteligencias predispuestas en favor de la Escolástica, uniendo al método didáctico la claridad de la exposición y la lógica del dialéctico, Balmes intenta restaurar la escolástica cristiana en su pátria.

Su *Filosofía Elemental*, hoy ya deficiente y lacónica, abrió en su tiempo el camino á la juventud estudiosa para aprender en términos claros y concisos los rudimentos de la *Psycología*, de la *Lógica* y de la *Ética*.

En la *Filosofía Fundamental*, el presbítero catalán desarrolla admirablemente puntos importantes de la *Metafísica*.

Cierto que su obra carece de método; no es un tratado de *Ontología*, ni de *Psycología*, ni de *Metafísica* y *Ética*, y sin embargo trata admirablemente puntos transcendentales de estas ciencias.

La claridad de exposición y sobre todo la persuasión de su estilo dán á la obra de Balmes un atractivo singular.

Sus libros sobre *El Protestantismo comparado con el Catolicismo en sus relaciones con la civilización europea*, son una refutación completa de la *Historia de la Civilización* de Guizzot, y un arsenal de conocimientos filosófico-sociales tan útil como interesante.

El Criterio, *Pio IX* y otros muchos opúsculos demuestran, la oportunidad de nuestro filósofo y el fin nobilísimo que le animaba.

Balmes es un filósofo de primer orden, gloria del Clero español y lumbrera preciada del sacerdocio católico.

XVII

El Eminentísimo y Reverendísimo Sr. Cardenal, Dn. Fray
Zeferino González, Arzobispo dimisionario de Sevilla.

Hay hombres cuyo solo nombre es su más fiel apología. En este número ocupa un lugar distinguido el sabio y virtuoso Prelado, objeto ahora de nuestra atención. Talento de primer orden, imaginación fecunda y lozana, entendimiento tan imparcial como severo, espíritu incansable en la adquisición de la verdad, corazón animado de nobles sentimientos, alma educada desde sus tiernos años en la escuela de la perfección religiosa; hombre nacido para la ciencia y la virtud, el ilustre P. Zeferino es un verdadero portento, genio digno de inmortalizarse en la historia de la ciencia, de la religión y de la patria, honra la primera, es gloria de la segunda y enaltece la tercera. Su nombre es conocido en todas las regiones del globo; sus obras, traducidas en idiomas extranjeros, son leídas y estudiadas con avidez, y su mérito científico reconocido por

católicos y herejes, creyentes y racionalistas, todos unánimes tributan entusiastas elogios de admiración al malogrado Arzobispo de Sevilla, homenaje debido en justicia á la verdadera ciencia, á la sólida virtud y á la dignidad episcopal á que por sus esclarecidos méritos fué elevado tan observante religioso.

Sus *estudios sobre la filosofía de Santo Tomás* son una obra magistral donde están admirablemente tratados los puntos culminantes de la Psicología, de la Etica, del Derecho Natural y de la Metafísica.

Su doctrina es la explicación de las teorías de Santo Tomás, expuestas en el lenguaje propio de la filosofía moderna, y con las aclaraciones y perfeccionamiento añadido por los comentaristas y continuadores de la pura escolástica.

La *Philosophia elementaria*, traducida al castellano y adoptada como texto en casi todos los seminarios, es un tratado completo de todas las partes de la filosofía, expuesto en estilo tan didáctico como profundo.

Su *Historia de la Filosofía*, bastaría para inmortalizarlo. Ciertamente, como lo observó el Sr. Ortiz Lara, al hacer su juicio crítico en la *Ciencia Cristiana*, que el Prelado filósofo, cediendo á las emociones de su corazón paternal, forma juicios en extremo benévolos respecto de ciertos filósofos y políticos. El deseo de atraerlos á la verdadera doctrina y en mi humilde sentir, la intuición asombrosa y peculiar del Cardenal González, explican satisfactoriamente, cómo este sábio extraordinario, vislumbró y entresacó concesiones favorables á la filosofía cristiana en sistemas que la oscurecían con las sombras del Panteísmo y del Racionalismo.

La *Ciencia y la Biblia*, última de sus producciones, comprueban la penetración de águila de nuestro filósofo.

Sin traspasar los límites de la ortodoxia católica, en materias opinables, defiende y sostiene los fueros de la razón, y al expresarse en términos tan significativos refuta admirablemente los sofismas del Racionalismo, y es el apologista más fiel de aquel obsequio razonable que presta la razón á la fé, en frase del primero de los filósofos y teólogos cristianos, el Apóstol S. Pablo.

Nosotros no vacilamos en afirmar que el que fué nuestro bondadoso Prelado, es de conocimientos más profundos que el Marqués de Valdegamas, y más metódico que Balmes, aunque no tan persuasivo. El Padre Zeferino González forma época en la historia de la filosofía contemporánea, y á su cooperación laboriosa se debe la restauración de la filosofía escolástica, teniendo la gloria de ser el primero que, después de la muerte del malogrado Balmes, siguió el camino trazado por este, y su iniciativa tanto más meritoria cuanto partió de las islas Filipinas, donde carecía de las Bibliotecas y Archivos accesibles á los escritores europeos.

La mejor apología del P. Zeferino es su vida.

Un hombre que desde la edad de doce años (1) está sujeto á la severa disciplina del claustro, un religioso ocupado constantemente en la oración y en el ministerio, un sabio dedicado á la enseñanza, un Obispo que predica con su ejemplo la doctrina contenida en sus obras y pastorales, tiene ya escrito su panegírico con caracteres indelebles.

(1) Por una equivocación en la partida de Bautismo entró en el claustro á los 12 años en vez de 14, profesando á esta edad y no á los 16 que es la marcada por el derecho canónico.

XVIII

El Excmo. y Rvdmo. Sr. Dr. D. Narciso Martínez Izquierdo,
primer Obispo de Madrid-Alcalá (1).

Con lágrimas en los ojos y con el corazón lleno de dolor y de indignación santa, tomamos la pluma para recordar á los lectores la colosal figura del malogrado y nunca bastantemente elogiado primer obispo de Madrid-Alcalá, vilmente asesinado al entrar en la catedral el Domingo de Ramos de 1886.

Descendiente de modesta familia, vivía en la fé religiosa de los antiguos aragoneses: fiel á la vocación divina y celoso de la gloria de Dios, abraza el estado eclesiástico, no sin haber nutrido su inteligencia con el pan de la ciencia y de la piedad, de que dejó recuerdos indelebles en el Seminario de Sigüenza. Catedrático del mismo y penitenciario después de su Catedral, mostró, así en el certamen literario, como en el desempeño de su prebenda, que era digno de la confianza que en él depositaba la Iglesia.

Obtenida, más tarde, por oposición la canongía Magistral de la Metropolitana de Granada, nombrado posteriormente Arcediano, Secretario y Rector del Seminario de San Cecilio, Martínez Izquierdo continuó demostrando sus excelentes dotes, brillando en él, á la par que la ciencia del sabio, la piedad del sacerdote; el

(1) Este artículo lo insertamos en el *Diccionario de Ciencias Eclesiásticas*, publicado en Valencia por los Sres. Perujo y Pérez Angulo, tomo 7.º, letra M.

estudio y la propia santificación; he ahí el contenido de su vida, ha dicho su elocuente y docto panegirista el Sr. Sanz y Forés, Arzobispo de Valladolid y después de Sevilla (1).

Sus paisanos, los hijos de Molina de Aragón le eligen Diputado, y en las cortes del 72, la palabra de Martínez Izquierdo defiende á la santa Iglesia en el terreno social y religioso, y rebate valiente y magistralmente los absurdos del Socialismo y la Internacional.

La fama de su ciencia, el atractivo de sus virtudes y el aroma de su elocuencia, hicieron que la Santa Sede fijase en él sus miradas, nombrándole en 1874, Obispo de Salamanca, cuya silla rigió hasta 1885, en que se erigió la de Madrid-Alcalá.

Los hechos de su Pontificado, las virtudes de su cargo pastoral y la iniciativa de su carácter están grabados con caracteres indelebles en la diócesis de Salamanca y de ellos dejó pruebas inolvidables en los pocos meses que gobernó la Silla madrileña.

La profundidad de sus conocimientos no la olvidarán nunca los que hayan leído su famosa pastoral sobre los *Errores contemporáneos*, donde no se sabe que admirar más, si la ciencia teológico-filosófica, ó la claridad é imparcialidad de la crítica.

La oración fúnebre pronunciada en las honras de Cervantes, en la Iglesia de las Trinitarias de Madrid y su discurso leído ante la Real Academia Española, lo acreditan de orador y literato.

Sus discursos en las Cortes combatiendo el matrimonio civil y defendiendo la libertad de la Iglesia y su legítima intervención en la enseñanza, le asemejan, en

(1) Oración fúnebre pronunciada en sus honras celebradas en Madrid en 1886.

sentir de su sabio panegirista, á San Basilio, San Atanasio, Osio y San Ambrosio.

Es más, su muerte edificante y su paciencia heroica en medio de aquél terrible padecer, nos hace creer piadosamente, y sin prejuzgar los juicios de Dios, que gozará ya la eterna bienaventuranza.

La Iglesia le cuenta en el número de sus más esforzados adalides, el episcopado español le reputa una de sus más preciadas glorias, la patria le venera con respeto, las Cortes españolas escriben su nombre entre el número de sus más renombrados oradores, y los católicos lo recordamos como á un padre, sacerdote modelo y obispo de temple apostólico, y ante su tumba, como piadosos creyentes, elevamos una oración por su alma y una plegaria por la conversión de su terrible agresor.

XIX

El Sr. Licdo. D. José Antonio Ortiz Urruela, (*Presbítero*).

Entre los sacerdotes que más han brillado en España por la profundidad de su talento, la variedad de sus conocimientos y el celo por la salvación de las almas, debe ocupar un lugar distinguido el que acabamos de citar, fallecido en Madrid el 19 de Marzo de 1877.

Nacido bajo el puro cielo de la América Central, viva en su alma la fe de Colón y Hernán Cortés, arraigadas en su corazón las creencias religiosas de sus cristianos padres, fortalecidas con los conocimientos recibidos en los diferentes ramos del saber humano, apreciador de las miserias humanas en el ejercicio de la

profesión de abogado, Ortiz Urruela fué en la República de Guatemala un padre de los pobres, á quienes defendía gratuitamente, ennobleciendo de este modo la alta misión del jurisconsulto cristiano.

Aunque la nobleza de su familia y su talla científica le llamaban nada menos que á ocupar el destino de presidente de la República, él rechazó proposición tan seductora; porque su alma nacida para el amor, no encontraba reposo en la vida política, y solo anhelaba consagrarse á Dios, alistándose en las filas del sacerdocio católico, en cuya respetable clase figuró después como uno de sus tipos más caracterizados. Perseverante en esta vocación, traspasa los mares, se dirige á Roma, allí recibe los Sagrados órdenes, y constituido sacerdote, fija su residencia en Sevilla, donde ejerció su ministerio por espacio de algunos años y donde su nombre y virtudes eran proverbiales en todas las clases sociales.

La predicación y el confesonario; he ahí las dos ruedas que movieron la máquina incansable de su inagotable caridad.

Ni su voz, ni su acción, ni sus condiciones físicas eran favorables para enardecer á un auditorio, y á pesar de no estar adornado de estas cualidades, la verdad es que la palabra de Ortiz Urruela en el púlpito, arrastraba las inteligencias é inflamaba los corazones en el fuego del amor divino que parecía arder en el alma del sacerdote americano, hasta el punto que la cátedra sagrada ocupada casi diariamente por Ortiz Urruela, se veía rodeada de la flor y nata de la ilustración sevillana, produciendo sus discursos y pláticas efectos maravillosos en el auditorio cristiano.

A la par que enseñaba con su doctrina en el púlpito, santificaba innumerables almas en el confesonario. Dí-

ganlo los centenares de religiosas que debieron su santificación á los ejercicios y dirección espiritual de este operario evangélico, muéstrenlo los muchos sacerdotes, cuyo espíritu formó; publíquenlo los innumerables pecadores que por su ejemplo y caridad fueron salvos.

Pero Ortiz Urruela era también escritor elegantísimo.

A más de la defensa que hizo de los jesuitas siendo abogado en Guatemala, ha escrito diferentes obras, ordenado de sacerdote que le han dado merecida fama.

La primera fué una contestación á la carta de los Presbíteros españoles dirigida al clero por el Sacerdote D. Antonio Agüeyo en 1865, carta objeto de acaloradas discusiones y cuyo intento no era otro sino fomentar las divisiones en el clero.

Varias refutaciones se hicieron de ella, y aunque es digna de estima la del docto é ilustrado sacerdote Licenciado D. Juan Bta. Solís, Cura propio de las parroquias unidas de Santa Marina y San Marcos de Sevilla, supera en mérito la de Ortiz de Urruela, cuyos argumentos incontestables trituraron para siempre los sofismas del desventurado autor de la *Carta á los Presbíteros españoles*.

Los principios proclamados por la Revolución de Septiembre diéronle ocasión de mostrar sus especiales dotes de escritor. En días tan agitados publicó un folleto sobre *La libertad de Cultos en España*, y en él demuestra los males que había de ocasionar el rompimiento de la unidad católica.

Nombrado teólogo consultor del Concilio Vaticano, parte para Roma en 1869, y á pesar de las ocupaciones de su elevado cargo, escribe dos folletos luminosísimos, titulado uno, *La Iglesia y la Revolución*, y denominado el otro *Cartas al Conde de Montalembert*.

El primero es un estudio de Derecho público eclesiástico y el segundo una refutación rigurosa de la escuela á que pertenecía el publicista francés.

Posteriormente publicó Ortiz Urruela otros opúsculos en extremo oportunos: *Justicia de Dios, Cómo van y se vienen los Bonaparte, Un viaje á Asia, y Siete meditaciones sobre el Santísimo Sacramento* impregnadas de exquisito gusto ascético. Se nos olvida decir, que recién ordenado de sacerdote hizo un viaje á tierra santa y dejó consignadas sus impresiones en un librito tan instructivo como devoto.

Hombre de principios puros, enemigo de la Revolución é inflexible ante todas las transacciones, Ortiz Urruela, por causas que no es prudente recordar abandonó á Sevilla y fijó su residencia en un pequeño pueblo de la provincia de Córdoba (1), donde escribió la última de sus obras, la traducción del libro del P. Faber, *El progreso del alma en la vida espiritual*. Sus universales conocimientos, unidos á la destreza y perfección con que poseía el francés, el inglés, el italiano y el latín, eran condiciones favorables para el buen estilo de la obra.

Cuando su alma noble y generosa abrigaba todavía grandes proyectos, Dios le llamó á sí á los 54 años de edad.

Sucesos no esclarecidos aun unidos á las oberraciones verdaderamente pueriles, que á veces se apoderan de los grandes talentos, han contribuido poderosamente á que la muerte de Ortiz Urruela pasase casi desapercibida, y lo que es más sensible, que sus obras permanezcan sepultadas en el olvido.

(1) Palma del Río.

Amantes nosotros de las glorias del Clero español, creemos un deber de justicia no dar remate á esta obra, sin recordar la memoria de tan digno y benemérito sacerdote, cuyas enseñanzas son de gran provecho para los católicos de la edad presente.

Sería de desear que las obras de Ortiz Urruela esparcidas y apenas leídas, se coleccionasen en forma de opúsculos, precedidos de un prólogo y juicio crítico más detenido del que nosotros nos atrevemos á indicar en estos desaliñados é imperfectos apuntes.

XX

El Dr. D. Estéban Moreno Labrador, Chantre de la
Catedral de Cádiz.

Nacido en un pueblo de la Sierra perteneciente á la provincia de Huelva, llamado por vocación al estado eclesiástico, amante desde sus primeros años de los sólidos estudios teológicos, catedrático más tarde de Sagrada Teología en la Universidad de Sevilla, párroco después de Santa María la Blanca en la misma ciudad, y por último Chantre de la Catedral de Cádiz, profesor de Dogma y Teología en su Seminario y teólogo consultor del Concilio Vaticano, sacerdote á su vez de ciencia y ministerio, espíritu en quien se unían el celo por el estudio y la santificación de las almas, supo conquistarse en el periodo de su larga vida, no solo un nombre respetable como teólogo y sábio de primer orden, sino una veneración y simpatía propias de las almas verdaderamente humildes, piadosas y espirituales.

Las muestras de tan relevantes prendas aparecen en los diferentes cargos que sucesivamente vino desempeñando, según atestiguan sus numerosos amigos y contemporáneos, pero resultan de un modo tangible en el largo periodo de cerca de veinte años que ejerció los sagrados ministerios como Chantre de la iglesia gaditana.

Fiel al espíritu del sacerdote católico, conocedor de la influencia que el buen ejemplo produce en las almas, Moreno Labrador ha sido un operario de temple verdaderamente apostólico. El primero siempre en la residencia coral, asíduo en encargarse del mayor número de sermones de tabla, asistente al confesonario desde las primeras horas de la mañana, desempeñando dos cátedras diarias, el Chantre gaditano tenía tiempo para todo.

Tanto en los innumerables sermones y pláticas que predicó, como en una obra teológica que ha dejado, titulada *Analogías de la fé*, sobresale la profundidad teológica unida á un alto criterio filosófico. Y la verdad es que Moreno Labrador carecía de esas brillantes dotes oratorias que tanto contribuyen al realce de la explicación de las grandes cuestiones: Ni su timbre de voz, ni sus ademanes, ni su estilo, ni su lenguaje pueden presentarse como modelo de buen gusto literario; pero en medio de esas formas descuidadas y desaliñadas, descubriánse unos horizontes tan profundamente teológicos y un sabor ascético, que eran el encanto de los hombres científicos y personas espirituales.

Aunque su salud hace años estaba tan resentida, hasta el punto de recibir los santos sacramentos de la Eucaristía y Extrema Unción el Señor lo tenía destinado para brillar en la Iglesia, y convaleciente aún le oímos

una conferencia en la Academia Hispalense de Santo Tomás de Aquino, que fué la admiración de todos los teólogos que la oyeron y el asombro de las personas doctas que concurrieron en gran número, atraídos por la justa fama del Chantre gaditano.

Pero los días del hombre están cumplidos. No parece sino que la Divina Providencia querfa dar á su fiel sacerdote el consuelo de recibir los últimos auxilios espirituales de la venerable mano del que fué su antiguo compañero y amigo del alma, después su dignísimo Prelado, el sábio, activo, incansable y caritativo Obispo Excmo. é Ilmo. Sr. D. Vicente Calvo y Valero, que hace dos años bajó al sepulcro, después de haber regido durante catorce años la silla gaditana.

Acompañado del cuerpo capitular, de los profesores y alumnos del Seminario, y de gran número de fieles, administró el celoso Pastor de Cádiz los últimos sacramentos al Sr. Moreno Labrador, que expiró á los pocos días de haberlos recibido, dejando un vacío difícil de llenar entre sus compañeros, una memoria inolvidable de sus virtudes y nombre ilustre en la Iglesia.

Amantes nosotros de la verdad juzgamos un deber de fraternidad sacerdotal dedicar estos mal trazados renglones á la memoria de un eclesiástico reputado por uno de nuestros más eminentes teólogos contemporáneos.

XXI

El Dr. D. Francisco Javier Caminero,
Obispo preconizado de León.

¡Oh alteza, oh profundidad de los juicios de Dios!
¡Qué incomprensibles son tus juicios é impenetrables
tus caminos!

Esta reflexión se apoderó de nuestras inteligencias al considerar como Dios, en sus inescrutables designios, permitió fuesen honrados acá en la tierra los relevantes méritos del esclarecido sacerdote citado en el epígrafe, sin hacerle sentir el formidable peso del ministerio pastoral.

Prez el Sr. Caminero del clero palentino, honor de su seminario, gloria preciadísima del sacerdocio católico y sábio, digno de todo respeto y alabanza, pasó su vida en el retiro del estudio y la meditación, sin pensar siquiera ascender á dignidades eclesiásticas.

Un modesto destino en la biblioteca nacional fué la ocupación de Caminero, la más apropiada para su vida de estudio é investigaciones científicas.

Sacerdote tan piadoso como humilde, sábio eminente y modesto, iluminó sin querer, con los resplandores de su luz el puro cielo de las ciencias sagradas y filosóficas. Los libros y el ministerio, fórmanle un sacerdote instruido y virtuoso, santificándose á sí mismo y derramando raudales de doctrina sobre los entendimientos cristianos; hé ahí el ideal de Caminero.

La Sagrada Escritura fué el objeto preferente de sus trabajos. Pruebas de su competencia en la Exége-

gesis y Sagrada Hermenéutica son su *Manual Isagógico* y su colección de trozos escogidos acerca de las homilias de los principales Santos Padres. El *Diccionario de Ciencias Eclesiásticas*, publicado en Valencia, bajo la dirección de los Sres. Perujo y Pérez Angulo, es otra prueba de la solicitud constante de Caminero en favor de los estudios escriturarios. La mayor parte de los artículos referentes á asuntos bíblicos debidos son á la pluma de tan ilustre escritor.

Caminero también era filósofo.

Su obra *La Divinidad de Jesucristo frente á las escuelas racionalistas*, revela tal penetración en la ciencia fundamental, que ha obtenido los elogios de uno de los más famosos restauradores de la Escolástica cristiana, nuestro inolvidable Cardenal González, ornamento preciado del Episcopado español y gloria de la orden de Predicadores.

La luz no puede permanecer oculta, y el perfume de la virtud jamás se disipa.

Ageno el llorado escritor á toda dignidad eclesiástica, concretada su vida al cultivo de las ciencias y al cumplimiento de sus deberes eclesiásticos, le sorprende la noticia para él inesperada de su promoción al obispado de León.

La Santa Sede acepta el nombramiento y es precinizado Obispo de esa Diócesis, con gran júbilo del clero español.

Resignado á cumplir la voluntad de Dios, pidiendo al Señor las luces necesarias para ejercer dignamente su nuevo cargo y lleno del temor que el Calvario del Episcopado impone á todo sacerdote reflexivo y piadoso, Dios le llama á sí, y víctima de aguda y breve enfermedad, Caminero, pensando piadosamente y respetando siempre los juicios de Dios, habrá obtenido

en la bienaventuranza el premio de sus merecimientos orando no lo dudamos, por la que iba á ser su primera Diócesis, que sin tocar palpablemente los frutos de su celo, le lloró y lamentó no tener la suerte de ser regida por el dignísimo Prelado que la providencia le había preparado, no para sufrir las amarguras del ministerio episcopal, sino para honrar con su nombre el catálogo de sus sábios Obispos.

El fallecimiento de Caminero, al estar ya preconizado Obispo de León, es una lección constante y en extremo provechosa al sacerdote católico, mucho más á aquéllos á quienes Dios dotó de talentos singulares para brillar como antorchas resplandecientes en el cultivo de las ciencias eclesiásticas y profanas.

XXII

El Dr. D. Niceto Alonso Perujo,
Canónigo Doctoral de la Metropolitana de Valencia.

En edad relativamente jóven, cuando todavía las ciencias eclesiásticas podían esperar nuevos frutos de su talento y laboriosidad, bajó al sepulcro, viviendo aún su espíritu en sus apreciables obras.

Nacido en la noble tierra castellana, alumno aventajado del Seminario de Palencia, apenas asciende al sacerdocio hace brillantes oposiciones, obteniendo primero la canongía Lectoral de Lérida y poco después la Doctoral de Valencia.

La pluma fecunda del Sr. Perujo, ha producido luminosas obras, todas ellas tan substanciosas como eruditas.

Las Horas de la Vida, con que inaugura su vida de escritor son un vergel de amenas flores dedicadas á la Santísima Virgen en el mes de Mayo.

El Manual del Apologista, es un tratado didáctico de Apología en que se une la claridad á la erudición propia del verdadero sábio.

Creada en Valencia por el Cardenal Barrios la cátedra de Explicaciones sobre el *Syllabus*, la confía al ilustre Doctoral, y con este motivo publica sus explicaciones con el título de *Lecciones sobre el Syllabus*.

Pero donde se despliega la actividad y profundo saber del malogrado capitular es en su edición de la *Suma de Santo Tomás* y en el *Diccionario de Ciencias eclesiásticas*.

Al escribir nuestro Santísimo Padre León XIII, su inmortal encíclica *Æterni Patris*, el Sr. Perujo comprende la necesidad de aclarar el texto del maestro angélico á fin de que satisfaga á las necesidades de la época.

Para conseguir su objeto acomete el ímprobo trabajo de publicar una nueva edición de la *Suma Teológica* y la ilustra con oportunas notas é interesantes disertaciones. Su trabajo fué tan oportuno que la edición del Doctoral de Valencia es la preferida en muchos Seminarios.

No satisfecho todavía se lanza á la gigantesca empresa del *Diccionario de Ciencias eclesiásticas*, en la cual le ayudó mucho su malogrado amigo el Sr. Pérez Angulo, Ex-Deán de Manila, y por último, Fiscal de la Rota, canonista competentísimo. Mas puede decirse que los dos amigos, sobre todo el Sr. Perujo, son el alma del Diccionario.

Obra tan útil al clero encontró también sabios cooperadores, siendo entre otros digno de especial men-

ción el modesto cuanto sábio Sr. Caminero, que murió cuando estaba preconizado Obispo de León.

El Sr. Perujo benévolo en extremo con nuestros modestos trabajos también nos invitó á la colaboración de su Diccionario, y merced á su amabilidad insertó todos los artículos que le remití para el mismo.

Más los juicios de Dios son impenetrables. Cuando el último tomo del Diccionario estaba en prensa, Dios le llamó á sí.

Su fama de escritor es proverbial en España, y su nombre es conocido y apreciado en el extranjero como uno de los más notables escritores eclesiásticos españoles de estos últimos lustros.

Al terminar con el Sr. Alonso Perujo la serie de los notables escritores contemporáneos, no pretendemos demostrar esté agotada la materia. Pero la circunstancia de vivir unos todavía y de estar muy reciente la muerte de otros, son otras tantas razones de prudencia para dejar su juicio crítico á los escritores que nos sucedan, mucho más cuando solo con enumerar sus nombres está ya hecha su apología científica: Tal sucede con el famoso autor de *Los Arcanos del Universo*, Rdo. P. Pesch, con el popular orador sagrado y parlamentario D. Vicente Manterola y con el incansable polemista y esclarecido hebraista Mateos Gago.

Importancia del estudio de los Santos Padres y
Escritores eclesiásticos.

ARTÍCULO FINAL

Dedicado hace algunos años á encarecer la utilidad que para el sacerdote tiene el conocimiento de las obras escritas por los Santos Padres y Escritores eclesiásticos, al terminar nuestra tarea, nos ha parecido oportuno dirigir una mirada retrospectiva á los trabajos recopilados, deseosos de dejar en el ánimo de nuestros pacientes y benévulos lectores un recuerdo imperfecto, pero sincero de los muchos y variados capítulos con que hemos puesto á prueba su indulgencia en extremo cortés y deferente.

I. Aunque la Sagrada Patrología y la Tradición cimentadas en el estudio de la Sagrada Escritura son las dos fuentes genuinas del dogma católico, la profundidad de la primera y los orígenes no siempre claros de la segunda, hacían necesaria la intervención de un medio eficaz y fidedigno que corroborase los fundamentos de nuestra fé. Tal es el objetivo del conocimiento de los Padres de la Iglesia.

Hombres de fé, adornados de conocimientos sagrados y profanos, inflamados en el fuego de la caridad y ávidos de extender el reinado de Jesucristo en las almas, los Santos Padres son el órgano por donde se trasmite la doctrina dogmática en forma sencilla, clara y accesible á las almas. Sin revelar la profundidad del misterio, aclarando los conceptos fundamentales y haciendo aplicación de ellos á la vida

moral del individuo, las obras de los Padres son el canal por donde percibimos la historia teológica de los misterios de nuestra fé. ¿Quién puede apreciar la herejía de Arrio sin manejar los escritos de San Hilario y de San Atanasio? Cómo formarse idea de los errores de Pelagio sin consultar á San Agustín y á San Paulino de Nola? Cómo penetrar el espíritu de Abelardo y de los albigenses sin conocer á San Bernardo? Lo decimos sin ambages: El estudio de los Padres es el primer auxilio para vislumbrar la índole de las herejías y de las fases del dogmatismo. Ni la Teología Dogmática ni la historia de la Iglesia son posibles de entender sin el conocimiento de los Santos Padres.

Además; hombres de su época, filósofos distinguidos, algunos de ellos esclarecen las verdades racionales y nos explican su verdadero sentido. Las luchas del paganismo, sus embates frente á la filosofía cristiana ¿dónde se estudian sino en las apologías de San Justino, en las bellas páginas de Clemente Alejandrino y en los inmortales tratados del águila de Hipona?

Las fuentes de la sólida metafísica, las armonías entre lo que el P. Ventura ha llamado en nuestros días, la razón católica y la filosofía, están retratadas con pincel inimitable en el *Monologium* y *Proslogium* de San Anselmo. La verdadera filosofía cristiana positiva se encuentra, para decirlo sin rodeos en los sublimes tratados de los Padres.

Hasta la historia, entonces confundida con la poesía y reducida después á rudas é imperfectas crónicas, toma una forma más propia y didáctica en los trabajos patológicos. La historia de las herejías escritas por San Ireneo en el siglo II y la de los Godos de San Isidoro demuestra la verdad del enunciado.

Y si á esto agregamos sus bellas homilías, sus elocuentes y apostólicos sermones, las máximas morales que de sus obras se desprenden y la tendencia que les es característica, comprenderemos la inmensa utilidad de los estudios patrológicos.

Nuestro siglo positivista, frívolo y escéptico no puede soportar el peso voluminoso de los libros de los Santos Padres y comprendiendo que trabajo tan ímprobo solo puede emprenderlo la voluntad de hierro del sacerdocio católico, ha empobrecido al clero, lo ha reducido á la última miseria y la consecuencia ha sido colocar á tan benemérita clase en una situación angustiosa, porque falta de recursos para atender á las más apremiantes necesidades de la vida, la es imposible reunir ediciones patrológicas, cuya pureza y genuinidad han logrado á costa de largos insomnios y grandes desembolsos.

Por otra parte, el sacerdote laborioso y piadoso apenas tiene tiempo para manejar libros tan extensos, y ordinariamente hablando, le es imposible su adquisición material. Ciertamente, que el Clero como su fundador divino, no cede en su obra moralizadora, cierto que actualmente ven la luz pública tratados que demuestran la laboriosidad, abnegación y estudio de ese sacerdocio tan calumniado, pero estos esfuerzos verdaderamente heróicos é individuales no se generalizan; así es que hoy atravesamos una época de decadencia para los estudios patrológicos.

Nada valemos, carecemos de ciencia, talento y elocuencia, la insuficiencia de nuestras facultades y el ningún mérito de nuestros trabajos filosóficos y patrológicos son harto conocidos de los lectores, pero humildes obreros del Evangelio y aprendices en la Sagrada Patrología, hemos despertado al jóven clero del

letargo en que pretenden adormecerlo la superficialidad y carácter de la época actual. Ignoramos cual habrá sido el fruto de nuestros sinceros y desinteresados esfuerzos, pero si siquiera hubiésemos llamado la atención de un sacerdote docto que dotado del talento superior de que carecemos, lo emplease en la propagación de los estudios patológicos, nos retiraríamos tranquilos á la soledad del modesto hogar, persuadidos de que lo que nuestra insuficiencia y delicada salud no nos han permitido llevar á cabo, será realizado por sacerdotes que tanto en el Clero como en la república de las letras han adquirido una reputación á que jamás podemos aspirar (1).

II. La obra emprendida por los Padres de la Iglesia ha sido continuada por los escritores eclesiásticos que, sin tener la autoridad de aquéllos, han seguido ilustrando las verdades dogmáticas y alentando la fé mediante el santo ejercicio de la predicación cristiana.

La historia eclesiástica, la Mística, la filosofía cristiana, hasta la historia profana y la Cronología, encuentran en el estudio de los escritores eclesiásticos fuentes seguras de ilustración y erudición. Orígenes, Rufino de Aquilea y Eusebio en los primeros siglos, Hugo y Ricardo de San Victor, Alberto Magno y Escoto en la edad media, Bossuet, Belarmino, Baronio, Malebranche y De Maistre en la moderna; San Alfonso M.^o de Ligorio, Perrone, Frassinetti, Costa-Rossetti

(1) Todos los amantes de los estudios patológicos deseamos que el Ilmo. Sr. Dr. D. Fernando Arboli, dignidad de Capellán Mayor de la de San Fernando de Sevilla y Catedrático de Patología en su Seminario, se decidiese á publicar la obra que sobre esta materia tiene anunciada hace tanto tiempo. Los profundos conocimientos que ha adquirido unidos á la fecundidad de su fantasía, darían á la obra interés marcado, y lograría un éxito tan favorable como el de sus sermones y oraciones fúnebres, modelos de elocuencia sagrada.

y otros que sería prolijo enumerar en nuestros días, dicen cuán útil es el conocimiento de estos escritores.

Terminamos con estas palabras: «Sin el conocimiento de los Padres, el sacerdote no puede ser ni sábio teólogo ni orador distinguido; sin el estudio de los escritores eclesiásticos es imposible penetrar la índole de la filosofía cristiana; sin ambos; el eclesiástico del siglo XIX, no llena las exigencias que la religión y el estado actual de la ciencia piden á la ilustración del clero contemporáneo».



ÍNDICE



	Págs.
Prólogo.	9

SECCIÓN PRIMERA

Escritores eclesiásticos de los cinco primeros siglos
del Cristianismo.

Filósofos y Apologistas.

I. San Justino, mártir.	11
II. Clemente de Alejandría y Orígenes.. . . .	14
III. Lactancio.	18
IV. Tertuliano.	21
V. Nemesio.	27
VI. San Dionisio Areopagita.. . . .	29
VII. El Venerable Beda.. . . .	30

SECCION SEGUNDA

Escritores eclesiásticos en la edad media.

Escritores místicos.

I. Hugo y Ricardo de San Victor.	33
II. Juan Gersón y Nicolás de Cusa.. . . .	37

Escritores filósofos.

I. Alberto Magno.	40
II. Escoto.	41

SECCIÓN TERCERA

Escritores españoles de los siglos XVI y XVII.

Teólogos y Filósofos.

	Págs.
I. Melchor Cano..	46
II. Suárez.	47
III. Domingo Soto..	49
IV. Francisco Victoria.	50
V. Arias Montano.	54
VI. El Cardenal César Baronio.	55
VII. El Cardenal Belarmino.	58
VIII. Benedicto XIV.	60
XI. San Carlos Borromeo..	61

Escritores ascéticos.

I. El Beato Juan de Avila.	63
II. Fray Luis de León..	64
III. Fray Luis de Granada.	66
IV. San Juan de la Cruz..	67
V. El Padre Luis de la Puente..	69
VI. Padre Pedro de Rivadeneyra.	69
VII. Padre Nieremberg.	70

Oradores sagrados.

Artículo único. Santo Tomás de Villanueva.	72
--	----

SECCIÓN CUARTA

Escritores de la época moderna.

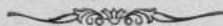
Oradores, Filósofos y Teólogos.

I. Bossuet.	75
II. Fenelón.	77
III. El Conde de Maistre.	79

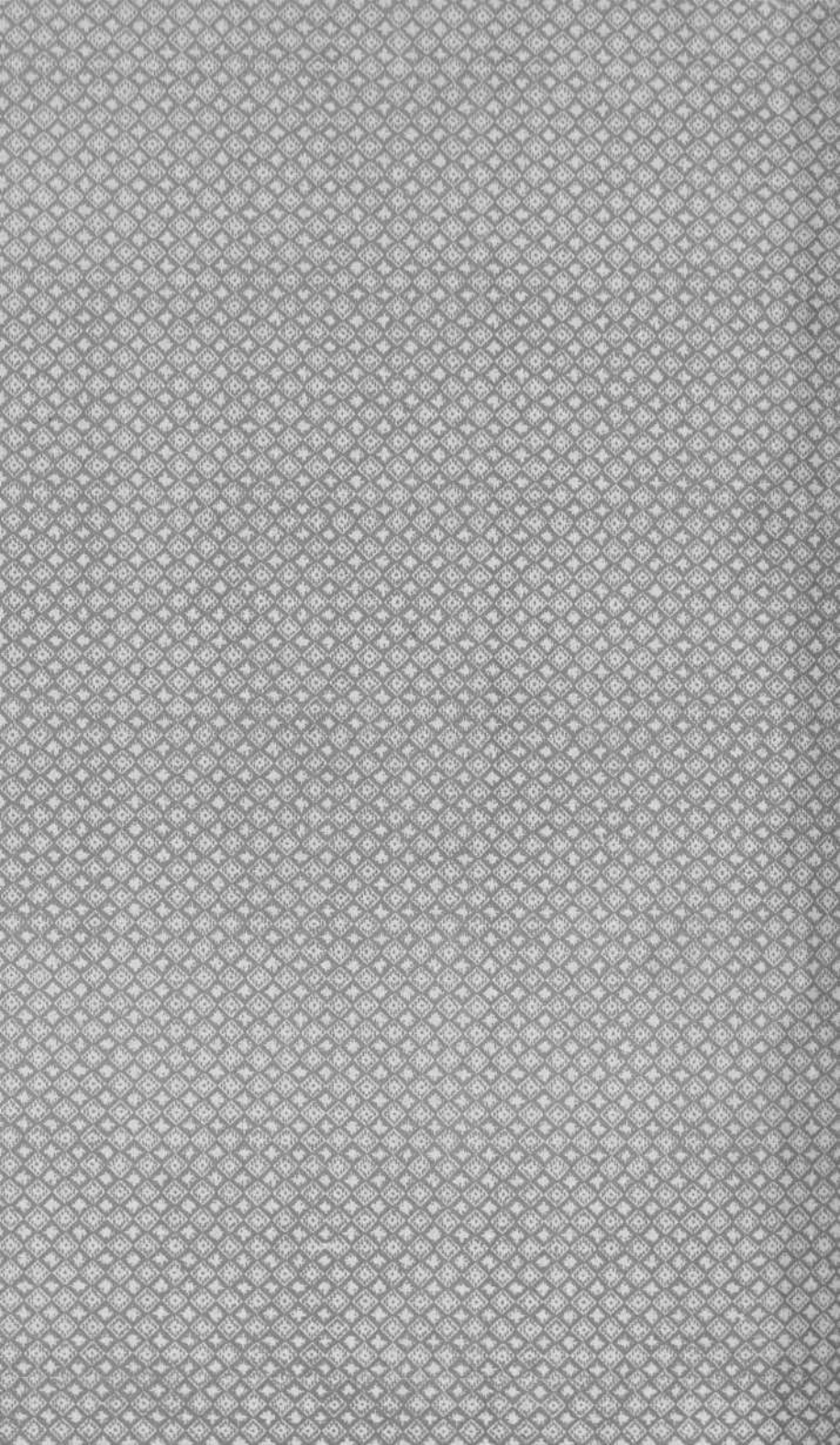
Escritores contemporáneos.

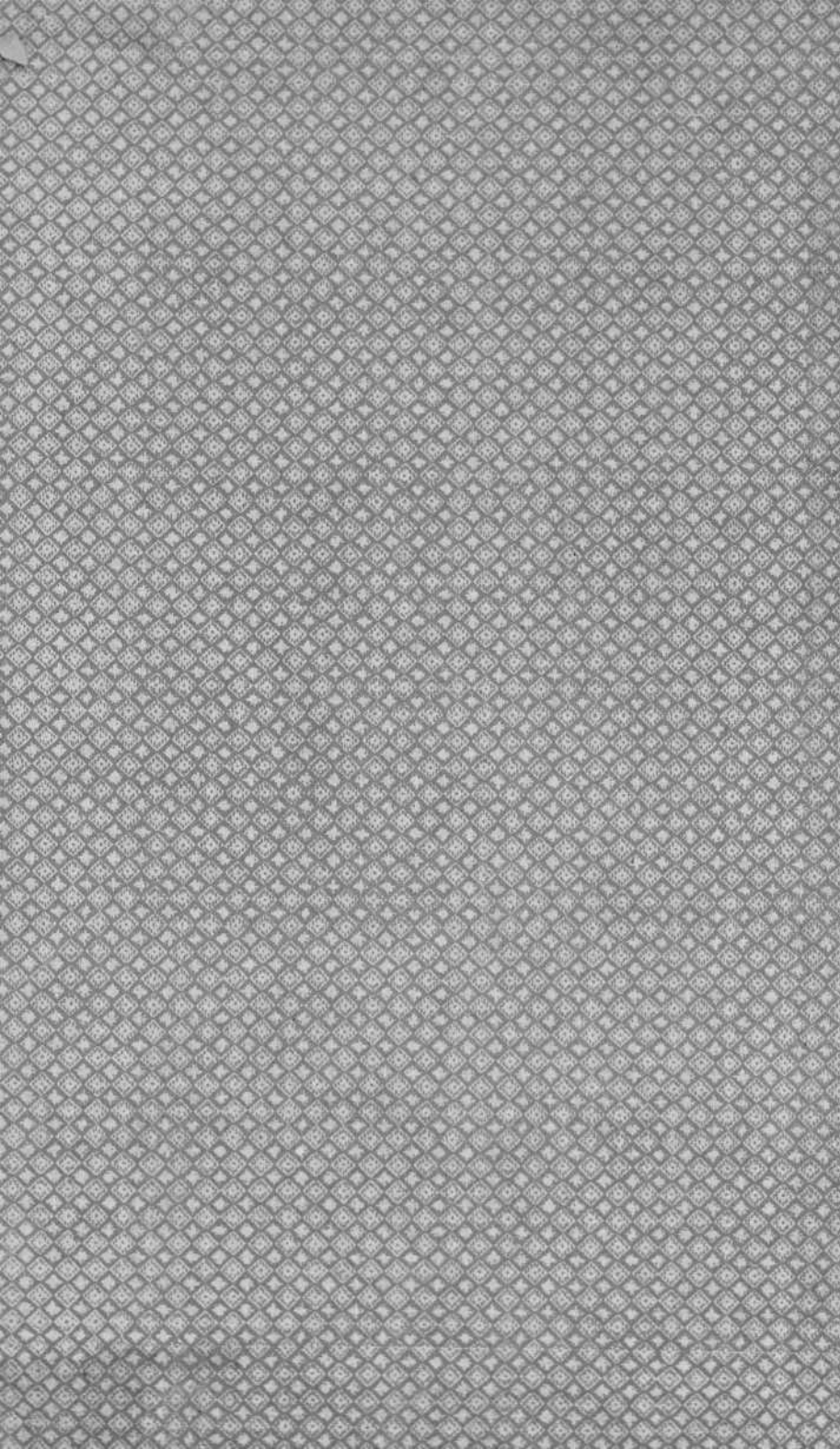
*Ascéticos, Moralistas, Teólogos, Filósofos, Apologistas
y Publicistas.*

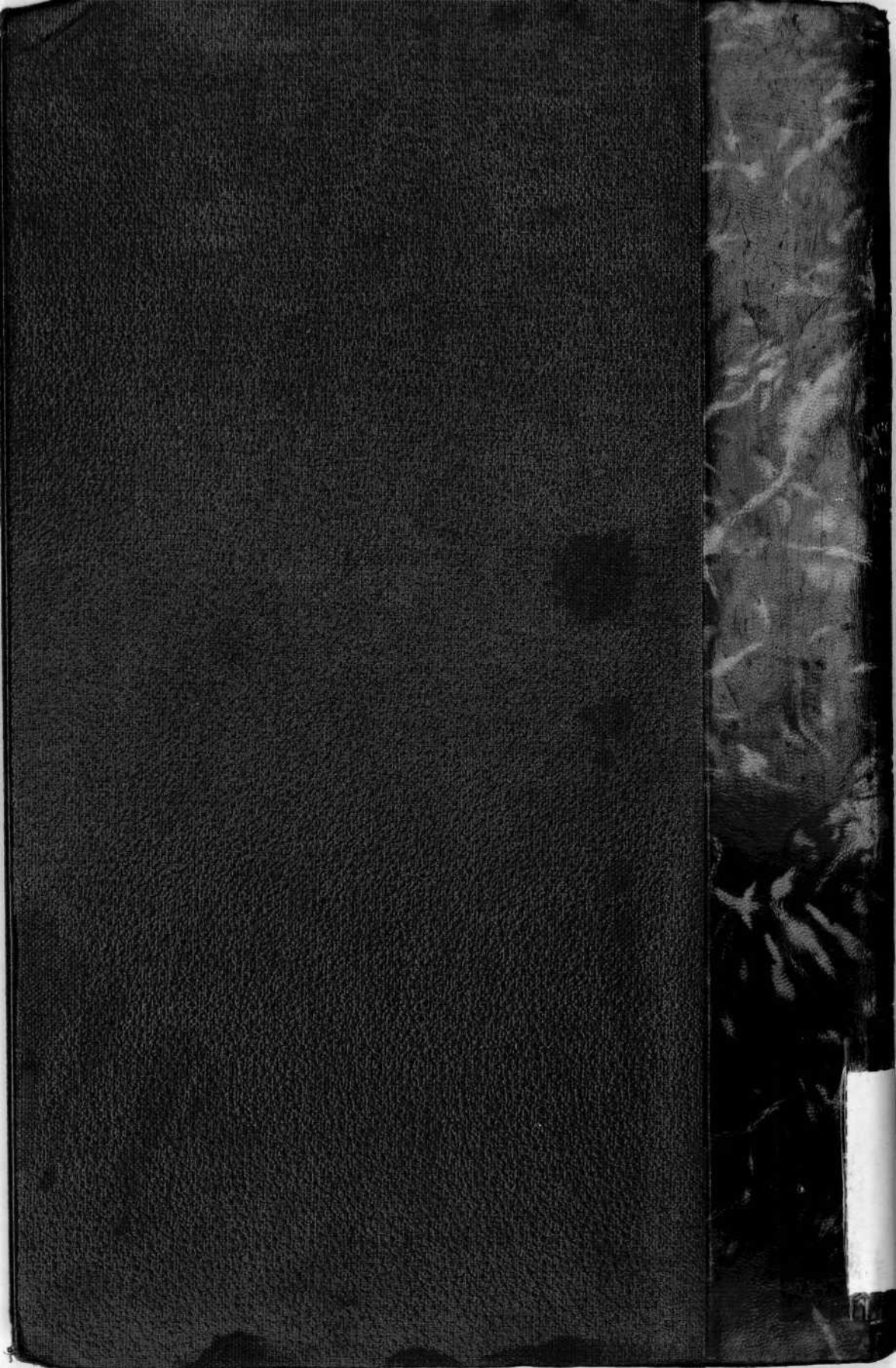
	<u>Págs.</u>
I. San Francisco de Sales..	82
II. San Alfonso María de Ligorio..	85
III. Frassinetti.	89
IV. Padre Scoupe.	92
V. El Padre Faber y Monseñor Gay..	94
VI. Padre Costa-Rossetti..	97
VII. El Padre Perrone.	100
VIII. Moelher.	103
IX. Scavini.	105
X. Lehmkuhl.	107
XI. Augusto Nicolás..	109
XII. Taparelli.	110
XIII. Minteguiaga.	112
XIV. Hettinger..	113
XV. Monseñor Gaume.	115
XVI. Balmes.	117
XVII. El Emmo. y Rdm. Sr. Cardenal Dn. Fray Zeferino González, Arzobispo dimisionario de Sevilla.	119
XVIII. El Excmo. y Rdm. Sr. Dr. D. Narciso Martínez, Izquierdo, primer Obispo de Madrid-Alcalá.	122
XIX. El Sr. Lic. D. José Antonio Ortiz Urruela.	124
XX. El Dr. D. Estéban Moreno Labrador, Chantre de la Catedral de Cádiz.	128
XXI. El Dr. D. Francisco Javier Gaminero, Obispo pre- conizado de León.	131
XXII. El Dr. D. Niceto Alonso Perujo, Canónigo Doctoral de la Metropolitana de Valencia.	133
<i>Artículo final.</i> Importancia del estudio de los Santos Padres y Escritores eclesiásticos.	136











MAJESTAD
DE
BRUNO

RECRE
ORES
LASICO

INTIGUO
Y
MODERNO

12
11
10
9